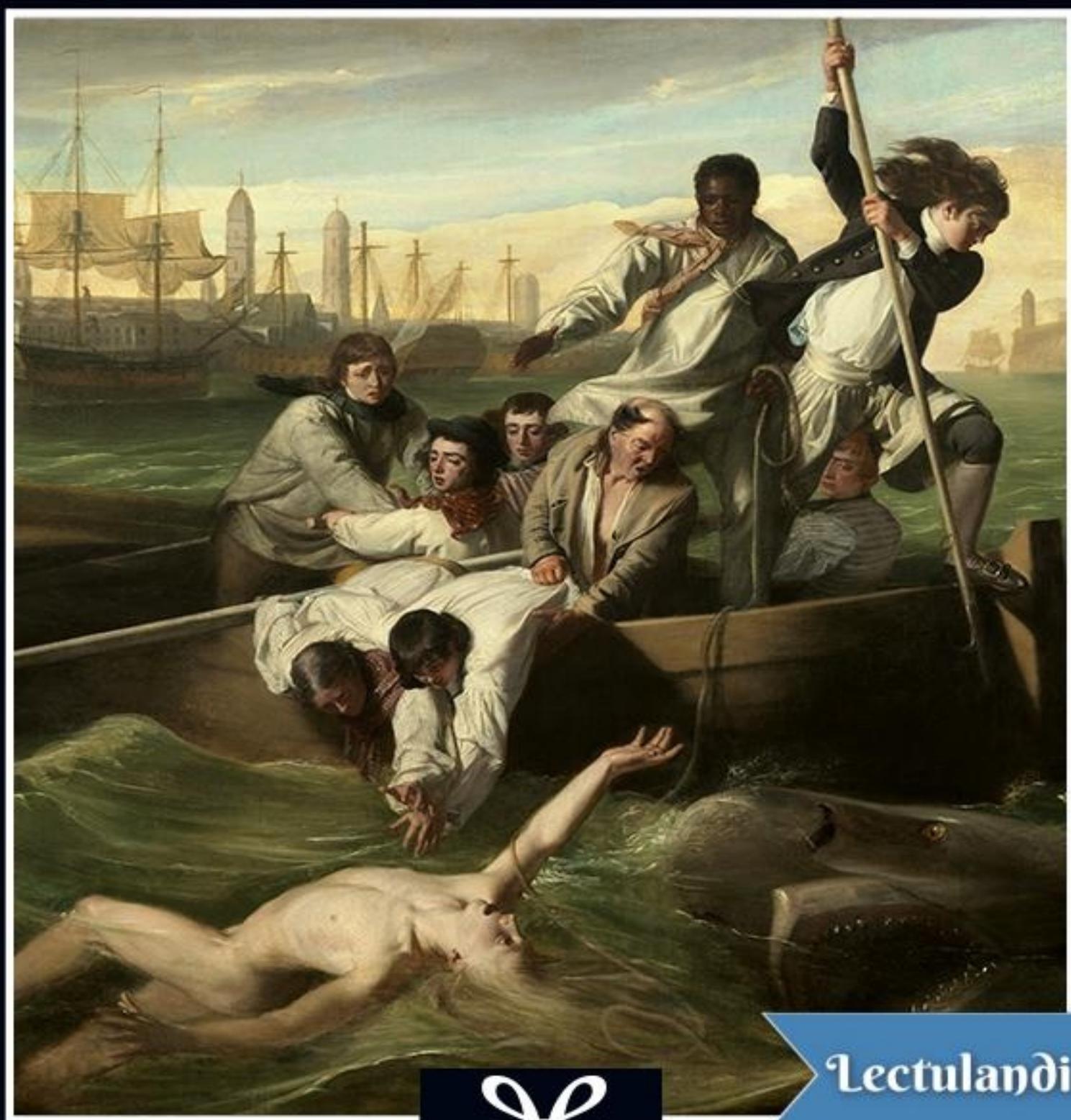


Jon Bilbao  
SHAKESPEARE  
Y LA BALLENA BLANCA



Lectulandia

En 1601 la reina Isabel de Inglaterra envía una misión naval a Dinamarca para rendir honores al rey Cristián IV. Entre la tripulación, viejos soldados de la Armada Invencible, marineros curtidos en rutas peligrosas, el dramaturgo William Shakespeare y una compañía de teatro embarcada para representar las obras *Romeo y Julieta* y *El sueño de una noche de verano* ante la corte danesa. Cuando, durante la travesía, avisten una gigantesca ballena que arrastra varios cadáveres, Shakespeare, que viaja acompañado de su amigo y confidente Henry, conde de Southampton, quedará tan impresionado que no dejará de pensar cómo incluir ese episodio en una futura obra. Pero el dramaturgo sospecha que quizá el género teatral no pueda dar cabida a cuanto bulle en su imaginación: los destinos de quienes contemplan esa aparición terrorífica, combates marítimos, naufragios, monstruos. ¿Imaginó Shakespeare *Moby Dick* doscientos cincuenta años antes que Melville?

**Lectulandia**

Jon Bilbao

# **Shakespeare y la ballena blanca**

ePub r1.0

Titivillus 26.02.17

Jon Bilbao, 2013

Ilustración de cubierta: detalle de *Watson and the Shark*, de John Singleton Copley

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Para Katia, de nuevo

Una de las absurdas referencias a las que hemos hecho alusión, como formando parte de la Ballena Blanca en la mente de algunos, consistía en la diabólica aberración de que Moby Dick era ubicua, de manera que había sido combatida a la vez en latitudes opuestas.

Herman Melville, *Moby Dick*

En la tumba de Shakespeare yace infinitamente más de lo que Shakespeare escribió. Y si magnífico a Shakespeare no es tanto por lo que hizo sino por lo que no hizo, o se abstuvo de hacer.

Herman Melville, «Hawthorne y sus tremedales, escrito por un virginiano que pasa un mes de julio en Vermont»

Tumbado en su camarote, William Shakespeare imaginó que el barco era un gran músculo que se relajaba, no porque hubiera concluido la tarea que se esperaba de él, sino por caer derrotado ante un poder mayor.

Así visualizó el momento en que el viento que disciplinadamente los había impulsado desde que zarparon de Londres huyó de las velas del *Nimrod* y el galeón frenó su avance y quedó inmóvil, salvo por el inacabable mecimiento acuático al que el maestro no se había acostumbrado ni se acostumbraría nunca.

Oyó pasos apresurados en la cubierta y al contraestrete bramó unas órdenes en aquella jerga tan críptica como fascinante. Sobreponiéndose al mareo, se levantó. Antes de embarcar se había prometido a sí mismo que presenciara cuanta escena de la vida a bordo le fuera posible. Salió del camarote luchando por no tambalearse, erguido, con la barbilla alzada. Por el camino se detuvo para eliminar, rascándola con la uña, una salpicadura de vómito en la pechera de su jubón.

El día, que había amanecido fresco y luminoso, se había oscurecido de pronto. Shakespeare encontró la cubierta repleta. El pasaje y la tripulación se hallaban congregados allí. Era fácil distinguir a unos de otros; lo atezado de la piel de la marinería hacía parecer a los pasajeros aún más pálidos. Todos miraban atentos al cielo; con evidente temor el pasaje y preocupada perplejidad la tripulación. Memorizaban hasta el último matiz de lo que sucedía ante sus asombrados ojos, para luego poder narrarlo con el adecuado detalle cuando estuvieran de regreso en sus hogares.

Se aproximaba el verano de 1601 y la reina Isabel I de Inglaterra, presintiendo la cercanía de su fin, había decidido estrechar lazos con Dinamarca. Su futuro sucesor, el rey Jacobo VI de Escocia, estaba casado con Ana, hermana de Cristián IV de Dinamarca, e Isabel, no confiando demasiado en las dotes diplomáticas de Jacobo, pensó que sería mejor garantizar la futura colaboración de los dos reinos antes de que la muerte la forzara a ceder la corona de los Tudor. Con ese fin había ordenado zarpar rumbo a Dinamarca al *Nimrod*, uno de los más preciados galeones de su flota, curtido en batalla contra la Armada española y cuyas hazañas eran bien conocidas en el continente. La reina en persona, más previsora que todos sus consejeros, fue quien escogió una nave de guerra para la misión. No estaría de más, por lo que pudiera suceder en el futuro, que los daneses vieran con sus propios ojos una muestra del creciente poder naval inglés.

Para este viaje, sin embargo, el *Nimrod* había dejado en tierra la casi totalidad de su dotación militar, sustituida por una nutrida representación diplomática que incluía a algunos de los más notables artesanos y artistas de Inglaterra. Una parte del equipamiento de guerra también se había quedado atrás, para que su lugar en los pañoles lo ocuparan los presentes con que agasajar a la corte danesa, por no mencionar el desmesurado equipaje de algunos de los pasajeros.

La participación del maestro Shakespeare en la misión se contaba entre las decisiones personales de la monarca. Con él viajaba una compañía de cómicos ambulantes contratada para la ocasión —la compañía de Shakespeare, Los Hombres de Lord Chamberlain, se había quedado en Londres atendiendo su teatro—. Una vez en la corte danesa, su labor sería representar versiones abreviadas de una de sus tragedias más celebres, *Romeo y Julieta*, y de una comedia, *El sueño de una noche de verano*. El repertorio tenía como fin demostrar a los daneses que en Inglaterra no eran ni demasiado frívolos ni, por el contrario, excesivamente altivos. Brevemente se había considerado la posibilidad de representar *Hamlet*, un reciente éxito del maestro, pero la idea había sido descartada por la monarca. A Cristián IV no le agradaría ver su corte retratada como un reñidero de locos, pusilánimes, asesinos e incestuosos; si bien la reina había lucido una sonrisa juguetona al dictar su decisión.

Proviendo la orden de la Corona, Shakespeare no había podido eludir embarcarse en un viaje que sentía ajeno e incómodo. Se consolaba pensando que la misión ayudaría a lavar la imagen de Los Hombres de Lord Chamberlain, dañada por su episódica aunque muy publicitada participación en la rebelión que el conde de Essex, «el niño mimado de Inglaterra», había encabezado contra la reina en febrero de ese mismo año. Shakespeare y sus compañeros daban gracias al cielo por no haber sido acusados de conspiración y traición. Si hubiera sido así, fácilmente habrían acabado azotados con ramas de espino y descoyuntados en el potro, con las articulaciones de codos y rodillas abiertas y espolvoreadas con pimienta.

Al menos, el viaje eximía al maestro de actuar ante Isabel durante un tiempo. Desde la rebelión de Essex, la reina asistía a sus obras con una expresión que a Shakespeare le hacía sudar de miedo, como si ella aún considerara qué hacer con aquel grupo de hombres y niños disfrazados que vociferaban desde el escenario. Y aunque la actitud de la monarca hubiera sido otra, su mera visión distaba de ser agradable. Ante la decrepitud del poder —del poder de cuyas decisiones y capricho se depende— es difícil mantener la mirada alta. Con sesenta y cinco años cumplidos, Isabel nunca se había maquillado tanto. Su rostro era una máscara de la que nevaban escamas de maquillaje cada vez que esbozaba una sonrisa o alzaba una ceja depilada. Su palidez hacía destacar el rojo encendido de su peluca, adornada con oro y plata, pero también el marrón verdoso de sus dientes. Por no mencionar su reciente costumbre de aflojarse los lazos del escote, algo que obligaba a los presentes a la visión de unos pechos avejentados de los que ninguna criatura se había alimentado.

El cielo, despejado hasta hacía unos minutos, se había cubierto de un manto de nubes. Ni Shakespeare ni nadie de quienes le acompañaban en el *Nimrod* habían visto nubes como aquéllas. No dejaban entre sí ni el menor resquicio y abarcaban toda la extensión sobre sus cabezas, salvo una estrecha franja al este, paralela al horizonte, que menguaba a ojos vista. En un primer momento eran de un gris plomizo, como

cualquier nube de tormenta, pero a continuación comenzaron a brotar en ellas unas vetas oliváceas que crecieron y se ramificaron hasta teñir de esta nueva tonalidad el conjunto del manto. Y luego el verde comenzó a aclararse y a volverse azulado, próximo al turquesa.

Alguien dijo con preocupación que el cielo se estaba acercando, descendiendo hacia ellos.

Y en efecto así era. Pronto pudieron ver que en su parte inferior el manto nuboso estaba limitado por lo que parecía una superficie bien definida, quizá no sólida, pero sin duda no gaseosa. Y esa superficie se movía presa de ondulaciones. Pasajeros y tripulantes del *Nimrod* alcanzaron a distinguir olas y remolinos en la parte baja de las nubes. El efecto era como el de hallarse suspendido cabeza abajo sobre la superficie del mar. Aunque no el mar que surcaba el galeón, sino otro más meridional, como atestiguaron varios marineros que reconocieron aquella misma tonalidad en aguas por las que habían navegado en el pasado. Su opinión se tornó en certeza cuando la capa de nubes descendió lo bastante como para que un aroma especiado llegara hasta ellos, haciendo que el corazón se les desbordara de cálidos recuerdos. En el interior de las nubes se atisbaban sombras alargadas, como bancos de peces que surcaran sus profundidades, e incluso fugaces destellos producidos por el sol en sus escamas. Imposible saber qué sol.

Las nubes alcanzaron la arboladura, haciendo desaparecer los gallardetes que remataban los mástiles; el de la Rosa de los Tudor en el palo mayor, y el de la Cruz de san Jorge en los demás. Cuando siguieron descendiendo, comenzaron las exclamaciones de terror. Los hubo que se hincaron de rodillas y rezaron atropelladamente, con las manos entrelazadas y la barbilla pegada al pecho. Otros corrieron a refugiarse bajo cubierta. Alguien declaró que la reina Isabel se hallaba agonizante, si es que no había fallecido ya, y que aquello no era sino una de las catástrofes naturales que acompañaban su tránsito final.

En medio del revuelo, Henry Wriothesley, tercer conde de Southampton y noble al mando de los soldados del *Nimrod*, se acercó a su amigo William Shakespeare. Nadie sabía nada sobre aquellas nubes, le informó Wriothesley. Habían aparecido de pronto en el horizonte, acercándose con rapidez. Bastó que alcanzaran la altura del barco, para que el viento desapareciera y los dejara inmóviles.

En el castillo de popa, el capitán escrutaba el cielo con gesto de preocupación mientras el contraмаestre ordenaba descender a los marineros subidos a la arboladura. Henry Wriothesley dijo que aquello no le parecía una tormenta y Shakespeare le dio la razón.

Las nubes llegaron al alcázar, donde ya sólo permanecían el capitán y el aterrorizado timonel. Quedaron reducidos a meras sombras; aunque, para consuelo de los demás, siguieron moviéndose.

Un soldado corrió hacia Wriothesley. Quería saber si debían disponerse para la lucha. Henry le dedicó una mirada cansada y se limitó a despedirlo con un gesto de la

mano.

El piloto gritó hacia el castillo de popa llamando al capitán, y oyeron a éste contestar que se encontraba perfectamente. Instantes después aquel extraño mar celeste alcanzaba la cubierta del *Nimrod* y a continuación entraba en contacto con el oscuro mar del Norte.

Shakespeare, Henry Wriothesley y todos los que no habían huido en busca de refugio se vieron sumidos en una niebla densa, cálida y salobre que humedeció sus ropas. Su visión quedó limitada a unos pasos de distancia. Más allá sólo alcanzaban a distinguir las siluetas de sus compañeros. El color azul verdoso de la niebla prestaba a la piel un tono cadavérico que invitó a los más fantasiosos a pensar en horribles premoniciones, cuando no a interrogarse si no habían muerto ya y penetrado en alguna antesala del infierno.

Shakespeare, sin separarse de su amigo, miraba fascinado a su alrededor. Los pasajeros se movían por cubierta como sonámbulos, con los brazos extendidos ante sí, llamándose unos a otros. Los miembros de la tripulación se desplazaban apenas con mayor aplomo. Nadie dio la orden ni sugirió la idea pero todos acabaron agrupándose junto al palo mayor. De repente la borda del galeón, más allá de la cual nada se veía, les producía pavor.

Transcurridos unos minutos comenzó a aumentar el alcance de su visión. El manto de nubes ascendía. Lo vieron deshacer su camino, subiendo por los palos del *Nimrod*. Aun así, las nubes no se disiparon. Continuaron igual de compactas, fijadas a una altura indeterminada por encima de la nave. Su color no era tan vivo como antes; al igual que el agua sobre la que flotaba el galeón ya no eran tan gris, lo que llevó a algunos a preguntarse en qué mar se encontraban. Una vela lejana que durante las últimas horas había acompañado al *Nimrod* había desaparecido del horizonte. No había nave alguna a la vista.

El capitán ordenó una revisión del barco, además de un recuento del pasaje y la tripulación. Todo se hallaba en orden. Todos estaban perfectamente, salvo un marinero que se había torcido un tobillo cuando corría a refugiarse en un pañol.

En las fechas en que recibió la orden de embarcar, Shakespeare daba forma a una obra basada en la *Ilíada* de Homero. Le apetecía escribir algo que se desarrollara en un entorno cálido y soleado. A veces le bastaba una motivación tan sencilla como ésa para empezar a trabajar.

Le gustaba el sol. Sus rayos lo hacían retroceder a una adolescencia idealizada — su adolescencia real en Stratford había transcurrido bajo cielos de un gris casi perpetuo— y creaba en su memoria táctil la ilusión de unas caricias que en realidad no había regalado ni recibido. Cuando posaba la pluma sobre el papel era como si los nubarrones que cubrían Londres se retiraran. Su imaginación lo trasladaba a un paisaje agostado por el sol troyano.

Vio a Aquiles y a su amigo Patroclo pasear por una playa donde permanecían embarrancadas desde hacía años mil naves griegas. Cubiertas por una lámina de sal, parecían una gigantesca dentadura mellada que mordiera la costa. Amanecía y el campamento griego comenzaba a despertarse. Los dos guerreros, libres de sus armaduras hasta que comenzara la contienda del día, vestían túnicas y sandalias. Caminaban sobre un lecho de algas pardas arrastradas por la marea; las vejigas flotatorias emitían un cantarín plop, plop, plop al reventar bajo sus suelas. De vez en cuando, se tomaban de la mano. Shakespeare los acompañaba, escribiendo desde dentro de la obra. Olía, al igual que ellos, el tufo yodado de las algas, y oía las hachas en el campamento, troceando la leña para las hogueras del desayuno. No obstante, a diferencia del de los guerreros, su caminar no dejaba rastro alguno en la playa. Se adelantó unos pasos y se llevó la mano a la frente a modo de visera para observar las siluetas de los centinelas en la cima de las murallas de Troya. Al cabo de un momento se dio cuenta de que ya no se oía el plop, plop, plop. Se volvió y encontró a Aquiles y Patroclo abrazados. Poco después uno de ellos reía a carcajadas y se apartaba y daba una fuerte palmada en el hombro del otro y los dos echaban a caminar con paso decidido, comentando la necesidad de reforzar el cerco de estacas puntiagudas que rodeaba el campamento.

Pero Shakespeare aspiraba a algo más que calentarse bajo un sol ficticio. Quería que esa obra fuera diferente a todo lo que había hecho hasta entonces. Pensaba que retroceder hasta la época de los héroes, un territorio que nunca había visitado, le forzaría a explorar nuevos caminos. Sin embargo, lo conseguido hasta el momento estaba lejos de dejarlo satisfecho.

Su intención no era competir con Homero, pero sí trasladar al escenario al menos una parte de la intensidad de sus páginas. ¿Cómo lograr ese propósito?

A Shakespeare cada vez le asfixiaban más las limitaciones que el teatro de la época le imponía: un escenario desnudo, sin nada que proporcionara una idea de dónde tenía lugar la acción; lo reducido del espacio disponible; la impresión de fiesta tabernaria cuando más de cuatro actores figuraban en escena; la prohibición de

emplear mujeres para los personajes femeninos; que a los niños encargados de interpretar esos personajes les cambiara la voz o les brotara el bigote...

La labor de los actores no mejoraba necesariamente el texto. La mayoría de las veces no lo hacía. Titubeaban, olvidaban sus líneas, bebían demasiada cerveza antes de entrar a escena, estaban pendientes del escote de la espectadora de la primera fila, gritaban para imponerse al murmullo del público, a los eructos, a los gritos de los vendedores ambulantes, no eran lo bastante atractivos, no eran lo bastante repulsivos...

Aún más irritante era la imposibilidad de mostrar lo grandioso: los portentos de la naturaleza; los ejércitos espoleando sus monturas acorazadas cuando se lanzaban al combate; las luchas a espada, con los contendientes hundidos hasta la cintura en una marisma; los hombres que corrían envueltos en llamas por las calles de Roma y el león desdeñoso que rondaba el Capitolio los días previos al asesinato de César...

Esas restricciones hacían que Shakespeare a menudo disfrutara más leyendo las obras de teatro que viéndolas representadas; las de los clásicos y también las de sus contemporáneos, que adquiría en las calles en ediciones en cuarto. De ese modo su imaginación podía vagar más allá de las mediocres fronteras del escenario y poner a los personajes los rostros y los cuerpos idóneos. Pero le ofendía e inquietaba que otras personas pudieran pensar lo mismo de sus obras.

Disponía de las palabras. Es cierto. Con ellas podía hacer que el público sintiera en el fondo de su pecho el temblor del suelo bajo los cascos de los caballos al galope. Y también lograba lo más grandioso, desnudar el alma humana con su dominio del verbo y exponerla sobre las tablas como un polluelo tembloroso, un ave de espléndido plumaje o una hez expulsada por algún innombrable ser.

Pero eso, desnudar el alma, podía hacerlo de igual forma con la poesía. Y también mostrar los ejércitos y las tempestades y las calzadas de la antigua Roma. Si lo mejor del teatro —y más aún— se podía lograr con la poesía, ¿por qué continuar escribiendo obras?

Los motivos eran diversos, pero sobresalía el reto, precisamente, de explorar las ventajas que el teatro ofrecía sobre la poesía, y hacerlas crecer.

Si el autor teatral no tuviera que malgastar tiempo y talento en referir al público la marcha de las batallas —que tenían lugar, por necesidad, fuera del escenario—, de los crímenes más atroces —acontecidos de nuevo lejos de la vista del público—, de describir el aspecto de los bosques y los efectos de las tormentas..., si todo eso simplemente estuviese allí, y el escritor pudiera dedicar toda su agudeza a la indagación del alma, ¿hasta dónde sería capaz de ahondar?

*Totus Mundus Agit Histrionem*, «el mundo entero es un escenario», era la divisa de El Globo, el teatro propiedad de Los Hombres de Lord Chamberlain. Pero en ese momento el reto de William Shakespeare era introducir el mundo entero en el

escenario. Un mundo muy grande y en el que había y sucedían demasiadas cosas.

Si él no lo lograba, ¿quién iba a hacerlo? ¿Ben Jonson? ¿Ese odre hinchado, ese fatuo incapaz de una palabra de elogio para otro que no fuera él mismo, para quien disponía de infinitas?

Marlowe.

Sin duda.

Christopher Marlowe podría haberlo conseguido. Por momentos lo hizo.

El ardor de las líneas que escribió para *Doctor Fausto* invocó al mismísimo Satanás: un rostro extraño surgido entre los actores que, disfrazados de demonios, arrastraban a Fausto a los infiernos en la escena final, una presencia que miraba a su alrededor con hambrienta curiosidad. El público huyó despavorido, los actores pasaron noches enteras rezando y ayunando, algunos abandonaron el oficio para siempre.

El enorme e impío Marlowe.

Shakespeare lo echaba de menos. No tuvo tiempo de aprender lo bastante de él.

Algunos días, por el contrario, se alegraba de que la daga de Ingram Frizer se hubiera hundido en el ojo de Marlowe ocho años atrás, en una taberna de Deptford. Con inmensa vergüenza, Shakespeare se congratulaba de ello cada vez que llegaba el estreno de otra de sus obras. Entonces ganaba seguridad en sí mismo pensando que Marlowe y su sardónica sonrisa no estarían entre el público.

Con todo, mientras trabajaba en la obra sobre la *Ilíada* extrañaba a Marlowe más que nunca. ¿Qué habría hecho él para mostrar a los dioses del Olimpo de forma que no parecieran vulgares vecinos de Londres disfrazados con túnicas y barbas postizas? ¿Cómo habría dejado patente su poder celestial, logrando que el público sintiera el impulso de practicarles ofrendas votivas? ¿De qué manera los habría hecho parecer más altos que los vulgares humanos? ¿Cómo los habría hecho refulgir, empuñar el rayo? ¿Cómo habría llevado al escenario los combates entre aqueos y troyanos, los combates dentro de los combates para apropiarse de los cuerpos de los héroes caídos, los combates dentro de los combates dentro de los combates para hacerse con los trofeos que eran sus armas? ¿Cómo habría reproducido la emoción que Homero lograba, mediante una insultante sencillez, al escribir: «Y sus armas resonaron»? Cada vez más desanimado, Shakespeare hojeaba la *Ilíada* y envidiaba a los dramaturgos del final del Imperio Romano. Entonces no existían trabas para mostrar sobre el escenario cualquier variedad de frenesí sexual. Y si la obra incluía una muerte, siempre había reos o esclavos dispuestos para que se les cortara la cabeza o para ser atravesados con lanzas y espadas. A continuación surgían las hienas atrailladas para disputarse los restos, quebrar los huesos y revolcarse en la sangre, riéndose y luciendo erecciones como cimitarras.

Séneca, cuyo humanismo era más poderoso que su sentido del espectáculo, repudió esas prácticas y las desterró de sus obras a un limbo más allá del escenario, para ser referidas tan sólo por aburridos mensajeros. Siglos después, la Iglesia,

siempre presta a tutelar el ocio de su grey, hizo suya la opinión de Séneca y aumentó las limitaciones de lo que podía hacerse y decirse en un estrado. Sólo permitió espadas teñidas con sangre de oveja y aburridas tripas de cerdo para simular entrañas humanas.

No era el propósito de Shakespeare sembrar sus obras de cadáveres y doncellas desfloradas en público —secretamente se avergonzaba de la gratuidad de la violencia con que él mismo había aderezado *Tito Andrónico*—; lo que envidiaba era la libertad de hacer más que lo que él podía hacer.

Momentos después de que la niebla bañara el *Nimrod*, Henry Wriothesley, Shakespeare y otros miembros destacados del pasaje se reunieron con el capitán junto a la caña del timón. Las nubes seguían cubriendo el cielo, sin que hubiera cambios en ellas.

Al frente del grupo se hallaba William Stanley, sexto conde de Derby, hijo de Lady Margaret Clifford —que hasta su muerte había aspirado a suceder a la reina Isabel— y principal dignatario de la misión diplomática. Stanley había sido escogido para el cargo por su experiencia como viajero por Europa y África y su participación en otra misión similar, en aquel caso ante Enrique III de Francia. A pesar de haber cumplido los cuarenta, se mantenía en forma; presumía de pesar lo mismo que veinte años atrás, cuando partió de Inglaterra por primera vez. Era fácil distinguirlo cuando ponía el pie en cubierta, por su afición a los jubones de color escarlata y la insistencia con que preguntaba a otros pasajeros si deseaban cruzar amigablemente sus espadas con la suya. En el *Nimrod* se sentía enjaulado y siempre buscaba una ocasión de ejercitarse.

En la travesía a Dinamarca lo acompañaba, sin despegarse de él en ningún momento, su criado; aunque eran muchos a bordo los que sospechaban que bajo aquellas ropas masculinas se escondía en realidad la última amante de Stanley, llevada para servirle de entretenimiento durante el viaje. Basándose en su experiencia, Shakespeare podría jurar que las nalgas ocultas tras aquellas calzas no tenían nada de varoniles.

A la pregunta de qué iban a hacer a continuación, el capitán respondió que, mientras no regresara el viento, la única alternativa era esperar.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando les sorprendió un estampido a popa, como si un cuerpo de gran tamaño hubiera caído al agua. Se volvieron a tiempo de ver una columna de espuma que se alzaba a media milla de distancia. El contramaestre preguntó a gritos al grumete subido a la cofa qué era lo que veía. Después de un tiempo que a todos les pareció innecesariamente prolongado, el grumete respondió que se trataba de una ballena. El capitán, para quien un encuentro con una ballena distaba de ser un hecho notable, intercambió unas palabras indiferentes con el piloto y se encaminó a su camarote. Pero apenas había avanzado unos pasos cuando dio media vuelta y volvió junto a la borda con expresión perpleja. Este cambio de actitud sorprendió al piloto, que le preguntó, bajando la voz, si todo se hallaba en orden. El capitán, con la vista fija en el mar respondió:

Ahora lo veremos.

Los pasajeros se apelotonaron contra la borda. Al principio no alcanzaron a ver nada, pero pronto distinguieron una cuña de espuma que surcaba la superficie, y en su vértice una giba que subía y bajaba, gris parduzca, el lomo de la ballena. La cuña avanzaba hacia el *Nimrod*.

A medida que se aproximaba sin variar su rumbo y aumentaban las exclamaciones de asombro de los pasajeros, creció el número de personas asomadas a

la borda. Cuando el leviatán parecía a punto de embestir la popa del galeón, frenó su marcha y se desvió para desfilar junto al costado de estribor, a un cable de distancia de la nave, permitiendo que todos lo contemplaran en detalle.

Medía más de noventa pies, desde el morro hasta el extremo de su gran cola plana; casi un tercio de esa longitud lo abarcaba la pesada cabeza rectangular, coronada por el espiráculo. Era un ejemplar de avanzada edad; la piel de su espalda estaba arrugada y descolorida, salpicada de abundantes marcas circulares, como las que dejaría una potente ventosa.

El lomo se hallaba erizado por infinidad de arpones, muchos de ellos retorcidos como sacacorchos. Algunos colgaban flojos, a punto de desprenderse. Debían de llevar largo tiempo allí clavados, pues la carne alrededor del hierro estaba ulcerada. Varios arpones arrastraban restos de cabo. Otros llevaban tras de sí algo más.

Horrorizados, pasajeros y tripulación vieron que en los cabos de tres arpones iban enredados otros tantos cuerpos sin vida. El azote del mar y el roce contra el costado de la ballena les habían arrancado las ropas y triturado los huesos. Estaban pálidos, hinchados y a los tres les faltaba alguna extremidad. Oscilaban en el agua como muñecos de trapo y servían de alimento a la cohorte de pececillos que escoltaba al leviatán. El estado de los cuerpos los hacía irreconocibles. Las únicas marcas de identificación eran los adornos de metal que lucían en muñecas, antebrazos y cuellos, profundamente hundidos en la carne. Nadie de los presentes, entre los que había quienes se jactaban de haber visitado todas las costas exploradas, fue capaz de reconocer aquellos extraños adornos.

La visión de los cuerpos arrancó un nada masculino grito al criado de William Stanley, lo que provocó cruces de miradas y que su señor le ordenara guardar las formas. El criado se apartó de la borda cubriéndose el rostro con las manos.

A punto de concluir su paso junto al *Nimrod*, la ballena alzó la cabeza, abrió su larga y dentada mandíbula y al volver a cerrarla produjo un violento chasquido que sobrecogió a todos. A continuación se sumergió junto con sus cadáveres, regalando a los presentes la visión de lo que los balleneros llamaban con respeto «la Mano de Dios»: la aleta caudal de la ballena alzada sobre la superficie. Tras ella quedó un susurro de espuma y una ondulación de las aguas que hizo mecerse el galeón.

Antes de zarpar, Shakespeare aprovechaba todos los momentos disponibles para trabajar en la obra sobre la *Ilíada*. Escribía en El Globo, el teatro que Los Hombres de Lord Chamberlain habían levantado recientemente en Bankside. Durante los descansos de los ensayos y los días sin función subía a la galería más alta, donde le gustaba sentarse mirando de frente el escenario. El Globo era el primer teatro construido por actores y para actores, lo que se anotaba en su diseño. Estaba orientado de modo que el sol de la tarde, cuando tenían lugar las representaciones, no molestara a los intérpretes, sino que diera sobre el público. Shakespeare dejaba caer los párpados y, disfrutando del calor del sol, se abandonaba pensando en la obra. Cuando más tarde abría los ojos, contemplaba el escenario e imaginaba el aspecto que tendrían sobre las tablas las escenas que le habían acudido a la mente. El paso era siempre insatisfactorio.

A semejanza de otros teatros isabelinos abiertos, El Globo era una estructura de roble con planta octogonal. Estaba provisto de tres niveles de galerías orientadas hacia la parte interna y lo cubría un tejado de paja. En el centro disponía de un espacio despejado, que recordaba a un patio interior, conocido como «la arena». A Shakespeare le gustaba describir el conjunto como: «una miserable “O” de madera». El escenario, alzado unos pies sobre el suelo, tenía la parte trasera unida a la estructura. Por detrás discurría una galería reservada para la orquesta.

La capacidad llegaba a las tres mil personas, que se repartían entre la arena, donde el público presenciaba las obras en pie, y las galerías, donde disponía de asientos a un precio mayor. Por un penique más se podía disfrutar de un cojín que aliviara las posaderas. No había techo que cubriera la arena, así que la lluvia a menudo empapaba al público durante las representaciones. Los actores quedaban protegidos gracias a un baldaquín de madera sostenido por columnas. Encima de éste se alzaba una estructura similar a un desván, que alojaba una rudimentaria maquinaria que permitía subir y bajar objetos al escenario, y donde se realizaban además los efectos sonoros. Desde allí también bajaban actores, colgados de cuerdas, simulando ser ángeles o fantasmas. Sería el método al que Shakespeare tendría que recurrir para las intervenciones de las deidades olímpicas, y eso le deprimía. Los chirridos de la polea, la oscilación del actor y, si éste era novato, su expresión aterrorizada... todo minaba la impresión de divinidad. No era extraño que la polea se trabara y el actor quedara ridículamente colgado durante unos minutos; la obra se interrumpía y el público rompía en carcajadas, y siempre había algún gracioso que martirizaba al indefenso actor lanzándole huevos o fruta podrida, lo que generaba enfurecidos improperios por parte de éste —ya por completo fuera de su papel— y carcajadas aún mayores.

El exterior del edificio tampoco contribuía a la grandeza de las representaciones. Los teatros distaban de situarse en las zonas más prósperas de Londres. A su alrededor proliferaban los rateros, los ladrones de caballos, las prostitutas, las tabernas y los espectáculos de lucha de fieras, donde osos y monos se enfrentaban a

jaurías de mastines y alanos. Desde la galería donde escribía, Shakespeare oía el bullicio procedente de un corral cercano, donde más de doscientos perros aguardaban ser lanzados a la pelea. Las apuestas y los excesos con la cerveza eran fuentes habituales de altercados y el gentío favorecía la propagación de epidemias, motivos por los que las autoridades no veían los teatros con buenos ojos y ordenaban periódicamente su cierre.

Las obras se representaban sin interrupciones entre escenas ni entre actos. No había iluminación artificial. No había telón. No había decorado. La ambientación se conseguía mediante el vestuario, unos burdos efectos especiales y la interpretación de los actores.

La desnudez del escenario, tan frustrante en otros casos, resultaba sin embargo muy apropiada para la *Ilíada*. El entorno austero donde se desarrollaba el poema homérico era un escenario en sí mismo: una llanura que se extendía entre la costa, donde permanecían atracadas las naves griegas, y las murallas de Troya, y en la que cada día, a la misma hora, como si se tratara de funciones teatrales, tenían lugar las batallas; un espacio yermo, sin sombras, que sólo auxiliaba a los contendientes mediante las piedras que salpicaban el suelo, a las que recurrían cuando se les agotaban las lanzas y perdían la espada.

Shakespeare saboreaba las palabras que tendría ocasión de emplear: «grebas», «hecatombe», «teucros», «inframundo»... Las repetía como un niño acaricia un juguete nuevo y lo contempla desde todos sus ángulos; estudiaba con cuidado dónde utilizarlas.

Había motivos de mayor peso que hacían de la *Ilíada* un buen material para el teatro. Proporcionaba escenas que satisfacían al populacho, como las abundantes batallas —una parte se tendría que representar sobre el escenario, porque ¿qué era la *Ilíada* si se prescindía de las batallas?—; otras complacían al público más refinado que ocupaba las galerías, como los debates entre Patroclo y Aquiles acerca de la renuncia de éste a combatir; y había también escenas del gusto de todos, como el duelo final entre Aquiles y Héctor, con su profunda carga simbólica.

Este último pasaje del poema llamaba en particular la atención de Shakespeare. Héctor vestía la antigua armadura de Aquiles, arrebatada como trofeo a Patroclo, que la portaba cuando cayó en el campo de batalla. ¿Cómo mostrar que el triunfo de Aquiles se debía al conocimiento que tenía de la que había sido su armadura, y por tanto de su punto débil: el espacio que dejaba desprotegido donde el hombro se une al cuello? Al hundir allí su espada, Aquiles acababa con Héctor, pero también, simbólicamente, con Patroclo, por su falta de cuidado en el campo de batalla, y también acababa consigo mismo, por permitir que su amigo y amante muriera. ¿Era posible transmitir tal *mise en abyme* concentrada en un único golpe de espada?

Y había otros elementos de ese duelo, momento climático y por tanto crucial del poema, que tampoco podrían ser llevados al escenario: Aquiles buscando situarse frente al sol, para que el reflejo en su nueva armadura, más brillante que el

mismísimo astro, deslumbre al contrincante; las señas que envía a los combatientes griegos para que no disparen sus flechas a Héctor, reservándolo para él; las intervenciones de los dioses, que en un parpadeo devuelven la lanza a las manos del Pelida Aquileo cuando yerra el tiro.

A pesar de reducirlo a un trozo de tierra desértica, el mundo continuaba siendo demasiado amplio para trasladarlo al teatro.

Sin embargo, a bordo del *Nimrod* Shakespeare vislumbró la forma de introducirlo en el escenario.

Después de que el galeón partiera del muelle de Blackwall y dejara atrás el estuario del Támesis, una vez superada la angustia de ver desaparecer la costa de Inglaterra y encontrarse rodeado por la inmensidad acuática, Shakespeare se había maravillado por la pureza del aire, algo que, acostumbrado a la fetidez de Londres, ya casi no creía posible. En segundo lugar, le impresionó el vacío a su alrededor, roto tan sólo por alguna vela en la lejanía, blanca, diminuta; de nuevo, nada que ver con la capital inglesa, donde reinaba el hacinamiento y los nobles compartían el espacio, y prácticamente el techo, con los vagabundos; los hombres con las bestias; y los vivos con los muertos.

El mar eliminaba lo prescindible y resaltaba lo importante. Cargaba de significado todo lo que sucedía en él. ¿Cuántos botes a la deriva recorrían cada día el Támesis arrastrados por el capricho de las mareas? Bajo sus bancos, el cuerpo abotagado de un borracho, o quizás un cadáver. ¿Quién les prestaba atención en medio del frenesí de la ciudad? Pero si ese mismo bote, sin velas y con los remos perdidos tiempo atrás, apareciera flotando en mitad del mar, ¿quién no ansiaría conocer la identidad del cuerpo que en él navega y las causas que lo llevaron a situación tan desesperada? El pez espada que desorientado asoma su estoque bajo el Puente de Londres y, desde las orillas, es perseguido y apedreado por niños harapientos, ¿no parece otro muy diferente cuando surge centelleando de entre las olas, escoltado por más de los suyos?

Y por encima de todo estaba el *Nimrod*.

El galeón era una ciudad flotante donde se hallaba representado el conjunto de la sociedad inglesa. Los marineros equivalían al pueblo llano. A continuación se encontraban los maestros artesanos y los comerciantes, representantes de una nueva clase social, cada vez más ambiciosa y antojadiza. Después el ejército. Seguidamente la nobleza. Y rellenando los huecos entre todos los anteriores, como una argamasa humana, los artistas y los embajadores de la Iglesia de Inglaterra.

Aquella ciudad tenía su propio idioma, la jerga que a Shakespeare le había fascinado desde el momento mismo en que pisó el muelle —nuevos juguetes con los que disfrutar—, y se diría merecedora también de su propia religión, una en la que el agua jugara un papel esencial y en cuyas liturgias se practicara la inmersión. Disponía

incluso de su fauna, procedente, en su parte más vistosa, de las Indias Occidentales. En un pañol del *Nimrod* viajaban un mapache, originario de la efímera colonia de Roanoke, viejo, desdentado, desungulado y tan manso como el más manso de los gatos; una jaula con una docena de nerviosos colibríes; y, con una pata encadenada a una percha de cetrería, un águila pescadora. Todos ellos, regalos para el rey de Dinamarca. Con la excepción del águila, distaban mucho de la espectacularidad de los quetzales y las anacondas que los españoles exhibían en sus fiestas, pero la reina Isabel confiaba en que Cristián IV viera aquellos animales como un adelanto de lo que las tierras de donde procedían iban a proporcionarles en un futuro cercano, tanto a la corona inglesa como a sus fieles aliados.

Por supuesto, abundaban las ratas y los ratones, y también había algún que otro lirón, a pesar de que, dado lo ilustre de algunos miembros del pasaje, antes de zarpar se había procedido a una cacería de roedores. El número de capturas superó el millar.

Y entre la fauna del *Nimrod* se encontraba además su único integrante con nombre propio: *Galatea*, el gran danés plateado de Henry Wriothsesley, animal destinado a desempeñar un breve aunque memorable papel en la travesía a Dinamarca.

Toda Inglaterra representada en el galeón y fuera de él nada, el vacío marino. El mundo, o al menos el país, quedaba así reducido a un tamaño lo bastante manejable para ser introducido en un escenario.

Shakespeare decidió escribir una obra que se desarrollara en una nave como el *Nimrod*.

Su proyecto sobre la *Ilíada* quedó abandonado. Lo retomaría un año después, aunque con unas premisas muy diferentes a las originales y mucho menos ambiciosas. *Troilo y Crésida* sería una obra extraña y oscura, que desconcertaría a los londinenses, a quienes gustaba ver su ciudad como la Nueva Troya. ¿Quiénes eran Troilo y Crésida? ¿Por qué los protagonistas no eran Aquiles ni Odiseo ni el troyano Héctor? La obra los relegaría al papel de simples comparsas y ofrecería una imagen nada heroica de ellos. La épica se hallaría ausente. El humor negro haría preguntarse al público si estaba ante una tragedia o ante una comedia.

No cabría duda, por el contrario, de que se trataba de una obra escrita por un hombre desilusionado.

Ambientar una obra en un barco en alta mar traería algunos inconvenientes técnicos, aunque no difíciles de solventar. En caso de tempestad, cuando las olas fueran tan altas como para sobrepasar la borda, a los actores se les arrojarían calderos de agua. El sonido del mar se simularía haciendo rodar una bola de cañón sobre una bandeja de metal; el de la lluvia, dejando caer guisantes secos sobre la misma

bandeja; y el del trueno, agitando una plancha metálica; todos ellos efectos sencillos, baratos y no tan llamativos como para distraer la atención del público.

En cuanto a lo narrado en la obra, las posibilidades eran inacabables. Podría tratarse tanto de una comedia como de una tragedia.

Dos jóvenes amigas huyen de sus casas y, disfrazadas de marineros, se enrolan en un barco para ir en busca de sus amados, que partieron tiempo atrás hacia un destino incierto.

Un capitán de avanzada edad y férreo código de conducta debe enfrentarse a su nuevo piloto, joven y provisto de ideas modernas.

Un predicador loco, tras ser rescatado cuando flotaba a la deriva, solivianta a la marinería contra sus superiores, a los que acusa de herejes.

Un naufragio, los supervivientes se refugian en una balsa confeccionada con cabos y tablas de la nave. Pronto la sed provoca los primeros delirios. Bandos enfrentados. Canibalismo.

La imaginación de Shakespeare saltaba de una idea a otra, todas ceñidas a lo que acontecía en el barco, sin necesidad de que el público supiera nada sobre lo que había más allá, salvo breves menciones al color del mar o las costas divisadas en la lejanía. No habría que desterrar partes de la acción fuera del escenario, ni que recurrir a los testigos o mensajeros de turno. El escenario podría representar cualquier parte de la nave: desde la sentina al puente. Si en alguna escena un actor debía subir a los palos, se podría recurrir a la galería donde se situaba la orquesta; el escenario haría las veces de cubierta y la galería de arboladura. Esa interpretación a dos niveles ya había dado excelentes resultados en la escena del balcón de *Romeo y Julieta*.

Todo sucedería ante los ojos del público, se decía Shakespeare.

Entonces apareció la ballena.

Después de cenar, Shakespeare y Henry Wriothsesley se acodaron en la borda a fumar unas pipas de tabaco de Barbados. Los hombros de los dos amigos se rozaban. Tras las nubes brillaba la luna llena. La conjunción de ambos fenómenos daba a la noche una tonalidad verdosa de extraña quietud. Las velas permanecían desplegadas para captar de inmediato el menor soplo. Todos habían inferido que la calma estaba relacionada con las nubes y que, mientras éstas no se disolvieran, las velas seguirían colgando flácidas.

¿Qué tal tu estómago?, preguntó Wriothsesley.

Un momento después, como si hubiera necesitado meditar la pregunta, Shakespeare respondía que estaba bien, que desde la mañana no había pensado en el mareo, como si eso bastara para sentirse mejor.

Escrutaba el mar tratando de volver a ver a la ballena. Por la mañana, después de que el leviatán se hubiera sumergido, un tenso silencio cayó sobre todos, hasta que, tras un intermedio que pareció eterno, alguien dio la voz de alarma. La ballena había vuelto a la superficie, lejos del *Nimrod* y por el costado opuesto del barco. Hubo carreras hacia ese lado. Vieron la blanca palmera del surtidor, un rastro alargado en la superficie del mar y luego nada.

Mientras Shakespeare rememoraba por enésima vez el encuentro con la ballena, Wriothsesley lo observaba de reojo. En los últimos años William Shakespeare había envejecido deprisa. A sus treinta y siete años hacía ya tiempo que había empezado a perder el cabello; se peinaba el que le quedaba intentando que la escasez se notara lo menos posible, lo que por el contrario la hacía más llamativa. El retroceso del pelo le ensanchaba la frente, la misma que dos siglos y medio después cierto escritor neoyorquino fascinado por el mar compararía con la amplia frente de un cachalote.

Estaba pálido y delgado. La nuez se le marcaba en el cuello de forma poco atractiva. Trabajaba mucho y apenas se cuidaba. Le habían salido rojeces en la cara.

En su juventud había dejado embarazada a una mujer ocho años mayor que él, con la que había tenido que casarse. Tras un corto periodo de convivencia la abandonó en Stratford, en casa de los padres de él, y siguiendo los pasos de otros jóvenes del pueblo se trasladó a Londres en busca de fortuna. Encontró trabajo en el teatro, donde transitó por todos los puestos del escalafón; comenzó cuidando los caballos de los espectadores adinerados, después fue ayudante de apuntador, apuntador, extra, actor y, finalmente, actor y autor. Años después retomó la relación con su esposa. Seguía viviendo en Londres pero decidió visitar periódicamente a su familia. Incluso había comprado para ellos una nueva casa en Stratford, con diez chimeneas, dos cobertizos y otros tantos huertos, en las cercanías de un mercado de quesos.

¿Qué le parece a ella este viaje?, preguntó Wriothsesley.

Shakespeare dio una calada y se encogió de hombros.

Es una orden de la reina, lo que ella piense importa poco, dijo.

Cómprale un regalo bonito, al menos.

No quiero hablar de eso.

¿No quieres hablar de lo que le vas a regalar? No es un tema tan espinoso. ¿Cuáles son las cosas típicas de Dinamarca? La verdad es que no sé nada de ese maldito país.

Sabes a lo que me refiero, respondió Shakespeare a media voz.

Tras un momento durante el que siguieron fumando en silencio, Wriothlesley dijo: Te estás equivocando.

Shakespeare resopló y agachó la cabeza. Wriothlesley siempre sacaba aquel tema en los momentos menos oportunos.

Aunque estés en lo cierto, dijo Shakespeare con la vista fija en el agua, debo compensarla por todo el tiempo que ha pasado sola.

Te acabarás arrepintiéndote.

Como Shakespeare no respondía, Wriothlesley añadió:

Somos amigos, me corresponde decírtelo.

Agradezco tu opinión imparcial, pero no quiero hablar ahora de eso.

¿Entonces de qué quieres hablar?, preguntó Wriothlesley con un punto de irritación.

Tengo una idea para una nueva obra, dijo Shakespeare.

Por supuesto, tú siempre tienes alguna idea genial para otra obra.

Ésta será diferente. Aparecerá una ballena. Y su papel será importante. Quizás el más relevante de todos.

Wriothlesley lo escrutó a través de la oscuridad verdosa.

¿La ballena será la protagonista?

Shakespeare asintió sin pensarlo. Desde aquella mañana no había dejado de pensar en la ballena, cuya visión lo había turbado. Y no sólo por los cuerpos que llevaba a remolque. Shakespeare había visto muchos cadáveres en su vida, algunos de ellos en estados aún peores. Era la ballena en sí lo que le había cautivado. Su tamaño. El olor. El chasquido que emitió al abrir la mandíbula casi en ángulo recto — Shakespeare estaba seguro de que se la había dislocado— y la posterior explosión al cerrarla de golpe. Su carácter numinoso. Nunca habría imaginado que un ser semejante, más propio de las leyendas y la épica, pudiera habitar este mundo. Se movía, además, con una gracia impensada, demostrando una intimidad con el medio acuático sólo comparable a la que ciertos pájaros, no todos, comparten con el aire. No parecía un poblador del mar; más bien era como si el mismo mar, todos los mares y océanos, y los seres que los habitaban, hubieran emanado de ella. Un *genius loci*.

Si pretendía escribir una obra ambientada en un barco, y por tanto en el mar, la ballena debía estar presente.

Contó a su amigo su plan de no dejar nada fuera del escenario.

¿En ese caso cómo meterás una ballena en el teatro?, preguntó Wriothlesley.

No pudo evitar que sus palabras tuvieran cierto tono sardónico. Él también había visto la ballena. Al igual que Shakespeare, era la primera vez que se cruzaba con un

leviatán, y sí, se había sentido asombrado, pero la impresión había pasado pronto y el encuentro quedó reducido a simple anécdota que recordar en las tabernas. Viendo a su amigo, que vigilaba las aguas con evidente deseo de avistar de nuevo el pez, Wriothlesley se dijo que la imaginación era más una maldición que un don, y agradeció no tener demasiada.

Shakespeare no respondió. Todavía no sabía cómo introducir a la ballena en el escenario, pero estaba seguro de que encontraría el modo.

El barco se hallaba en calma. Cada poco rato oían pasos a sus espaldas, marineros ocupados en sus faenas y pasajeros que salían a cubierta a estirar las piernas y contemplar la extraña oscuridad. También oían los tranquilizadores chasquidos de las pezuñas de *Galatea* contra la cubierta, y un par de veces Wriothlesley sintió su fresco hocico acariciándole el muslo. Shakespeare, en cambio, se negaba tercamente a prestarle atención.

Wriothlesley habría preferido continuar hablando de temas personales, pero, como aficionado al teatro y conocedor de la situación de su amigo, comprendía la dedicación de éste a su trabajo.

La condición profesional del dramaturgo se había estabilizado pero no por eso podía permitirse trabajar menos. La competencia entre los teatros era cada vez mayor y más sucia; aumentaba el número de compañías, que se robaban actores y autores entre ellas, copiaban los éxitos de sus rivales cambiando apenas el título de las obras y los nombres de los personajes... Y además estaba la rebelión de Essex.

La noche previa a su alzamiento contra la reina, el conde renegado había pagado cuarenta chelines a la compañía de Shakespeare para que les amenizara la espera, a él y a sus hombres, con una representación privada de *Ricardo II*. La obra narraba, precisamente, la derrocamiento de un rey. El levantamiento de Essex quedó neutralizado en pocas horas y la participación de Los Hombres de Lord Chamberlain pronto fue de conocimiento público. Se dijo que su representación había insuflado ánimos a los partidarios de Essex, ayudando a que los indecisos tomaran parte. Que Isabel no hubiera acusado a la compañía de traición no se debe interpretar como un ejercicio de clemencia, sino como fruto de la extravagancia de la que hacía gala en su vejez. Nada más que eso había librado a Shakespeare y sus compañeros de que sus cabezas, cortadas y clavadas en picas, adornaran el Puente de Londres.

Eran muchos los que después de lo sucedido miraban a Shakespeare con sospecha, y el único modo que conocía para tranquilizar a la gente era el teatro.

Cuéntame más, pidió Wriothlesley.

La respuesta tardó en llegar. No se impacientó, habituado a los ensimismados silencios en que su amigo acostumbraba a sumirse cuando pensaba en alguna obra.

Shakespeare sonreía para sus adentros. El tema de su mujer había quedado olvidado, al menos hasta una próxima charla. A Henry le gustaba que le contara en qué estaba trabajando; disfrutaba dando su opinión y aportando ideas. Se sentía así parte del proceso creativo.

La historia tendrá que ser sencilla, dijo Shakespeare. No creo que pueda basarme en algo que ya esté hecho, lo que será un inconveniente.

Wriothlesley asintió. El público agradecía disponer de alguna referencia. Pero también era cierto que Shakespeare se sentía más cómodo cuando recorría terrenos que otros ya habían desbrozado. Urdir tramas y modelar personajes a partir de la nada no era su fuerte. Además, el ritmo al que tenía que escribir para ganarse la vida, hasta tres obras al año, no le permitía desarrollarlas desde cero. Para *La comedia de los errores* se había basado en *Los Menechnos* de Plauto; para *Como gustéis*, en la novela burlesca de Thomas Lodge *Rosalynde*; y para *Julio César*, en *Las vidas de los griegos y romanos ilustres* de Plutarco. En este caso el público desconocía el libro del historiador griego, aunque no importaba; era una historia de romanos, y a los londinenses les encantaba todo lo relacionado con la viciosa Italia. A la hora de escribir *Hamlet*, también había recurrido a una fuente de inspiración. Los pliegos repletos de tachaduras que el senequista y desafortunado Thomas Kyd había dejado a su muerte fueron una ayuda impagable.

Henry acariciaba distraídamente la borda del galeón. Intentó hundir una uña en la madera y trazar la inicial de su nombre. Le encantaba la firmeza de la nave, le inspiraba confianza. Disfrutaba de los viajes por mar. Le gustaría hacer uno más prolongado, a ser posible en un barco no lleno de petimetres. A las Indias. Había oído que allí había grandes oportunidades de hacer fortuna. Le era fácil imaginarse hollando parajes vírgenes y bautizándolos con su nombre. Las historias que llegaban desde el otro lado del océano le avivaban la codicia y el ansia de aventura. Había releído docenas de veces la descripción hecha por Sir Walter Raleigh del imperio de Guayana y su capital, Manoa, rica en sepulcros henchidos de tesoros y poblada por hombres sin cabeza, con los ojos en los hombros y la boca en mitad del pecho.

En absoluto le molestaba que la calma los hubiera dejado a la deriva. Así podría disfrutar de más tiempo a bordo, en compañía de su amigo. Y también pasar más tiempo lejos de su esposa, la condesa Elizabeth Wriothlesley, *née* Vernon, quien antes de casarse había sido dama de honor de la reina. Después de que su madre se lo suplicara durante años, Henry finalmente había contraído matrimonio, pero con una mujer y en unas circunstancias que a nadie habían satisfecho. A pesar de sus orígenes muy dispares y de los diez años de edad que Shakespeare le sacaba a su amigo, era mucho lo que tenían en común. Los dos se habían casado por la fuerza con mujeres a las que habían dejado embarazadas.

Wriothlesley también había participado en la rebelión del conde de Essex, con quien había entablado una sólida amistad en Irlanda, donde combatieron juntos en la guerra de los Nueve Años. Su intervención fue mayor y más incuestionable que la de Shakespeare. Se libró de ser decapitado gracias sólo a la intervención de su madre, que suplicó el perdón a la reina. Tras pasar una temporada en la Torre de Londres, Wriothlesley había sido liberado para incorporarse a la expedición a Dinamarca.

Henry, ¿me estás prestando atención?, preguntó Shakespeare molesto.

Wriothlesley respondió con un hilo de voz:

Yo siempre te presto atención, Will.

Y para demostrarle que no se había abstraído de la charla, preguntó:

¿Tragedia o comedia?

Tragedia, comedia... ¿Qué importa?

Claro que importa.

Shakespeare soltó una carcajada. El asomo de enfado había desaparecido.

Eres demasiado tradicional.

Wriothlesley respondió al comentario con una mueca que hizo reír de nuevo a Shakespeare.

Será una tragedia, declaró éste. Una historia sencilla: el eterno enfrentamiento del hombre contra la bestia. La complicación vendrá por otros motivos.

La ballena.

Shakespeare asintió y miró a su espalda para asegurarse de que nadie pudiera oírlos.

Su adversario será el capitán del barco donde transcurre la obra, prosiguió. Tiene fama de conocer el mar como ningún otro, de ser exigente pero justo con su tripulación, de saber dónde está el límite de lo que les puede pedir. Este capitán emprende un viaje. Lejos. A las Indias Occidentales. Lleva soldados y colonos. Mujeres y niños. Animales. Cerdos, cabras, gallinas. Es la primera vez que se halla al mando de esta nave. Y a diferencia de ocasiones anteriores, no le hace feliz ver cómo el puerto se achica en la lejanía y la costa desaparece bajo el horizonte. Se muestra hosco y reservado. Antes de zarpar se encierra en su camarote, delegando las labores de estiba y desatraque. La tripulación, que había oído grandes cosas de él, está desconcertada. Hablan de lo que le sucede al capitán. Piensan que se encuentra enfermo. Alguien revela que en su anterior viaje el capitán sufrió un naufragio. Se sabe poco de lo sucedido. Corren rumores de algo atroz; más atroz de lo que un naufragio en alta mar ya es de por sí. El capitán fue el único superviviente.

¿Estás improvisando?, quiso saber Wriothlesley.

Más o menos. No me interrumpas.

¿Por qué se produjo el naufragio?

Shakespeare hizo un gesto vago con la mano.

Pronto lo sabremos. Hay que espaciar la información, crear la necesidad de saber las cosas. Entonces se dice lo que haya que decir, y no más.

Cuando se encuentran en mitad del Atlántico, prosiguió Shakespeare tras una pausa, una enorme ballena sale al paso del barco...

¿Cómo la que hemos visto hoy?

... su espalda también está sembrada de arpones, además de picas y azagayas, resultado de sus enfrentamientos con infinidad de naves que trataron de pescarla. No es la primera vez que el capitán se encuentra con ella. Con esa ballena en particular, que es conocida y temida por cuantos transitan los mares. Fue la culpable de su

naufragio, la asesina de su amada tripulación, junto a la que había navegado durante años y entre la que había hombres a los que quería como hermanos y a otros incluso como a sus propios hijos. La ballena, sin que mediara provocación, con perversidad consciente, atacó el barco. Después de la tragedia, mientras se mantenía a flote aferrado a un madero, rodeado por los cuerpos despedazados de sus compañeros, el capitán juró venganza. Poco después fue rescatado por otra nave que lo llevó de vuelta a Inglaterra. Durante la travesía mostró señales de una profunda perturbación, hasta el extremo de que se hizo necesario atarlo a su cama.

Shakespeare hizo una pausa pensativa.

La ballena tendría que tener un nombre, dijo. Sonoro, con un punto exótico, pero fácil de pronunciar, pues los actores deberán repetirlo a menudo.

Luego prosiguió con la historia, hablando cada vez más rápido, entusiasmándose a sí mismo.

Cuando la ballena vuelve a aparecer durante la travesía a las Indias, el capitán sale por fin de su camarote. No es la persona bajo cuyas órdenes la tripulación ansiaba navegar. Es un loco con el único propósito de matar a la bestia. Y para ello no dudará en arriesgar las vidas de cuantos están a bordo. La misión de llevar a los colonos a las Indias queda olvidada. Cuando tripulación y pasajeros descubren el peligro que corren, se oponen al capitán. Pero éste, gran zalamero y demagogo, les convence de que deben matar a la ballena, de que se trata de una misión superior a cualquier otra, una misión justa y gloriosa en la que él será su guía. Los arrastra a su locura.

Shakespeare volvió a quedar en silencio. El capitán sería un perfecto héroe trágico, pensó. El poder que ostenta, la devota admiración de sus subordinados y la ausencia de alguien capaz de competir con él le han hinchado de *hybris*. Su error, su *hamartia*, será el de acusar a la ballena de todos sus males. En consecuencia, el destino, que nunca podría gozar de mejor encarnación que la ballena, caerá sobre él con todo su peso, y también sobre su tripulación y los pasajeros. Al final de la obra, la locura del capitán se disipa como nubes empujadas por un viento repentino. Su racionalidad y su nobleza, porque en el fondo nunca ha dejado de ser ni racional ni noble, toman de nuevo el control. Experimenta su anagnórisis. Se vuelve consciente del error que ha cometido, lo que, por unos momentos, le permite una comprensión más perfecta de sí mismo y del mundo que lo rodea. Y a continuación expía su error con la muerte.

La ballena también ataca ese barco, dijo Wriiothesley.

Con una furia como nunca se ha visto.

Y lo hunde y el capitán se hunde con él.

El capitán y todos los demás.

Llenarás el escenario de cadáveres.

De ahogados. Aunque sería mejor que el escenario quedara desierto. Todo desaparece. Barco y personas. El castigo de la ballena es implacable. Lo borra todo.

La superficie del océano queda despejada, limpia y brillante. Dejar supervivientes, aunque sólo fuera uno, arruinaría el efecto final.

Shakespeare opinaba que, si dejaba un superviviente, lo sucedido se transmitiría a los demás pobladores del mundo de ficción donde se desarrollaba la obra, quienes tendrían así noticia de las capacidades de la ballena y podrían extraer enseñanzas útiles para un futuro enfrentamiento con ella. Por el contrario, en ausencia de supervivientes, el público de El Globo sería el único que supiera, como si lo presenciara a través de un espejo mágico, de aquel oscuro episodio acontecido en un mundo paralelo, un drama sin más testigos que algún albatros viajero.

¿Quién recitará el parlamento de cierre?, quiso saber Henry.

Un coro. Narrará lo que los ojos del público no han podido ver: las fauces de la bestia abiertas de par en par, el salto del leviatán sobre la nave, los marineros girando en los remolinos, la luz espectral que el sol reserva para esos fatales momentos en aquel rincón del océano.

Finalmente dejarás algo fuera del escenario.

Menos de lo que nadie ha dejado jamás, respondió Shakespeare molesto.

Explicó que el coro intervendría en la obra de modo puntual. Sería omnipresente, no se hallaría sujeto a restricciones espaciales, pudiendo elevarse del barco si fuera necesario. Hablaría desde fuera del tiempo; para él no existiría diferencia entre el pasado y el futuro. Sería un guía entre el mundo real y el de la ficción. Al final de la obra se disolvería como si nunca hubiera existido, al mismo tiempo que el portal entre los mundos se cerraba.

¿Qué tipo de barco será?, preguntó Wriothlesley. ¿Una nave de guerra?

Transporta colonos. No puede ser una nave de guerra.

¿En ese caso, cómo pretende el capitán acabar con la ballena? ¿Con cañas y anzuelos? Olvida a los colonos. A nadie le gustan. Son muy aburridos. Convierte el barco en un ballenero. Así el capitán podrá enfrentarse al pez y será un adversario digno. Y no hagas que en el viaje a las Indias la ballena aparezca por casualidad. No me gustan las casualidades en el teatro. Haz que el capitán la busque, o que ella lo busque a él, o que los dos se busquen entre sí.

Luego Wriothlesley soltó una carcajada y añadió:

¿Sabes lo que pasará cuando todos se enteren de que escribes sobre una ballena? Se reirán de tu fascinación por una polla gigante y autónoma.

No tiene gracia.

Claro que la tiene. A Marlowe le habría encantado.

Él no se reiría, dijo Shakespeare.

No, él haría un comentario mucho más original e hiriente de lo que yo soy capaz.

Los dos amigos siguieron contemplando la oscuridad verdosa durante un rato. William daba vueltas a su idea. Wriothlesley bostezó.

Voy a acostarme. ¿Vienes?

Shakespeare no dijo nada, así que Wriothlesley le dio una palmada en el hombro y

lo dejó a solas, no sin antes sugerirle que se abrigara. Sabía que su amigo pasaría la noche desvelado, pensando en la obra.

William Shakespeare no fue el único impresionado por la ballena. De inmediato, el pez se convirtió en el principal tema de conversación a bordo. Los miembros de la expedición diplomática competían en erudición contando historias sobre leviatanes. Se habló del Fastitocalón, la isla flotante que surgía de la nada y en la que navegantes ansiosos por pisar tierra firme largaban el ancla; a continuación la exploraban recogiendo frutos de la exótica vegetación que crecía en ella y, llegada la noche, al encender una hoguera para calentarse y en torno a la cual celebrar una misa de agradecimiento, sentían temblar el suelo y eran tragados por las aguas antes de saber cuál había sido su error. Se habló del miedo que el mismísimo Alejandro Magno había sufrido al toparse en el mar con un rebaño de ballenas, contra el que ordenó disponer su flota en orden de batalla. Se habló del esqueleto expuesto en Roma durante el edilato de Escauro, con una longitud de cuarenta pies, costillas más altas que las de los elefantes de la India y del que se afirmaba que eran los restos de Ceto, la criatura mitológica a la que se ofreció en sacrificio a la princesa Andrómeda, aunque en realidad se trataba del esqueleto de una ballena. Se habló de Porphyrios, la mítica ballena que acosó la ciudad de Constantinopla durante cincuenta años. Y se habló de oscuras tribus de Asia, célebres por mantener un vínculo ancestral con las ballenas, a las que ataviaban con guarniciones y jaeces gigantescos antes de subirse a ellas para cabalgarlas.

Estas historias las escuchó Shakespeare durante las comidas, uno de los pocos momentos en que se dignaba hacer vida en común con los miembros de la expedición. Algunas le eran familiares; la mayoría no. Pero cuando alguna le pareció útil para su obra y quiso averiguar más, se topó con un inconveniente. Los demás pasajeros rehuían sus preguntas e incluso su compañía. William Shakespeare no era bien visto a bordo.

La opinión negativa que tenían de él había nacido de ciertos pasajeros, envidiosos por motivos diversos, algunos tan prosaicos como que, gracias a la mediación del conde de Southampton, Shakespeare dispusiera de un camarote privado. La mayoría no habría tenido en cuenta esas opiniones si la autoridad al frente de la expedición, William Stanley, conde de Derby, no se hubiera sumado a ellas.

Stanley era un gran aficionado al teatro y admirador de Shakespeare. *El sueño de una noche de verano* había sido un encargo para amenizar su banquete de boda, y él mismo había escrito varias obras, que por el momento permanecían inéditas. La noticia de que el maestro William Shakespeare formaría parte de la expedición le había alegrado enormemente. Confiaba en que durante la travesía pudieran charlar «de autor a autor» e intercambiar consejos. Sin embargo, Shakespeare le ignoraba. En el muelle, antes de embarcar, lo había saludado fríamente, como si ni siquiera se acordara de él, y a bordo pasaba el tiempo ensimismado en sus pensamientos, que sólo compartía con Henry Wriothesley, por quien Stanley no sentía ningún aprecio.

Para indignación de Stanley, Shakespeare incluso buscaba la compañía de Wriothesley para orinar por encima de la borda. Horrorizado por las historias de

marinos a los que en travesías prolongadas se les pudrían las encías y se les caían los dientes, Wriothesley había encargado una abundante provisión de verduras para su consumo personal. Las promesas de varios marinos expertos de que el viaje a Dinamarca no era tan largo como para que hubiera riesgo de escorbuto no le hicieron cambiar de parecer. Consumía sus verduras en la cena, compartiéndolas exclusivamente con Shakespeare. Poco después, de forma invariable, sentía ganas de orinar; según él, a causa del alto contenido en agua de su dieta. Llamaba a eso: «Mear la ensalada». Hacía una seña a su amigo y entonces los dos se asomaban a la borda, se bajaban las calzas y aliviaban las vejigas mientras paseaban un mondadientes de un lado a otro de la boca.

Stanley y otros miembros del pasaje habían hecho correr rumores de que Shakespeare era un advenedizo; de que por participar en la gestión de El Globo acumulaba importantes riquezas, a costa de los beneficios de los restantes socios; de que empleaba el teatro para ajustar cuentas con sus enemigos, sobre los que deslizaba humillantes referencias en cada obra; de que no pocas veces se había aprovechado del trabajo de sus colegas, adjudicándose sus ideas, como hacía poco y de modo especialmente ruin había sucedido con *Hamlet*; de que ansiaba la muerte de la reina Isabel, pues era bien sabido que el futuro sucesor, Jacobo de Escocia, pretendía asumir el mecenazgo de Los Hombres de Lord Chamberlain, lo que abultaría los ingresos y el reconocimiento de la compañía. Algunos lo criticaban por esquivo, otros por jactancioso y todos por altanero.

De nada le sirvió a Shakespeare negar la parte falsa de aquellos comentarios. Lo intentó, y no sin empeño, porque la actitud de sus compañeros de la misión diplomática le impedía obtener la información que deseaba. Porque las murmuraciones de los pasajeros no tardaron en propagarse entre la tripulación, siempre ávida de habladurías y desconfiada por naturaleza. Y la información de veras útil sobre la ballena se hallaba entre la tripulación.

A bordo del *Nimrod* viajaba un marinero de la isla de Man llamado Calhoun. Era un hombre robusto, cuyo cuerpo parecía tallado en madera y endurecido por las llamas de una hoguera. Tenía la frente plana y prominente, la mandíbula muy marcada y una expresión siempre tensa en la boca, como si unos ganchos le tiraran de las comisuras hacia atrás y hacia abajo.

Calhoun había embarcado aún más lacónico y malencarado de lo que en él era habitual. Los compañeros que se atrevieron a preguntarle si iba todo bien sólo recibieron gruñidos a modo de respuesta. No habían perdido Inglaterra de vista cuando, mientras trabajaba en cubierta ante numerosos testigos, Calhoun se tambaleó y cayó desmayado sobre un montón de cabos. El contramaestre le ordenó sin miramientos que se pusiera en pie. Al no obtener contestación, le palpó la frente, tras lo que declaró que estaba ardiendo. Ordenó que lo llevaran al sollado de la marinería,

en el castillo de proa. Mientras otros dos marineros se alejaban cargando con el enfermo, el contraemaestre lo siguió con la mirada. No era la primera vez que Calhoun recurría a argucias para eludir el trabajo. No le extrañaría que hubiera tomado alguna infusión, adquirida en las tabernas del puerto, para provocarse la fiebre.

Desde entonces Calhoun había yacido en su rincón del sollado, dormitando o con los ojos fijos en el techo, mientras absorbía cuanto se decía en el barco, como si las palabras llegaran hasta él filtrándose entre las tablas y resbalando por los clavos. Su indisposición provocaba reacciones encontradas en el *Nimrod*, desde la simpatía y la solidaridad, a la sospecha y el rechazo. Cuando había gente alrededor —en especial si lo visitaba el contraemaestre— se agitaba farfullando incoherencias.

Pero con la aparición de la ballena Calhoun revivió brevemente. Cuando oyó los gritos y las carreras en cubierta, se levantó buscando cualquier cosa en que apoyarse. Pero en cuanto salió a la luz y supo la causa de la agitación, su mal se desvaneció. Mediante insultos y codazos se abrió camino hasta la borda. Presenció desde la primera fila el paso del cetáceo junto al galeón. Durante el revuelo que siguió, Calhoun se escabulló de regreso al castillo de proa. Su presencia en cubierta fue tan fugaz que ni siquiera los que lo vieron pudieron luego afirmar con certeza que hubiera estado allí; uno más entre los extraños sucesos del día. Cuando otro marinero bajó a contarle lo sucedido, lo encontró tumbado, con los ojos abiertos de par en par y moviendo los labios como si hablara solo, pero sin emitir sonido alguno.

Antes de enrolarse en la armada, Calhoun había pescado ballenas con los vascos. En sus infrecuentes arranques de locuacidad narraba cómo había navegado en varias ocasiones hasta Terranova. Para protegerse de los ataques franceses, los barcos iban provistos de gruesas piezas de artillería, además de ballestas, picas y rodela. La tripulación se cubría con petos de cuero confeccionados por ellos mismos. Todo ello los hacía parecer más piratas que pescadores, guerreros balleneros. Una vez en Terranova tenían que hacer frente a los esquimales, seres envueltos en armaduras de cuero de foca y marfil de morsa, y armados con arcos y flechas. También luchaban contra las implacables tormentas de aquellas latitudes, que convertían las arboladuras en intrincadas esculturas de hielo y elevaban el centro de gravedad de los barcos, poniéndolos en grave riesgo de escorar. Y no había que olvidarse de los icebergs. Cuando conseguían una presa, los balleneros le cortaban la aleta dorsal y la caudal y las colocaban sobre la borda, a modo de parachoques contra los bloques flotantes de hielo.

La aparición de la ballena despertó en Calhoun las ganas de hablar. Esa tarde, bajo cubierta, los marineros libres de servicio formaron un corro a su alrededor, unos en pie, otros sentados en el suelo. Calhoun dijo que aquélla era la ballena más grande de la que había tenido noticia. Dijo que de ella podrían sacarse no menos de doscientos cincuenta barriles de aceite. Dijo que ballenas y otros seres marinos de gran tamaño solían avistarse en torno a los solsticios —como era el caso—, cuando las tempestades propias de esas fechas revuelven los mares hasta lo más hondo y

empujan a los monstruos hacia la superficie. Claro que, añadió, eso ocurría especialmente en el Índico, del que estaban muy alejados. Pero alguien mencionó aquellas extrañas nubes y hubo asentimientos y luego un inquieto silencio.

De esa manera Calhoun demostró que era el único a bordo que podía considerarse una autoridad en ballenas. La noticia llegó a oídos de Shakespeare, pero los conocimientos del marinero le estaban vedados, como le dejaron claro los otros tripulantes a quienes preguntó por él. Aunque el maestro se hubiera enfrentado a la fetidez del castillo de proa, incluso llevando unas monedas para comprar información, se habría encontrado con un malencarado mutismo. Desde que zarparon de Londres, Calhoun había hecho suyo cuanto de malo se decía sobre Shakespeare, a quien detestaba como si hubiera sufrido una afrenta personal por parte del dramaturgo.

En el supuesto de que Shakespeare hubiera averiguado cuanto necesitaba saber sobre las ballenas y su pesca, ya fuera investigando en el galeón o en las tabernas del puerto de Londres, habría persistido el problema de qué hacer con esos conocimientos.

Si su nueva obra iba a tratar sobre el duelo entre el capitán de un ballenero y un leviatán, sería necesario dejar unas cuantas cosas claras para que el público comprendiera y disfrutara el espectáculo. En Inglaterra no existía tradición ballenera. Una parte del público de El Globo ni siquiera sabía qué era una ballena; otra pensaba que se trataba de una bestia mitológica; y otra, aun estando al tanto de su existencia real, tenía ideas muy equivocadas acerca de sus dimensiones, apariencia y comportamiento. En total, esa gente abarcaba la mayoría del público, y la obra debía llenar sus lagunas. ¿Cómo se pescan las ballenas? ¿Cómo son las personas que se dedican a tal labor? ¿Es la pesca de la ballena una labor digna? ¿En qué medida las ballenas son peligrosas para el hombre? ¿Pueden hundir un barco? ¿De qué se alimentan? ¿Cuál es el propósito del surtidor que mana de lo alto de su cabeza y que tan útil resulta a la hora de localizarlas entre el oleaje? ¿Es cierto que transportan el semen en el interior de la cabeza y que la cavidad reservada para su semilla es cientos de veces más grande que su cerebro? ¿Qué edad pueden alcanzar? ¿Nadan ballenas centenarias por nuestros océanos? ¿Varía su carácter con la edad, como sucede con las personas? ¿Podría ser cierta la historia de Jonás narrada en las Sagradas Escrituras? ¿Hay diferentes clases de ballenas? ¿Cuántas? ¿Cuál es la más grande? ¿Cuál la más peligrosa? ¿Existen ballenas *famosas*?

Puesto que aún no sabía lo que necesitaba averiguar, porque no tenía bien definida la trama, las preguntas se multiplicaban. Y continuarían haciéndolo a medida que las respuestas a algunas de ellas generaran nuevos interrogantes. Y todo, o gran parte, debería figurar en la obra. ¿Cómo dosificar esa extensa parte documental, haciéndola comprensible para todos y sin que robara protagonismo a los hechos? Localizar la obra a bordo de un barco evitaba recurrir a mensajeros que narraran lo sucedido fuera del escenario, pero eso no serviría de nada si cada poco la acción debía interrumpirse para dar explicaciones. Ese lastre sería mortal para el ritmo. Y aún peor, acabaría con la sensación de estar viendo algo que parece real pero que, al mismo tiempo, se encuentra más allá de la realidad. El público no lo toleraría. No habría terminado el primer acto para cuando sobre el escenario llovieran huevos, fruta podrida y ratas muertas recogidas en las orillas del Támesis. El público iba al teatro a disfrutar de una buena historia que le ayudara a olvidarse de sus problemas, no a que le dieran lecciones magistrales.

Si narrara la misma historia en forma de poema o novela, el inconveniente no sería tal, o quedaría reducido en gran medida. Sólo tendría que marcar las partes explicativas, separándolas del resto a modo de cantos o poemas o capítulos independientes. El lector al que no le interesaran podría saltarlas y centrarse en la acción. Pero el teatro no ofrecía esa posibilidad; el público debía presenciar la obra de

principio a fin, no se le podía pedir que se ausentara cada dos o tres escenas y se fuera a beber una cerveza o a orinar contra la fachada del teatro mientras un actor explicaba cómo se forja un arpón ballenero o qué partes de las ballenas son comestibles y cuáles las más exquisitas.

Shakespeare se enfrentaba a un inconveniente importante, que sólo podría resolver cuando recopilara conocimientos suficientes sobre las ballenas, lo que por el momento le era imposible.

Como acostumbraba a hacer cuando se topaba con una dificultad, la dejó temporalmente a un lado y se concentró en otras cuestiones. En ocasiones la solución a un problema traía consigo la de otros.

Debía pensar en el tema de las mujeres. Tal como la había planteado, la obra no tendría ningún personaje femenino; de nuevo, algo que nunca había hecho. La idea no le molestaba. Por una vez podría prescindir de los niños actores que interpretaban los personajes femeninos y que no causaban más que problemas. Eran insolentes e indisciplinados. Les costaba memorizar sus papeles. Podían ser creíbles si interpretaban a chicas jóvenes, pero no cuando les tocaban personajes de mujeres maduras, lo que para Shakespeare suponía un condicionante más; no abundaban las mujeres de edad en su producción. Cada vez que acudía a El Globo y veía a aquellos chiquillos prepúberes que mataban el tiempo jugando a los dados o apedreando gatos, se enfurecía al pensar que serían los encargados de recitar las líneas escritas con tanto esfuerzo para Calpurnia u Ofelia.

A ello se añadía que aquella práctica siempre le había parecido turbadora. Ver a los niños ataviados con ropas femeninas era para él causa de profunda inquietud. No comprendía cómo la Iglesia y los puritanos la preferían a ver mujeres de verdad sobre el escenario.

En este caso, un personaje femenino sólo tendría como fin la inclusión de una escena truculenta, fruto de la presencia de una mujer en un barco repleto de rudos marineros. Esta vez, decidió, nada de personajes femeninos.

Descubrió con sorpresa que, por una vez, iba a escribir una obra que cumpliría la máxima de la unidad de lugar: toda ella transcurriría en un mismo emplazamiento. Por otro lado, tendría un conflicto claro y único, así que otra de las unidades clásicas, la de acción, también se vería satisfecha. En cuanto a la unidad de tiempo, lo narrado no abarcaría un tiempo tan breve como el que comprendía la representación, unas pocas horas, pero tampoco se extendería durante meses o años. Por lo tanto, aunque no llegara a atenerse a la unidad de tiempo, sí se acercaría ella. Esto haría muy felices a quienes criticaban su falta de respeto a los preceptos de la *Poética* de Aristóteles.

No pudo evitar sonreír al percatarse de que, en su intento por hacer algo completamente nuevo, se aproximaría más que nunca a lo clásico.

Inmovilizados como estaban por la ausencia de viento, el contraamaestre buscó tareas para mantener ocupada a la marinería. Se limpió el barco y, a continuación, se perfumó frotando las superficies con romero. En los ratos libres, algunos marineros mataban el tiempo pescando, aunque no eran capaces de reconocer sus capturas, peces de exótico colorido nunca vistos en aguas tan septentrionales, armados de agujas calcáreas o que se hinchaban como globos. Mientras tanto, el pasaje jugaba a los dados o deambulaba aburrido por cubierta. Hacía más calor del que era habitual en el mar del Norte a comienzos de verano. A pesar del palio de nubes que bloqueaba los rayos del sol, los pasajeros vieron cómo se les bronceaban las partes expuestas del cuerpo, y los de piel más vulnerable sufrieron quemaduras.

El criado de William Stanley se había autoasignado la labor de dar de comer a los animales del rey de Dinamarca. A pesar de lo incómodo del pañol y el olor a alquitrán y madera podrida, disfrutaba de esos momentos pasados en soledad, que aprovechaba para realizar tareas propias, como aclararse el cabello con una mezcla de azafrán, comino, celidonia y aceite. A continuación alimentaba al águila. Le lanzaba trozos de cerdo en salazón que el ave atrapaba con ágiles movimientos del cuello. Los engullía alzando la cabeza. Si el criado se retrasaba en darle el siguiente, el águila chillaba, agitaba las alas y se estiraba tratando de arrebatárselo de entre los dedos.

De la parte superior de la jaula de los colibríes colgaba, mediante unas cadenas doradas, un cuenco de madera pintado de verde y rojo, imitando una flor. En los costados disponía de varios taladros y en cada uno se había introducido una cánula. El criado no tenía más que reponer en el cuenco un poco de agua azucarada. Las diminutas aves volaban hasta los extremos de las cánulas, por donde introducían la lengua, y libaban el falso néctar.

Por último, daba de comer al mapache, su favorito. Le llevaba sobras de su propia comida y también dulces, que el animal comía con deleite, sujetándolos con las garras delanteras y royéndolos poco a poco con sus encías desdentadas. El criado le acariciaba el pecho y el animal entrecerraba los ojos. Luego el criado canturreaba y bailaba por el pañol con el mapache en brazos, ignorando las miradas censuradoras del águila.

Varias veces, hallándose el criado presente, los animales se quedaron paralizados. Fijaban la mirada en algún punto del pañol, todos en el mismo, como si pretendieran escrutar a través de la tablazón la oscura masa de agua que se ocultaba detrás. En esas ocasiones incluso el águila se encogía atemorizada.

Al atardecer del tercer día de calma total, la ballena apareció de nuevo. Salió a la superficie a escasas brazas del *Nimrod* y su surtidor salpicó la cubierta. Alguien advirtió a los presentes de que se protegieran los ojos, pues aquel líquido podía cegarlos para siempre. La ballena trazó círculos alrededor del galeón; en apariencia juguetona como una marsopa. Su aparición fue, de nuevo, motivo de revuelo.

Quienes estaban bajo cubierta corrieron arriba. Hubo empellones para asomarse a la borda. La ballena continuaba remolcando los tres cadáveres, que estaban un poco más deshechos que en su primera visita.

Al cabo de unas cuantas vueltas, asestó un empellón al casco con un costado de la cabeza, e hizo temblar todo el barco.

La ballena de la obra debía tener algún rasgo que la singularizara y la hiciese temible. No bastaba sólo con un tamaño superior a lo normal. Las lesiones o cicatrices tampoco eran suficientes, pues las habría adquirido en vida y su origen sería externo. Era necesario algo que surgiera del interior de la bestia, que fuera a la vez fuente y consecuencia de su naturaleza y que la abarcara por completo. Como el color.

A ese rasgo podrían sumarse otros, como el ya mencionado del tamaño, o cierta peculiaridad de carácter, o la avanzada edad, pero la mera mención del color bastaría para que el público se formara una imagen viva de ella.

En cuanto a las posibilidades cromáticas, hacía falta un color que fuera anómalo y llamativo, pero también verosímil. Procediendo por exclusión, Shakespeare llegó al blanco.

La blancura era emblema de pureza y se asociaba con la luz y la paz, pero no por ello dejaba de tener connotaciones menos amables. Éstas hallaban encarnación en los individuos albinos con que Shakespeare se topaba en las calles de Londres, cubiertos como leprosos o bebiendo cerveza a sorbos en el rincón más oscuro de una taberna, y aun así provocando miradas de curiosidad, miedo y rechazo. Aquellas personas de palidez cadavérica y cabello níveo no llamaban la atención sólo por su rareza, como les sucedía a los innumerables deformes que se arrastraban por la ciudad soportando la desgracia de haber nacido con brazos como aletas de foca, joroba, membranas interdigitales o unos ojos tan juntos que parecían tangentes. Los albinos despertaban la inquietud porque su peculiaridad, sin bien abarcadora e innegable, era compatible con una perfecta conformación de su cuerpo y su mente. La normalidad que demostraban con sus movimientos, voz y pensamiento, a pesar del estigma físico con que cargaban, llevaba a creer que, de algún modo, esa desgracia era elección suya. Y si la habían elegido, quizá no fuera entonces una desgracia sino un don, un privilegio, la manifestación externa de alguna forma de poder, algo que entrañaba una amenaza para cualquiera que, por disfrutar de un color de piel normal, no fuera de los suyos. La gente detestaba a los albinos por haberse apropiado del color de la nieve, del armiño y de las alas de los ángeles, y haberlo convertido en motivo de temor.

Que la ballena fuera albina la emparentaba con las criaturas del color y el tacto del semen que habitaban las profundidades de las cavernas: salamandras y gusanos. La blancura quedaba así asociada, paradójicamente, con la oscuridad. También con la humedad, la soledad y el frío. Y también con lugares que sólo podían denominarse mazmorras naturales, donde la supervivencia sólo era posible si se disponía de unas capacidades muy superiores a las del resto de seres vivientes. En algún momento remoto, la oscuridad había robado el color a los antepasados de aquellas criaturas, y desde entonces, para sus descendientes la blancura era connatural; eran blancos desde el huevo y el útero.

Si se daba por cierto lo anterior, la ballena blanca obligaba a pensar en una oscuridad de proporciones colosales, si es que ésta era capaz de acoger en sus

entrañas a un ser de tal tamaño. Y no sólo eso, también debía tratarse de una oscuridad más *intensa* que cualquier otra oscuridad conocida por el hombre, una oscuridad mayor que la de la más profunda galería de mina, mayor que la del interior de un ataúd. De qué otro modo si no hubiera podido la oscuridad privar de color a un leviatán; no se trataba esta criatura, precisamente, de un insecto al que la oscuridad podía atravesar fácilmente, de la misma forma que la luz atraviesa las alas de una mariposa cuando el coleccionista las extiende ante una vela para admirar su estampado. Por lo tanto no sería sólo la ballena blanca la que incitaría al espanto, sino también el lugar donde habitaba: una ciclópea caverna submarina cuyas galerías se adentrarían mucho más abajo que el fondo, ya de por sí lejano y atemorizador, del mar, aproximándose a las entrañas del planeta. Porque una criatura semejante no podía limitarse a vagar sin fin por la parte acuática del mundo, disminuyendo su capacidad de sobrecoger a fuerza de mostrarse junto a peces voladores, sardinas y bacalao, de exponerse continuamente a la familiar luz del sol. Debía permanecer agazapada en una guarida lóbrega y remota, reservando sus apariciones hasta que llegara el momento de saciar su hambre gigantesca.

Tras el golpe infligido por la ballena al galeón siguió una noche tensa, durante la que sin embargo no se produjeron nuevos incidentes. Por la mañana continuaba sin haber asomo de viento y las nubes permanecían fijas en el cielo. Desde que había vuelto a presentarse junto al galeón, la ballena no se había alejado. Pasaba largos intervalos sumergida, pero cada vez que regresaba a la superficie lo hacía a la vista del barco.

A bordo persistía el sobresalto. Los más precavidos de entre los pasajeros no salían a cubierta sin cubrirse la boca y la nariz con un trozo de estopa empapado en alquitrán, temerosos de que las emanaciones de la ballena fueran dañinas para los pulmones.

De entre todas las personas que había a bordo, Calhoun parecía la única a la que el leviatán no había alterado. Continuaba sin mostrar mejoría de su supuesta enfermedad. Después del embate asestado por la ballena, que algunos no dudaban en calificar de ataque, sus compañeros le pidieron opinión sobre lo sucedido.

¿Por qué estaba allí el pez?

¿Por qué los había atacado?

¿De dónde procedían los cuerpos que remolcaba?

¿Rondaba al *Nimrod* en busca de un nuevo trofeo?

¿Ya había escogido a alguien de quienes viajaban a bordo?

Calhoun gruñó y se tapó hasta la barbilla con una manta roñosa, reacio a contestar. Una docena de marineros ansiosos se había congregado en el rincón del sollado donde él descansaba tendido en el suelo. Cuando alguien insistió con nuevas preguntas, Calhoun se limitó a decir que todo aquello no eran más que tonterías y se volvió sobre un costado, dándoles la espalda.

Entre los marineros reunidos había uno al que los demás trataban con una deferencia próxima a la de un cabecilla. Era más alto que los otros, tenía el pecho ancho, brazos fornidos y una sola oreja; la otra la había perdido años atrás en una pelea. Cuando le llegaba el turno de empuñar la caña del timón, una calma especial, fruto de la confianza, descendía sobre el *Nimrod*. Era una tradición a bordo del galeón que, el día de Navidad y en otras festividades de importancia, este marinero ocupara el puesto del timonel mientras los demás celebraban la ocasión bajo cubierta con una comida especial. Asumía la labor sin queja alguna, orgulloso del crédito otorgado.

Fue él quien se adelantó al resto y se plantó en pie junto a Calhoun.

Responde, dijo con tono áspero, ¿o esperas que te paguemos por lo que sabes?

Calhoun ni se movió ni dijo nada.

Levántate y habla, añadió el marinero con una sola oreja. Ni siquiera estás enfermo. Puedes engañar al contraamaestre pero a mí no.

Diciendo esto, sacudió a Calhoun con la punta del pie, y en ese momento el de la isla de Man se irguió empuñando un cuchillo que escondía bajo la manta. El marinero con una sola oreja y todos los demás retrocedieron.

No vuelvas a tocarme, siseó Calhoun poniéndose en pie. Si lo haces te quedas sin

ninguna oreja. No os atreváis a tocarme ninguno de vosotros. Nunca más.

Sus compañeros le mostraron las palmas de las manos; no querían problemas.

En especial tú, dijo Calhoun dirigiéndose al marinero con una sola oreja, no te vuelvas a acercar a mí. Tampoco hables mal de mí por ahí, porque me enteraré. Y no creas que me conoces o que sabes qué me pasa. Ignoras si estoy o no enfermo. Yo sí puedo ver dentro de tu cabeza. Sé que aunque lo disimulas tienes tanto miedo como los demás. Sé que por las noches el miedo te hace llorar y muerdes tu manta para que no te oigan.

El marinero con una sola oreja, convertido ahora en el centro de las miradas, respiró hondo, como si decidiera qué hacer con Calhoun, pero varias manos tranquilizadoras le dieron palmadas en la espalda y lo retuvieron. Finalmente dio media vuelta y abandonó el sollado mientras Calhoun murmuraba:

Sí, lárgate, lárgate... No sé por qué hacéis caso a ese imbécil, por qué le vais detrás como perros falderos.

Sin perder de vista a los demás, Calhoun retrocedió hasta tocar el mamparo con la espalda, se deslizó hacia abajo y se quedó en cuclillas. Los otros no volvieron a acercarse, pero uno tragó saliva y en tono sumiso le pidió que les contara lo que supiera sobre la ballena.

Empuñando todavía el cuchillo, Calhoun sonrió con medio lado de la cara.

¿Qué es lo que quiere?, insistió el marinero.

¿Quién lo sabe?, respondió Calhoun. Probablemente nada. Las ballenas son peces estúpidos, tan estúpidos como para acabar varados cada dos por tres en las playas.

Dijo también que era posible que aquella ballena fuera un macho que hubiera confundido al *Nimrod* con una hembra, y que su «caricia» y las vueltas que daba a su alrededor formaran parte del cortejo. La ocurrencia le hizo reír a carcajadas, aunque a sus oyentes no les pareció igual de graciosa. La risa desembocó en un ataque de tos que le hizo usar repetidas veces una escupidera.

También era posible que algún ruido del barco la hubiera atraído, añadió. A las ballenas no les gustan los sonidos rítmicos. Durante su época de ballenero, había oído hablar de una que embistió un barco, desquiciada por el taconeo del piloto, que hacía la guardia nocturna.

¿Qué le pasó a aquel barco?, preguntó otro marinero.

Se fue a pique.

La información proporcionada por el de la isla de Man no tardó en difundirse y todos comenzaron a moverse tratando de no hacer ruido, dejando una pausa entre paso y paso y apoyando cada pie en el suelo lentamente. Posaban las copas y los cubiertos en las mesas con tanta precaución como si estuvieran hechos del más frágil de los cristales. Hablaban mediante susurros. Esto ralentizó la vida a bordo y el ritmo sonámbulo con que los marineros obedecían las órdenes exasperó al contraamaestre y

al piloto, que ya estaban bastante tensos.

En el cielo, las nubes se agitaban y revolvían pero no permitían que se abrieran hendiduras entre ellas. Había pasajeros que pasaban horas absortos en su contemplación, lo que producía aturdimientos y ensoñaciones de naturaleza cuestionable. Otros se negaban a miraras, asegurando que eran cosa de brujería.

William Stanley, fatigado por la demora, exigió una entrevista con el capitán. Se reunieron en el camarote de éste. Al encuentro también asistieron Henry Wriothesley y el piloto de la nave. Stanley comenzó regalando a los demás un resumen de sus viajes, que le habían llevado a destinos tan remotos como el Imperio Otomano, Rusia y Groenlandia. Siguiendo su costumbre, no dejó pasar la oportunidad de narrar cómo había matado un león en Egipto, sin más armas que un puñal. Acompañaba su relato con una amplia gesticulación, dificultada por las reducidas dimensiones de un camarote donde cuatro personas parecían una multitud. Wriothesley y el piloto intercambiaban miradas resignadas. El capitán permaneció inexpresivo, sin interrumpir a Stanley pero sin tampoco evidenciar un interés especial por lo que decía.

Tras sus numerosas travesías, Stanley se sentía capacitado para afirmar, y así lo hizo, que después de cuatro días con el barco inmovilizado, el capitán debería haber ordenado arriar un bote y escogido a los más fuertes de entre sus marineros para que remolcaran el galeón a golpe de remo hasta una zona con viento.

El capitán del *Nimrod*, acomodado en la única silla disponible, sostenía una taza de caldo con pose aristocrática y contemplaba las volutas de vapor que emanaban de ella. Era un anciano próximo a concluir su carrera en la armada. Tenía la mirada acuosa, la espalda encorvada y el cráneo salpicado de manchas por la exposición al sol. Se trataba no obstante de un hombre de enorme valía, que gozaba de la confianza personal de la reina desde hacía décadas. En 1577 y 1578 había encabezado sendas expediciones en busca del Paso del Noroeste. En la primera partió con tres naves y regresó sólo con una, tras perder las otras en una tormenta. No había descubierto un paso navegable hasta Cathay pero volvió a Inglaterra con el barco superviviente cargado de oro. De su segunda expedición retornó con más de doscientas toneladas del preciado metal, cantidad que obligó a la construcción de un gran horno de fundición en Dartford. En 1587 había acompañado a Drake en el ataque a Cádiz y un año después desempeñó un importante papel en la batalla contra la Invencible. Siempre fiable y discreto. Siempre en segundo plano, por detrás de figuras de relumbrón como Francis Drake, el alto almirante Charles Howard y el conde de Essex, cuando éste aún se contaba entre los favoritos de Isabel.

Desde la aparición de la ballena, el capitán había pasado la mayor parte del tiempo en su camarote, al margen de las especulaciones generadas por las nubes y el pez.

Habría hecho lo que vos proponéis, respondió a Stanley, si la ballena no anduviera por los alrededores. El galeón puede resistir uno de sus golpes; un bote no.

En ese caso, dijo Stanley con rotundidad, debemos librarnos de ella.

Cuando se le solicitó que aclarara sus palabras, respondió que había que acabar con la ballena o, en su defecto, ahuyentarla. Les recordó que, si bien el empellón del leviatán no había producido daños a la nave, podría haberlos causado, y quizá serios, si el golpe hubiera sido apenas un poco más fuerte.

No necesitáis informarme de lo que mi barco es capaz de soportar y de lo que no, respondió el capitán, y, con el debido respeto, vuestra propuesta no me parece la más adecuada.

¿Tenéis otra mejor? Debería ser así, puesto que fuisteis uno de los héroes que tanto ingenio y valor mostraron contra la Invencible.

Mi propuesta no os gustaría, conde de Derby, respondió el capitán con calma. Y por lo que sé de vos, tampoco os prestaríais a seguirla.

Stanley aguardó con pose ofendida a que le revelara tal propuesta, pero el capitán prefirió guardar silencio.

Nuestra reina nos ha encomendado una importante misión, dijo Stanley. No podemos permitir que un pez nos retrase.

De nuevo, silencio. El capitán volvía a leer las volutas de vapor de su taza de caldo, como si el problema no albergara ningún interés para él. Stanley aprovechó la ocasión para tomar la iniciativa.

Wriothlesley, estáis al mando de los soldados. ¿Asumiréis la tarea de librarnos de esa ballena?

La contestación no se hizo esperar. Henry respondió afirmativamente y sin la menor vacilación. El piloto protestó, indignado por que los pasajeros tomaran el control del galeón, pero su capitán lo detuvo con un gesto cansado y dijo:

Está bien, Southampton. Sois libre de intentarlo.

Wriothlesley se puso de inmediato a la labor. Su primer paso fue asegurarse de que los cañones del *Nimrod* estuvieran listos para disparar.

La ballena blanca desempeñaría un papel crucial en la obra, pero no podría ser la protagonista. Sería una idea, un símbolo sin voz ni discurso propio. Un catalizador que permitiera la construcción de otro personaje, si no a la misma altura visual, sí a la simbólica. El verdadero protagonista sería el capitán del ballenero.

Shakespeare se lo imaginaba como un profeta al que el ardor de su fe hubiera hecho enloquecer. Barba puntiaguda, mirada enfebrecida, cabellera revuelta, voz atronadora, la cabeza siempre alta.

Le habría gustado que el capitán del *Nimrod* le sirviera como modelo, apropiarse de sus ademanes particulares, estudiar el modo como impartía las órdenes a los subordinados. Desgraciadamente, no era posible. El capitán del galeón era dueño de una apariencia física y una personalidad nada impresionantes. Nunca alzaba la voz ni se dirigía en persona a la tripulación, tarea que delegaba en su contramaestre. Además sufría un violento reumatismo que lo forzaba a refugiarse en su camarote, donde reposaba sobre un cojín de franela que su devota esposa le había confeccionado para esas ocasiones, y bebía leche caliente mezclada con vino y clavo. A efectos prácticos, el barco lo gobernaba su mano derecha, el piloto, que tampoco servía para los propósitos de Shakespeare. De modales rudos pero campechanos, se adecuaba poco al capitán de la obra. Era pelirrojo, de tez colorada y siempre estaba sudando.

En su búsqueda de un modelo en que basarse, Shakespeare se fijó en su querido Henry Wriothesley. Alto, de pecho ancho, rostro alargado, melena ondulada y ojos azules, había nacido para lucir atuendos de gala.

Siguiendo el ejemplo de Alejandro Magno, que durante sus campañas no se separaba de un ejemplar de la *Ilíada* de Homero, Wriothesley siempre viajaba con la *Epitoma rei militaris*, el compendio de técnica militar del ilustre romano Flavio Vegecio Renato. Leía el texto con reverencia, sin dejar de apreciar la poesía albergada entre sus instrucciones prácticas, como cuando recomendaba no acudir a la batalla sin una adecuada provisión de crines de caballo o, mejor, de cabellos de mujer con que elaborar cuerdas de repuesto para las ballestas. Wriothesley se jactaba de leer a Renato en su lengua original, y no en la traducción incompleta publicada por William Caxton un siglo atrás.

Una noche, en Londres, después de unas cuantas jarras de cerveza, le había confesado a Shakespeare que al menos había una cosa en la que él —Henry— era superior a Alejandro Magno. Mientras que el macedonio tenía como obra de cabecera un libro que, si bien memorable, sólo era fuente de placer estético, su texto preferido era un torrente de enseñanzas útiles. Su amigo se limitó a asentir de forma ambigua, aunque sonrió para sus adentros. No hacía mucho que se conocían pero Shakespeare ya se había dado cuenta de que a Henry le encantaba oírse a sí mismo. Él padecía el mismo defecto, en grado aún mayor.

¿Cuál es el libro que a ti siempre te acompaña, Will?, le preguntó Wriothesley.

Shakespeare respondió que *Las vidas de los griegos y romanos ilustres* de Plutarco, traducido por Thomas North, obra que viajaba en el fondo de su zurrón cada

vez que se ausentaba de casa.

¡Plutarco!, dijo Wriothesley con desdén. Sólo le interesaban los generales, la espuma de la épica. La guerra no es como él la cuenta.

Wriothesley había convertido la obra del romano en sus Escrituras particulares y tomado lo recogido en ellas como la palabra del Altísimo, incluida la afirmación de que, entre todos los tipos de muerte, el más terrible es el que deja los cuerpos insepultos para pasto de los peces.

En la travesía a Dinamarca, el destacamento de Wriothesley sólo buscaba causar la impresión de que la delegación diplomática merecía la mejor de las escoltas militares. Los soldados parecían haber sido escogidos para impactar a las damas de la corte danesa. Shakespeare no dudaba en calificarlos de «bellos». Liberados de trabajo durante el viaje por mar, acostumbraban a deambular ociosos por cubierta, siempre presumiendo de una apariencia impecable, como si sus estómagos fueran inmunes al mareo, y el viento —antes de que cesara— sólo pudiera hacerlos más atractivos al revolverles el cabello. A menudo parecían adoptar poses de grupo.

Pero si aquellos hombres eran perfectos en lo que a su aspecto se refiere, así como en las facetas más formales y superficiales de su labor, al mismo tiempo eran por completo desconocedores del lado más exigente de la vida militar. Y en caso de haber tenido que familiarizarse con tales rigores, su ineptitud se lo habría impedido. En opinión de Wriothesley, todos y cada uno de ellos eran rematadamente estúpidos.

Pero el conde de Southampton también estaba convencido del carácter práctico de sus superiores, y muy en especial del de su reina —aunque eso no le impedía ser altamente crítico con sus decisiones—, lo que le hacía pensar que los soldados no sólo habían sido escogidos por su buena planta sino también por su ineptitud y liviano compromiso con la vida militar. Era posible que se hallaran destinados a cumplir una misión de la que no se les había informado: hacer de Dinamarca un país más estúpido. Quizá se esperaba de ellos que desertaran en cuanto llegaran a destino y se cruzaran con una danesa de piel trasluciente y busto generoso. Así la corona se ahorraría su manutención, y los soldados, ayudándose de su atractivo, esparcirían por Dinamarca su estupidez inglesa, pues incluso a ésta se le debe sacar provecho. Aunque las dos naciones mantenían una relación amigable y Dinamarca era un país oficialmente protestante, Inglaterra lo miraba con sospecha. Se dudaba que la conversión fuera sincera. Los católicos daneses abundaban; el ejemplo más visible era la princesa Ana, que no se molestaba en ocultar la inclinación de sus creencias.

Unos inútiles, decía Wriothesley a Shakespeare cuando creía que nadie los oía. La reina me sigue castigando. No le bastó con llevarme a la Torre. Ahora quiere humillarme haciéndome desembarcar en Dinamarca al frente de esos monigotes.

Shakespeare trataba de quitarle importancia al asunto, pero no dudaba que la reina era capaz de una treta semejante, y de otras mucho peores. Y tampoco le pasaba

desapercibido lo bien que encajaba Henry Wriothesley en el cuadro que formaban los soldados.

Como consuelo, el conde de Southampton buscaba la compañía de William Shakespeare y de *Galatea*, el gran danés con el que se presentó en el muelle de Blackwall el día que zarparon de Londres. El perro lo acompañó mientras pasaba revista a los soldados y luego lo precedió por la pasarela que llevaba al *Nimrod*, como si el galeón fuera de su propiedad. Una vez en cubierta miró uno a uno a los presentes y, cuando Wriothesley la liberó de la cadena, paseó tranquilamente con la cabeza alta, sin olisquear, ni rascarse la oreja, ni hacer nada de lo que hacen los perros. En su serenidad era un animal expresivo que se ganó de inmediato el aprecio de la tripulación. No buscaba las caricias de los desconocidos, pero aceptaba las de casi todos, siempre que fueran moderadas. Algunos marineros afirmaban haber visto sonreír a *Galatea*. Nadie, por el contrario, la había visto hacer sus necesidades.

A muchos a bordo les caía bien Wriothesley por la única razón de que les gustaba *Galatea*, y daban por supuesto que un animal de tal categoría nunca toleraría a un amo que no fuera digno de él. Wriothesley era consciente de esto, lo que representaba un nuevo motivo de autoexamen.

Pero a pesar del respeto con que todos se dirigían a él —y Wriothesley exigía unas muy elevadas cantidades de respeto—, los había que, a escondidas, cuchicheaban sobre la buena pareja que formaban el conde de Southampton y su perra. El comentario llegó a oídos de Shakespeare, que nunca se lo transmitió a su amigo, para evitarle la humillación y también para ocultar cuánto le había afligido a él; una aflicción de la que se avergonzaba por no considerarla digna de su persona. ¿Cómo reconocer que sentía celos de la mascota de Henry?

Sí, Henry Wriothesley sería un perfecto modelo para el capitán de la obra; el capitán antes de su primer encuentro con la ballena, cuando aún era un personaje merecedor de reconocimiento, el ángel antes de caer en desgracia frente a Dios y ser expulsado al Gran Abismo, desde donde clamaría venganza —Shakespeare tomó buena nota del símil bíblico—. Pero la obra mostraría a otro capitán —otro Wriothesley— muy diferente; un capitán con el cuerpo y el alma cubiertos de cicatrices, apenas reconocible para quienes lo trataron en el pasado, del mismo modo que el Satán que emerge del lago ardiente guarda escasa semejanza con el ángel que disfrutaba de la gracia de Dios. El capitán parecería haber envejecido varios años en el transcurso de unos meses; habrían brotado canas en su melena y su barba; sus manos mostrarían la crispación de las de un anciano; cada movimiento sería motivo de un rictus de dolor. Pasaría las noches rechinando los dientes y por las mañanas le sangrarían las encías; al hablar se le acumularía en las comisuras de la boca una espuma rosada. Salvo cuando hablara de la ballena o cuando la ballena se hallara presente, permanecería enfrascado en un ensimismamiento privado, rumiando su

venganza. En su interior, sin embargo, ardería un fuego mucho más intenso que el de sus días de juventud.

Pero eso no era bastante. Habría que dejar claro lo dramático de su primer enfrentamiento con la ballena, hacer comprender a todos su ansia de venganza, lograr que fueran partícipes de ella. Debía quedar patente, hasta para el más obtuso de los espectadores, que la ballena le había robado una parte del alma.

La mejor forma de hacerlo sería mediante una tara física que simbolizara el alma corrupta o descompuesta, como la joroba de Ricardo III. Al capitán debía faltarle una parte del cuerpo, extirpada por la ballena. Y no una parte pequeña, sino una a la altura del daño interior que la ballena le había infligido. Los espectadores de El Globo situados en los lugares más alejados del escenario deberían apreciar la ausencia con claridad.

El capitán habría perdido una de sus extremidades, una pierna. La ballena se la habría desgajado a la altura de la rodilla o, mejor, más arriba, sin concretar a qué altura, para que el público se preguntara hasta dónde llegaba la amputación y si se limitaba sólo a la pierna. Esto le obligaría a apoyarse en una muleta, lo que haría aún más manifiesta su tara y sería causa de un repiqueteo ominoso cuando se desplazara por el escenario.

La ballena le arrancó la pierna y, alzando la inmensa cabeza, la engulló sin mastigarla. La extremidad giraría en los remolinos del estómago dando patadas a la bestia, como el niño no nacido hace con su madre. Las revoluciones trazadas por la pierna irían volviéndose más lentas y torpes a medida que se fuera cubriendo de mucosidad gástrica, hasta que quedara adherida a la pared del estómago, donde permanecería para siempre, como un relieve erosionado en el retablo de piedra de una catedral.

Sobre el papel, la imagen del capitán cojo sería magnífica, pero la puesta en escena presentaría dificultades. La ausencia de la pierna se podría simular atándole al actor un tobillo a la parte trasera del cinturón, de forma que la pantorrilla le quedara pegada al muslo, pero sería un efecto evidente. Habría que cuidar el vestuario para disimular el engaño, y el actor debería saber transmitir la molestia, y la vergüenza, que al capitán le producía moverse con la muleta.

Por el momento dio por válida la pierna arrancada y se entretuvo pensando en otros rasgos del capitán: ademanes, formas de mirar... Imaginó el aspecto que tendría Henry Wriothesley unos años más adelante. Le talló arrugas alrededor de los ojos, salpicó de manchas el dorso de sus manos y probó diferentes cicatrices que le recorrieran la cara. Algunas lo hacían aún más atractivo. Las cicatrices serían la firma de la bestia, blanquecinas, como si le hubiera traspasado parte de su descolorida naturaleza. El capitán las contemplaría largamente en un espejo que siempre tendría a mano. Estudiaría su blancura como si fuera una bola de cristal que pudiera mostrarle por dónde nadaba la bestia.

Esto lo llevó de nuevo a la pierna.

Del mismo modo que las heridas del rostro habían sido «infectadas» por la ballena, también podría haberlo sido la de la pierna. El capitán habría sustituido la extremidad arrancada por otra falsa, fabricada con un hueso de ballena. Se acercaría así a su enemigo, confundiendo con él. Cabría interpretar además que la pierna no fuera falsa, sino que se hubiera regenerado, como los rabos de las lagartijas, y que el capitán se estuviera transformando en el ser que ansiaba destruir. Y la parte bestial trataría de eliminar a la humana como si luchara contra una infección. La pierna de hueso de ballena se saldría del muñón sin previo aviso y se le clavaría en la ingle, con lo que cada paso sería motivo de temor.

Los movimientos del capitán serían aún más difíciles cuando estuviera a bordo, debido al movimiento de la nave. Por esa razón habría ordenado al carpintero practicar a los costados del alcázar sendos taladros en los que encajar el extremo de la pierna de hueso. Los marineros lo verían en esa posición, sólidamente unido al barco, con una mano de nudillos lívidos agarrada a los obenques y escrutando el horizonte en busca de la ballena, y no podrían evitar pensar que la nave se había convertido en una prolongación del cuerpo de su capitán. Si éste sufría algún percance, el barco correría la misma suerte, y lo mismo les sucedería a las demás personas que viajaban a bordo.

Se sumaba a los retos de Shakespeare conseguir que el público de El Globo sintiera el mismo temor que la marinería del ballenero. El actor que interpretara al capitán quedaría unido al teatro, en cuyo escenario se practicarían también dos taladros, y el público se transformaría en su tripulación. Shakespeare se recreó imaginando que las palabras del actor se transmitirían en forma de vibración a lo largo de la pierna artificial y a continuación a través del armazón de madera de El Globo, hasta llegar al público, al menos hasta el público de las localidades de asiento, que no sólo oiría las palabras sino que también las sentiría.

El ejercicio de deformar a Wriothsley tuvo tanto de fascinante como de doloroso. Ante un rostro perfecto, algo en nuestro interior se rebela, impidiéndonos fantasear con su declive. Queremos que permanezca igual para siempre.

También se serviría del carácter de Wriothsley: su vanidad; su orgullo sensible; su nada disimulado elitismo; su desprecio hacia todo lo que no entendía; el elevado concepto que tenía de su persona; las profundas dudas que, al mismo tiempo, albergaba sobre sí mismo; su tendencia a rumiar los problemas de modo interminable; su renuencia a tomar decisiones trascendentes; lo desaforado y, a menudo erróneo, de éstas cuando finalmente se decidía a tomarlas...

Exagerar esos rasgos, a algunos de los cuales Shakespeare había tenido acceso privilegiado gracias a su estrecha relación con el conde de Southampton, y darles rienda suelta en un personaje que había perdido todo sentido de la contención, no tendría nada de agradable. Por otro lado, su amigo se reconocería en el escenario y sin duda se sentiría dolido. Pero cuanto más pensaba en ello, más convencido estaba Shakespeare de que Wriothsley se ajustaba a la perfección al personaje que tenía en

mente. Pensaba de ese modo, en lugar de creer que acercaba el personaje a su amigo.

No le importaba cómo pudiera reaccionar Henry. Cuando un autor daba con una buena historia o un buen personaje, con cualquier información que pudiera aprovechar, estaba obligado a emplearla sin detenerse a pensar en las consecuencias. Así pensaba William Shakespeare, y para entonces ya estaba seguro de que no sólo iba a crear un gran personaje, sino uno inmortal, a la altura de Aquiles o Edipo. Un personaje conocido incluso por quienes nunca hubieran puesto un pie en el teatro. Un personaje que fuera sinónimo de una actitud. Un personaje de nombre contundente y sonoro, al mismo tiempo un grito y un lamento.

Cuando Christopher Marlowe aún vivía, Shakespeare, entonces un principiante, podía encontrarlo durante las horas interminables que preceden al anochecer en la taberna El Jabalí Azul, en el arrabal londinense de Shoreditch. Shakespeare no iba allí si no tenía urgente necesidad de consejo, y nunca acudía sin llevar un pañuelo empapado en agua de rosas. Aunque si hubiera estado impregnado de sangre y entrañas de pescado, también habría cumplido su propósito.

El Jabalí Azul se hallaba junto al local de un fabricante de jabón, que quemaba grandes cantidades de grasa y huesos de cerdo para fabricar su producto. El olor, pestilente y grasiento, casi visible, flotaba por la calle pegándose a cada superficie. La taberna, oscura y mal ventilada, olía tan mal como el local del jabonero. Por lo que Shakespeare sabía, Marlowe era su único cliente. Éste parecía insensible al hedor. Siempre se sentaba en la misma mesa de un rincón, con la espalda contra la pared, y miraba hacia la puerta con media sonrisa satisfecha. Podía pasarse horas así, en su insólito *locus amoenus*, sin ni siquiera probar la cerveza que tenía delante; el brebaje, al que se le había pegado el olor de la grasa y los huesos quemados, era imbebible. Marlowe no podría haber encontrado mejor lugar para refugiarse de papistas y protestantes —hacía labores de espía para ambos—, de acreedores furiosos y de amantes despechadas, y despechados.

Cuando Shakespeare aparecía, Marlowe lo saludaba alzando una ceja y llamaba por su nombre al tabernero, un homúnculo con expresión tristona y barba hasta los ojos, que salía de la parte trasera arrastrando los pies, hundía una jarra en un barril de cerveza y la colocaba de golpe ante el recién llegado.

Durante aquellos encuentros, que Shakespeare recordaba con nostalgia y repugnancia, Marlowe nunca despegaba la mirada de la puerta de la taberna ni perdía su sonrisa.

En una ocasión, Shakespeare, con el pañuelo ante la boca y la nariz, le confesó sus dificultades para crear personajes verosímiles. Para conseguirlo, dijo, no se le ocurría mejor recurso que servirse de uno mismo, emplear los propios miedos, defectos, frustraciones, aspiraciones... Eso le daba la garantía de escribir algo verdadero y no levantar castillos en el aire.

Se comparó con los niños que pescaban gaviotas a orillas del Támesis. Al extremo de un cordel fijaban un anzuelo y a éste un mendrugo de pan. Luego lanzaban anzuelo y cebo hacia donde se encontraba posada una bandada de gaviotas. No pasaba mucho rato antes de que alguna engullera el mendrugo y entonces, al sentir el pinchazo, alzaba el vuelo, convirtiéndose en una cometa viviente. El cordel y la gaviota guardaban la misma relación que el vínculo personal y la obra de teatro. El vínculo permitía mantener controlada la obra y, en caso de que ésta se elevara tanto que casi se perdiera de vista, te permitía saber que seguía siendo real y consistente, no un jirón de nube o un destello del sol.

Sin embargo, al mismo tiempo Shakespeare era reacio a desnudarse en el escenario, a derramar su personalidad sobre sus obras, a servirse de sí mismo como el

oso se nutre durante el invierno de la grasa acumulada en el verano. ¿Qué hacer entonces? ¿Utilizar a quienes tenía a su alrededor, a su familia, amistades y colegas, a los nobles de cuyo mecenazgo dependía?

¿A ti, Christopher? ¿Qué te parecería si te empleara para dar forma a algún personaje? Tú servirías de inspiración para unos cuantos.

La sonrisa de Marlowe se ensanchó por un instante. Le divertían y fatigaban las preocupaciones de aquel pequeño medrador, además de su afición por los símiles de animales.

Puedes utilizar a tu mujer, a tus santos padres, a tus hijos, o a la persona a quien en realidad más quieras, o a ti mismo..., contestó. No importa a quién.

¿Y arriesgarse a causarles dolor, a que te odien, te desprecien o se avergüencen de ti?

Escribir es conocerse a uno mismo, respondió Marlowe. Lo malo es que casi siempre descubres que eres peor persona de lo que pensabas. Algunos se asustan y dejan de explorar. Pero si tienes valor para profundizar en tu, llamémosla así, parte oscura, lo que no significa que te estés convirtiendo en alguien aún peor, puedes llegar a lugares donde nadie ha estado. O casi nadie. No seamos pretenciosos, añadió con sonrisa juguetona.

No estoy seguro de que esa exploración no te convierta en alguien peor, dijo Shakespeare.

Durante unos instantes Marlowe miró su jarra de cerveza como si considerara darle un trago.

Afróntalo de otro modo, dijo, a veces tenemos que elegir entre escribir bien y ser buenas personas.

Hizo una pausa para que sus palabras calaran y añadió:

En cuanto a lo de utilizarme a mí, amigo mío. No hay nadie que respire el mismo aire que nosotros que sea capaz de plasmar ni siquiera un esbozo de lo que yo soy o de lo que llegaré a ser.

El *Nimrod* era uno de los galeones «con cabeza de caballa y cola de bacalao» fruto del ingenio de Sir John Hawkins. Basándose en la experiencia acumulada durante sus travesías transatlánticas, el ingeniero jefe de la armada isabelina había rediseñado los galeones ingleses hasta dejarlos irreconocibles. Rebajó la altura de los castillos de proa y popa, aumentó la eslora, cambió las velas por otras menos abolsadas y corrigió la forma del casco, todo para hacer las naves más estables y permitirles navegar en un ángulo más cerrado contra el viento. El resultado fueron unos barcos más rápidos y maniobrables que los modelos anteriores, que hacían pensar en castillos flotantes. Gracias a las mejoras, en 1588 los galeones ingleses se movieron alrededor de la Armada Invencible como perros callejeros que corretearan alrededor de una dama emperifollada y se le colaran bajo las faldas para mordisquearle los tobillos.

Los cañones de hierro fundido fueron el toque final; más precisos y resistentes que los de bronce de los españoles, no necesitaban enfriarse cada pocas andanadas. Además, las cureñas inglesas, de cuatro ruedas, a diferencia de las españolas de sólo dos, agilizaban enormemente la recarga. En la santabárbara del *Nimrod* aún quedaban proyectiles de dieciocho libras sobrantes de su encuentro con la armada de Felipe II.

Pero en ausencia de viento la maniobrabilidad se reducía a cero y la eficacia de sus cuarenta cañones quedaba muy mermada.

Henry Wriothesley afrontó la defensa del galeón como la de una fortaleza asediada. Siguiendo las instrucciones del libro de Renato, distribuyó a sus soldados en turnos que garantizaran una guardia permanente y ordenó recuentos de las armas y la munición disponibles, así como del agua y las provisiones que restaban a bordo.

Su intención primera no era matar a la ballena sino ahuyentarla, por lo que se dispuso a lanzar unas salvas con los cañones. Esta idea, sin embargo, topó con una firme oposición. Para entonces todos habían hecho suyas las palabras de Calhoun acerca del efecto que el ruido tenía sobre las ballenas. El mismísimo capitán del *Nimrod* reclamó la presencia de Wriothesley en su camarote, donde, tumbado en su cama y con el rostro contraído por los dolores reumáticos, le pidió que renunciara a su plan. Al menos, hasta después de haber probado otras alternativas.

Mientras tanto, Shakespeare tenía sus propios problemas. A medida que la obra cobraba cuerpo se hacían más evidentes las dificultades que entrañarían tanto su escritura como la puesta en escena. Frente a algunas, ni siquiera todo el talento de Shakespeare sería suficiente. Debía asumir las imperfecciones; algunas graves. Aunque quizá no fuera preciso denominarlas así, sino desviaciones de la convención, se dijo. Pero para muchos espectadores y gentes del teatro serían, sin duda alguna, imperfecciones.

Por ejemplo, la parte explicativa. Aunque la redujera hasta lo imprescindible, superaría con creces lo habitual en las obras de la época. ¿Estaría el público

preparado? Del mismo modo cabía preguntarse si lo estaría para una obra sobre un hombre empeñado en pescar una ballena. ¿No parecería una obsesión absurda? Y en la obra se hablaría y se hablaría de la ballena, pero por razones prácticas no podría mostrarse en detalle. Por el contrario, a escasos pasos de El Globo, los londinenses podían ver con sus propios ojos a osos de los Urales que se desangraban bajo las dentelladas de los perros, no sin que antes hubieran destripado a zarpazos a unos cuantos de sus contrincantes. O, previo pago, podían enfrentarse ellos mismos, armados con un látigo, a un oso al que habían cegado con un tizón.

El deseo de venganza del protagonista sería comprensible, pero Shakespeare quería hablar de algo más. El comportamiento del capitán no sería el mismo que el del labriego que la emprende a pedradas contra los cuervos que se comen sus semillas, ni el de quien aplasta de un manotazo al mosquito que le clava el agujón. Ésas son reacciones comprensibles, cuya motivación concluye cuando los cuervos se debaten con las alas rotas entre los surcos arados y el mosquito no es más que una mancha sanguinolenta en la mejilla. Lo que ansía el capitán no es matar a la ballena, sino matar lo que significa. Y he ahí lo descabellado de su empeño y lo que lo condena al fracaso. Aunque el capitán lograra atravesar con su arpón el corazón de la bestia, aquello que ésta representa permanecería inalterado.

Transmitirlo a los espectadores de El Globo sería complejo, porque el propio Shakespeare albergaba serias dudas acerca de lo que representaba la ballena. ¿Algo natural o sobrenatural? ¿Terrenal o divino? ¿Cristiano o pagano?

Quizá fuera mejor no especificarlo, limitarse a insinuar diferentes posibilidades. Se rompería así el vínculo entre lo concreto y lo abstracto que caracteriza toda alegoría. El público intuiría que la obra escondía un significado ulterior, pero éste se le escaparía una y otra vez entre los dedos. El verdadero poder de la ballena residiría en su naturaleza inescrutable.

Pero de nuevo surgía la duda de lo que el público estaba preparado para aceptar. ¿Cómo recibiría tal vaguedad? Probablemente mal. Muchos quedarían perplejos, se preguntarían por qué a ese capitán le preocupaba tanto matar a un pez. Un pez más grande de lo habitual, pero un pez al fin y al cabo.

¿No verían en esa ambigüedad una estratagema para disimular que en realidad Shakespeare ignoraba el significado de su ballena, que había basado su obra en la nada, en una imagen poderosa pero vacía?

Mucho se temía que la obra sobre la ballena blanca no sería muy popular. Nadie pediría una secuela ni habría imitaciones.

Yendo un paso más allá, ¿y si el misterio consistiera en que no poseía significado alguno? ¿Y si fuera pura vacuidad, representada por su color blanco, como un lienzo sobre el que nadie hubiera pintado? ¿Y si la ballena fuera un reducto de oscuridad primigenia? ¿Y si debajo del recubrimiento de grasa se ocultara una nada antinatural que violentamente lo negaba todo?

En los momentos de desaliento, Shakespeare pensaba que la historia de la ballena

blanca nunca se podría narrar de forma adecuada. Ni por él ni por nadie. Ni el teatro, ni la poesía, ni la prosa, ni ningún otro género —pasado, presente o futuro— disponía, o dispondría, de suficiente poder expresivo. Era como si la historia poseyera vida propia y anduviera a la búsqueda de un cuerpo en el que encarnarse, pero ninguno se ajustara a sus dimensiones, resultando todos escasos.

Aceptar que la obra tendría imperfecciones permitía a Shakespeare continuar trabajando, y al mismo tiempo lo paralizaba por completo.

Su talento se hallaba respaldado por una indesmayable ansia de perfección, la cual no sólo actuaba sobre su trabajo sino también sobre su vida privada, lo que constituía un permanente motivo de infelicidad. Nunca disfrutaba de forma plena del momento que estuviera viviendo. Siempre había algo que mejorar, habitualmente en sí mismo: se sentía acalorado o tenía frío, no llevaba la ropa adecuada, no acertaba con las palabras precisas, no estaba con la compañía más apetecida, preferiría encontrarse haciendo algo diferente, tenía que aliviar la vejiga o los intestinos...

Shakespeare encontraba en el teatro un desahogo para tal ansia de perfección. Sus personajes no cometían errores, salvo los pertinentes para la obra. Todo estaba calculado. Los personajes disfrutaban de un demiurgo que guiaba sus acciones y les impedía expresarse inadecuadamente. Eran perfectos en la cólera, la ebriedad y la locura. Una de las razones por las que a Shakespeare le disgustaba la labor de los actores era que introducía la posibilidad de error en lo que él escribía. Sobre el papel, los personajes nunca abandonaban el escenario por la puerta equivocada; en las representaciones, los actores sí lo hacían.

Claro que podría pensarse que era precisamente esa posibilidad de error lo que terminaba de hacer humanos a sus personajes. Combinada con el cuidado de las líneas escritas por Shakespeare, les insuflaba auténtica vida y los hacía brillar.

Era Henry Wriothesley quien pensaba de este modo, y así se lo había manifestado. Los dos pasaban la noche en una posada de Brentford, a ocho millas al oeste de Londres. Habían llegado remontando el Támesis en una barca de alquiler, con intención de quedarse dos días. Se encontraban en su habitación, donde flotaban los olores de la cena que una criada acababa de llevarles y que Henry había encargado con antelación: una pata de venado; esturión con perejil, vinagre y jengibre; huevos duros cubiertos de azafrán y clavo; y, de postre, ciruelas cocidas en agua de rosas. Sin embargo, Shakespeare estaba huraño. Las opiniones acerca de su comedia *Como gustéis* no estaban siendo favorables; demasiados cambios de vestuario, niños interpretando a mujeres que se disfrazan de chicos... El público se perdía entre los giros de la trama. En las escenas cruciales, cuando el teatro debería permanecer en silencio, siempre había algún petimetre que se ponía en pie en las galerías y se iba, no sin antes despedirse de todos sus conocidos a voz en grito. Mostraban así su desdén hacia la obra, a la vez que llamaban la atención hacia alguna prenda de su atuendo que estrenaran esa tarde.

Ante el comentario de Henry, reaccionó ofendiéndose. Éste, tendido en una cama

con las sábanas perfumadas, respondió sin perder la calma:

Si te lo hubiera dicho Christopher Marlowe, habrías aceptado sus palabras como una gran enseñanza.

Shakespeare se aferró a su hosquedad. Miraba por la ventana, tras la que no se veía nada, salvo el patio en tinieblas de la posada, donde un caballo no dejaba de piafar, como si la oscuridad le asustase. Henry sonrió con malicia.

Vamos, ven conmigo. Si quieres, puedes imaginar que soy Marlowe.

Y añadió impostando la voz:

Ven aquí, advenedizo hijo de guantero.

La composición de una obra de teatro siempre iba acompañada de dificultades, en ocasiones tantas y tan complejas que despertaban el instinto de fuga. Shakespeare apenas había empezado a dar forma en su cabeza a la obra sobre la ballena blanca y las complicaciones ya eran numerosas, algunas de ellas completamente nuevas para él. Quizá fuera mejor olvidarse de la idea y retomar el proyecto sobre la *Ilíada*, o iniciar uno nuevo. Eso, sin embargo, era imposible.

Estaba atrapado a bordo del *Nimrod*. Se sentía sobrecogido cada vez que salía a cubierta y veía la interminable superficie marina y las nubes verdosas que pendían sobre ella. Aquellos dos planos, el del mar y el del cielo, que intersecaban en el horizonte, no dejaban de fascinarlo. Los percibía más llenos de cosas que el bosque de Arden, donde se perdía de joven para cazar faisanes. Si intentaba avistar al leviatán en la dirección equivocada, un penacho de agua, vapor y flema asomaba puntualmente para señalarle su posición correcta. En esas circunstancias, ¿cómo trasladar su imaginación a las claustrofóbicas estancias de un palacio o al reseco paisaje donde se alzaban las murallas de Troya?

Era imposible pensar en algo que no fuera la ballena. Hacer tal cosa sería como recordar el apellido de soltera de tu niñera cuando estás al borde de un orgasmo, o preguntarte si te queda tabaco para la pipa cuando te encuentras a punto de morir ahogado.

La única alternativa era no pensar, encerrarse con Henry en su camarote. Pero Henry estaba muy ocupado.

Descartada temporalmente la opción de los cañones, el conde de Southampton ordenó arrojar por la borda barriles vacíos. Según la creencia popular, ese método desviaba la atención de las ballenas y en algunos casos bastaba para ponerlas en fuga. No sirvió de nada. El leviatán ignoró los barriles, que flotaron absurdamente junto al *Nimrod* arañando el casco.

La opción de aplacar al pez mediante música, creencia nacida de la leyenda del poeta Arión de Lesbos, fue desestimada por ser aún más ridícula.

Wriiothesley optó entonces por una vía más expeditiva. Ordenó a los soldados que emplearan sus ballestas. Sin embargo, cada vez que la ballena se acercaba lo bastante para ponerse a tiro, los dardos se hundían por completo en su cuerpo sin dejar rastro, salvo un breve hilo de sangre. El leviatán no parecía sentir los ataques. Continuó nadando alrededor del *Nimrod* como había hecho hasta entonces.

Los dardos profundizaron en la grasa, más allá de los arpones que erizaban el lomo de la ballena. Había arpones con puntas de metal, y otros más antiguos, de madera. El pez también cargaba con restos de arpones más primitivos aún, con puntas de sílex, marfil y asta de alce, de las que el astil se había desprendido hacía mucho. Algunas habían sido emponzoñadas con carne podrida, sangre menstrual o curare, que licuaron la grasa a su alrededor formando una bolsa de fluido pútrido en cuyo interior la punta del arpón se mecía como un feto espigado.

Por fin, tras recibir más de una docena de impactos, la ballena se perdió de vista. Los más optimistas pensaron que se había retirado, pero Wriiothesley no compartía su opinión. Aumentó el número de vigilantes y él mismo se sumó a los turnos. Era en las ocasiones en que el enemigo parecía haberse dado por vencido, aseguraba, cuando más se debía agudizar la guardia. El conde de Southampton patrullaba acompañado por *Galatea*, y a quien quisiera escuchar le decía que entre todas las criaturas de la Tierra no hay otra con mayor predisposición a la vigilancia que el perro, superado tan sólo por el ganso; otra de las enseñanzas adquiridas leyendo a Flavio Vegecio Renato.

También situó a los artilleros en sus puestos de combate. Si la ballena volvía a presentarse y se ponía a tiro de los cañones, Wriiothesley abriría fuego, sin importarle la opinión del capitán ni la de nadie más.

¿Cómo llevar la ballena al escenario?

Si la obra giraba alrededor de la ballena blanca, ésta, en un momento u otro, de una forma u otra, debía hacer acto de presencia. Y no más allá del barco, y por lo tanto del escenario, sino ante los ojos del público.

Su aparición debería retrasarse hasta el clímax, cuando los espectadores se hallaran inmersos en la obra y *sintieran la necesidad* de ver a la ballena. Hasta entonces sólo se mostraría a través de los relatos narrados por los actores. También podrían emplearse recursos como cubos de agua lanzados desde la galería de la orquesta para simular el surtidor, denso y rápido, con que el leviatán rociaría la cubierta cuando se presentara junto al ballenero. Podría golpearse un tablón con una maza para reproducir los embates del pez contra el casco.

Shakespeare se preguntó si las ballenas emitían algún sonido y si éste podría simularse de algún modo. Sin saber por qué, imaginó que, en caso de existir, ese sonido se parecería a un maullido prolongado.

Para el enfrentamiento definitivo de la ballena blanca con el capitán, Shakespeare quería algo nunca visto en El Globo, ni en ningún otro teatro.

Brevemente consideró construir una réplica de la cabeza del leviatán, que asomaría en vertical por un costado del escenario. Pero descartó la idea a cambio de otra mejor: la cola de la ballena. Ésta sería más sencilla de elaborar y podría fabricarse de unas dimensiones mayores que la cabeza. Al final de la obra se abatiría sobre el escenario como un gigantesco matamoscas, aplastando a cuantos allí se encontraran. Hasta entonces permanecería oculta tras un gran lienzo que simularía la vela mayor del ballenero.

La cola permitiría apreciar las dimensiones de la bestia y conservaría el misterio sobre el resto de su apariencia. Shakespeare estaba seguro de que ningún visitante de El Globo sabía que un pez pudiera tener una cola de tal tamaño. El movimiento de la réplica, que caería hacia el público como si también fuera a aplastarlos a ellos, haría el efecto aún más sobrecogedor.

También contribuirían al gran final varios cubos de sangre lanzados desde la galería de la orquesta, y puñados de algas recolectadas en el Támesis durante la marea baja y que se arrojarían al escenario y también al público, y un acompañamiento musical inarmónico, chirriante, que hiciera pensar en huesos triturados por las fauces del leviatán. En la conclusión de la obra no habría diálogos, sólo gritos y lamentos. El barco habría entrado en el territorio de la ballena, donde no existía espacio para la palabra.

Claro que este final obligaría a Shakespeare a prestar gran cuidado a cuanto se dijera hasta entonces sobre la ballena. Palabras poderosas pero no excesivas. Tenía que evitar que la imaginación del público cabalgara demasiado rápido. Pues, en ese caso, ¿cómo podrían estar a la altura de lo imaginado un armazón de tablas recubierto

de lona pintada de blanco y accionado mediante cuerdas y poleas? ¿Cómo podrían esos materiales bastos y familiares para todos, que los veían a diario en sus establos y desvanes, siquiera acercarse a evocar la musculosa figura de la bestia, las frías inmensidades que surcaba, las desiguales batallas contra bancos de peces espada, sus duelos submarinos, donde no llegaba la luz del sol, con criaturas de color cambiante y ojos de dos palmos de diámetro, masas vivientes de tentáculos?

Se dijo que no sería un problema. Manejaría la credulidad del público como lo había hecho en *El sueño de una noche de verano*, cuando consiguió que aceptaran la cabeza de burro de Bottom. Entonces, ni siquiera los traspies del actor, cegado por la tosca máscara y a punto en varias ocasiones de caerse del escenario, habían conseguido que la atención de los espectadores se alterara un ápice. Todo funcionaría si el texto era bueno, y eso Shakespeare estaba seguro de conseguirlo. Si su fama ya era grande, alcanzaría cotas inimaginadas cuando introdujera una ballena en el escenario, algo de lo que ni siquiera Marlowe había sido capaz.

Pero por mucho que confiara en su talento, no podía obviar los inconvenientes prácticos de la idea. Además de la dificultad técnica de construir una cola de ballena, había que considerar su coste, que sería elevado, tanto que quizá Los Hombres de Lord Chamberlain no estuvieran dispuestos a cubrirlo. Y la cola difícilmente podría aprovecharse para otros espectáculos. Habría que guardarla en algún lugar hasta que la obra sobre la ballena volviera a representarse. Y sería complicado, y caro, encontrar un almacén idóneo, dadas las dimensiones de la réplica. ¿Y qué sucedería si la cola se estropeaba? No habría tiempo de sustituirla para la siguiente función. Si una cola ya sería cara, no se podía ni pensar en disponer de una de recambio.

¿Y si el accionamiento de la cola fallaba y ésta caía con demasiada fuerza sobre los actores o, peor aún, sobre los espectadores? En Londres aún se comentaba la tragedia sufrida cuando, durante una representación de *Tamérlán el Grande* de Christopher Marlowe, una flecha disparada desde el escenario atravesó a un niño del público. Un incidente similar llevaría al cierre inmediato de El Globo.

Y había otros problemas, como qué hacer cuando la obra no se representara en El Globo sino cuando se llevara de gira por provincias o cuando se representara en palacio en sesión privada para la reina. ¿Podría entonces disponerse de una cola de menores dimensiones? ¿Podría sustituirse por un efecto óptico, por una fantasmagoría?

Shakespeare confió en que los artesanos fueran capaces de ocuparse de las cuestiones técnicas. Sería útil pedir consejo a Inigo Jones, pensó. Incluso podía invitarlo a hacerse cargo de la puesta en escena.

Había conocido a Jones en la taberna La Sirena, en Bread Street. Se lo había presentado Ben Jonson, durante un encuentro de La Fraternidad de los Caballeros de la Sirena, un club de intelectuales —y bebedores— que se reunía el primer viernes de

cada mes. Trasegaban cerveza y celebraban competiciones de diálogos epigramáticos. Corría el rumor, fomentado por los propios asistentes, de que el miembro fundador de la fraternidad había sido Sir Walter Raleigh, aunque Shakespeare nunca lo había visto poner el pie en La Sirena, y dudaba que el favorito de Isabel y colonizador de Virginia se dignara probar la cerveza aguada del local y sus empanadas sorpresa — todos bromeaban sobre el tipo de carne con que estaban hechas.

Desde el primer momento le cayó bien aquel chicarrón interesado por todo lo relacionado con Italia. Inigo Jones tenía una nariz grande y colorada y una melena revuelta que era la envidia secreta de Shakespeare. Estaba destinado a convertirse en uno de los mayores arquitectos de Inglaterra, pero de momento se ganaba la vida diseñando vestuario para la escena. Las limitaciones de los teatros al aire libre le molestaban tanto o más que a Shakespeare. Estaba seguro de que el futuro se hallaba en los locales cubiertos, donde las puestas en escena podían ser más elaboradas, se actuaba también de noche y nada importaban las inclemencias del tiempo. El número de localidades era más bajo, aunque se compensaba con un precio mayor.

¿No te gustan los palurdos, Jones?, preguntó Jonson, que fumaba en una pipa de plata y no perdía detalle de la charla. ¿Prefieres dejarlos fuera para que se hielen? ¿Quién te crees que ha pagado la cerveza que estás bebiendo?

Pensaba que me habías invitado tú, dijo el futuro arquitecto, rematando su respuesta con un eructo.

A Inigo Jones, que para entonces había perdido la cuenta de las cervezas bebidas y se apoyaba en el hombro de Shakespeare para mantener el equilibrio, le fascinaban las mascaradas. Esos espectáculos donde se alternaban las actuaciones musicales y la interpretación ofrecían para él más posibilidades que las obras de teatro al uso. Solicitadas por capricho de la nobleza, su presupuesto podía equivaler al de cinco obras de teatro, abundaban en efectos especiales, y no había mascarada que se preciara que no incluyese animales exóticos o esclavos traídos de las Indias, con penes tatuados y agujas de puercoespín clavadas en el rostro.

Jacobo de Escocia, dijo Jones, nuestro futuro rey, que Dios lo guarde, encargó una con leones. ¡Leones de verdad, Will, con garras y dientes y melena! Traídos de África. ¡Y las putas escocesas salieron corriendo espantadas en cuanto los vieron!

Reveló que tenía planes para diseñar mascaradas con Jonson. Éste se encargaría del texto y él de todo lo demás. Ahí había montones de dinero, añadió.

¿Sabes por qué está tan interesado?, intervino Jonson vocalizando con dificultad. Los que actúan están tan borrachos que son incapaces de pronunciar el texto. Si es que se han molestado en memorizarlo. Y sin texto, todo el mérito es para la ropita y los decorados.

Jonson estaba en lo cierto. Las mascaradas no eran interpretadas por profesionales sino por los mismos cortesanos. Y dado que la representación acostumbraba a reservarse como el momento álgido de alguna fiesta, para cuando se retiraban las bandejas de plata con los restos de capones y pasteles de gelatina y a los intérpretes

les tocaba subir al escenario, apenas eran capaces de tenerse en pie, otra razón por la que Shakespeare había preferido mantenerse alejado de esos espectáculos manieristas y desmesurados.

Las pullas de su amigo no tuvieron efecto en Inigo Jones, que se lanzó, entre hipidos y pausas para tomar aire, a exponer a Shakespeare sus proyectos de complejas tramoyas mecanizadas y de lo que denominó *machina versatilis*, un escenario giratorio con varios decorados, donde podrían interpretarse varias escenas simultáneamente.

Sus ideas eran inagotables y se sucedían sin que mediara cesura, aunque algunas le parecieron a Shakespeare difíciles o incluso imposibles de llevar a la práctica. Demostrando que se fiaba más de las imágenes que de las palabras, Jones había sacado un pliego de papel de su jubón y trazaba bosquejos con un carboncillo mientras hablaba. Poco después Shakespeare se daba cuenta de que ya no se estaba dirigiendo a él, sino que Jones hablaba para sí mismo. Conocía bien ese tipo de enfrascamiento. El techo abovedado de La Sirena se iba cubriendo de humo. El bullicio era cada vez mayor.

Al cabo de un rato, a pesar de lo sugerente del discurso de Jones, la cerveza obligó a Shakespeare a abandonar la taberna. Ya había anochecido y los tenderos habían cerrado sus negocios. Apagado el vocerío de los vendedores y menguado el tráfico de carromatos, la calle estaba casi silenciosa. A diferencia de otros parroquianos de La Sirena, que se hacían acompañar de un mozo con una linterna cuando tenían que salir a vaciar la vejiga, Shakespeare tanteó el camino hasta un callejón cercano. No era el primero en usar el lugar para ese propósito; el callejón estaba enfangado y hedía. Para no empaparse los pies, se mantuvo en equilibrio sobre un tablón, arrastrado por alguien hasta allí con ese mismo fin. Estaba a punto de terminar cuando una mano callosa le atenazó la nuca y lo empujó contra la fachada lateral de una de las casas que formaban el callejón. Al mismo tiempo, otra mano le arrebató la daga que llevaba en la cadera y la arrojó lejos. Shakespeare pisó su propia orina. Tenía la cara aplastada contra la pared.

Guárdate la polla, Will, dijo Ben Jonson.

Y después:

No vas a robarme a ese chico, ¿verdad? Tengo planeado ganar montones de dinero con él. *Opima spolia*.

No tengo ningún interés, respondió Shakespeare, en aquel momento, completamente sincero.

Más te vale. Algunos dicen que tengo mal genio.

Yo soy uno de los que lo dicen.

Entonces no hace falta que te lo recuerde, dijo Jonson mostrándole el pulgar izquierdo.

En el callejón apenas había luz pero a Shakespeare no le hacía ninguna falta. Sabía muy bien lo que Jonson le estaba enseñando. La yema del pulgar lucía una

cicatriz hinchada en forma de T, marcada a fuego. Era el recordatorio indeleble que le había dejado la justicia después de que matara al actor Gabriel Spencer en un duelo a espada. El próximo delito lo llevaría directamente a Tyburn, el lugar de las ejecuciones, el bosque de horcas triples.

Shakespeare no se impresionó. Había visto a Jonson repetir el gesto en infinidad de ocasiones; cuando estaba enfadado, lo que era frecuente, blandía el pulgar como si fuera un arma o un amuleto que le protegía de los espectros.

Algún día, dijo Shakespeare, alguien te va a cortar ese dedo y te lo va a meter por el culo.

Jonson le dedicó un cuarto de sonrisa.

Pero seguro que no serás tú, Will.

Y diciendo esto aumentó aún más la presión de su mano, restregándole la cara contra la pared, y añadió:

Quédate aquí un rato. O mejor, vete a casa.

Tienes suerte de que haya bebido demasiado, contestó Shakespeare.

Eso hizo que Jonson soltara una carcajada bronca. Shakespeare oyó alejarse el chapoteo de sus pasos. Luego se recostó y se palpó el rostro. Alzó la cabeza. Las dos casas que delimitaban el callejón se inclinaban una hacia la otra como si ansiaran tocarse, no permitiendo ver más que una estrecha cinta de cielo estrellado. Una de las viviendas estaba toscamente apuntalada.

Púdrete, Ben Jonson, dijo hacia lo alto.

Y a bordo del *Nimrod*, volvió a decirse: «Púdrete, Ben Jonson». Pediría la colaboración de Inigo Jones.

Llevar la ballena blanca al escenario exigiría un efecto especial elaborado, y Shakespeare nada sabía de mecánica. No alcanzaba a comprender el concepto de un artefacto capaz de variar la dirección y la magnitud de una fuerza aplicada sobre él. Un simple molino de cereal le fascinaba tanto como le intimidaba. Incorporar una máquina a su obra implicaría introducir un elemento que escapaba a su entendimiento y control, y el éxito de la obra dependería de que esa máquina funcionara debidamente. Necesitaba por lo tanto a alguien como Inigo Jones, un artista de las ruedas dentadas, los trinquetes y los contrapesos, que fuera capaz de hacer magia a partir de una lona y un armazón de madera. Jones insuflaría vida a la cola de la ballena.

Shakespeare imaginó el momento en que esa cola descendiera para destrozarse el ballenero. El capitán todavía seguiría vivo y lo presenciaría todo desde el agua, adonde habría sido arrojado después de que la bestia, en otra demostración de crueldad racional, le hubiera arrancado la segunda pierna. A continuación, una vez hundido el barco, el capitán entraría de nuevo a escena. Lo haría tendido sobre una plataforma con ruedas, atada a una cuerda de la que dos ayudantes tirarían desde el otro extremo del escenario; se simularía así que flotaba sobre las olas. El capitán haría su entrada gritando de rabia y dolor, esparciendo tras de sí un rastro de sangre

agenciada en alguna carnicería de los alrededores. En la mano sostendría aún su arpón, dispuesto, hasta el último latido, a acabar con el leviatán. La plataforma se detendría en el centro del escenario para que el capitán recitara su parlamento de despedida, y entonces la cola caería sobre él. Una pausa. Silencio. A continuación la cola se elevaría muy lentamente. El escenario estaría desierto. El capitán habría desaparecido. El actor y la plataforma de ruedas se habrían escamoteado al infierno, un espacio situado bajo las tablas al que se accedía a través de un escotillón. Sería como uno de los juegos de manos que practicaban los prestidigitadores en las ferias, cuando hacían esfumarse naipes y canicas de madera.

Una vez puesta en marcha, a la imaginación de Shakespeare le era difícil detenerse. Cuando la obra pareciera haber concluido, la cola de la ballena aún continuaría subiendo y bajando, cada vez más rápido, fuera de control. Ya no parecería accionada por la fuerza de los brazos de unos cuantos hombres. Los golpes harían temblar el escenario. Las columnas que soportaban el baldaquín empezarían a oscilar y no tardarían en desplomarse. Las seguiría la galería de la orquesta. Para entonces ya habría cundido el pánico entre el público. La cola actuaría como un abanico gigante y el viento creado por ella haría volar las semimáscaras tras las que se ocultaban las damas de las galerías y les hincharía el buche como si fueran pelícanos. Volarían pelucas y empanadas de carne. Las faldas se alzarían y taparían los rostros de las mujeres; la tela pegada a la piel mostraría bocas abiertas de par en par y narices puntiagudas, como cadáveres amortajados prematuramente. Saldrían despedidos los haces de paja del tejado y también astillas, que se clavarían en pechos y cuellos produciendo explosiones de sangre arterial. En el exterior, el recubrimiento de yeso se cuartería y comenzaría a desprenderse. Perros y osos dejarían de combatir y contemplarían lo que sucedía, cabizbajos y jadeantes, con sangre goteando de los belfos. Público y actores correrían hacia las salidas, gritando y abriéndose paso a puñetazos y patadas. Los que tuvieran la mala fortuna de tropezar y caer al suelo serían pisoteados sin piedad. Tacones incrustados en bocas. La bandera con el emblema de El Globo se desprendería del tejado del teatro y caería y sería interceptada por la cola en uno de sus trayectos ascendentes, lanzándola a un lado como si fuera una brizna de hierba. Poco después sólo quedarían los lamentos de los heridos y una nube de polvo y un montón de ruinas del que asomaría, triunfante, la cola.

Ya basta, Will, se dijo riéndose. Ya basta. No te excedas.

Para entonces el *Nimrod* llevaba cinco días prisionero de la falta de viento. En ese periodo los vigías no habían divisado ningún otro barco, ni ave alguna que surcara el cielo. La única compañía del galeón era la ballena.

Durante la quinta noche, el guardia que recorría el castillo de popa, con los pies envueltos en trapos para acallar sus pasos, oyó algo, un sonido intermitente que

provenía del mar y que le recordó a una respiración resollante. Escrutó las aguas sin alcanzar a ver nada. No podía apreciar si la fuente se encontraba próxima o lejana. Decidió que lejana, pero cuando apoyó una mano en la borda la sintió temblar con cada nueva repetición. Miró a su alrededor. Los demás guardias no daban muestras de haber oído nada. Después de escuchar atentamente no creyó que el sonido se acercara y decidió ignorarlo.

El guardia era uno de los soldados de Henry Wriothsesley. Aquélla era la primera vez que subía a un barco y para entonces ya se había jurado que sería también la última. Se había propuesto desertar en Dinamarca, en cuanto tuviera la menor ocasión. Y así lo hizo. Conoció a una lechera con la que se casó y tuvo siete hijos. Es una lástima que aquella noche a bordo del *Nimrod* no perseverara en averiguar el origen de aquel sonido. Si lo hubiera hecho habría tenido algo interesante que contar a su extensa progenie. Pocos pueden decir que han oído roncar a una ballena.

A pocas millas del galeón, el cachalote —pues la ballena era en concreto un cachalote— flotaba en posición vertical. Dormía con el extremo de su gran cabeza sobre la superficie, dejando el espiráculo fuera del agua. Su sueño era profundo y satisfecho. A su alrededor flotaban rémoras y lampreas y también los cadáveres, a modo de melena. Recluido en la mazmorra más profunda del cráneo, medio cerebro se mantenía activo con un crepitar sináptico. En su segundo estómago se digerían los calamares engullidos a más de una milla de profundidad. Algunos nadaban a oscuras, aún vivos, en un mar de agua salada y jugos gástricos, despavoridos, lanzando nubes de tinta. En el fondo se amontonaba un lecho de miles de picos de calamar, y, enterrados en ellos, media docena de picos de mayor tamaño, grandes como cabezas humanas, resultado de los enfrentamientos de la ballena con los krakens. Más abajo en las entrañas, blancuzcos parásitos nematodos de un palmo de largo deambulaban a sus anchas por los intestinos, trabándose en ocasiones en una especie de impensable cópula. Y más abajo aún, acoplado a lo más recóndito del laberinto intestinal, se hallaba el *Polygonoporus giganticus*, el gusano parásito que moraba en el interior de la ballena desde hacía décadas. En ese tiempo, su cuerpo segmentado había crecido, anillo tras anillo, hasta los cuarenta pies, superando en longitud a la ballena. El monstruo dentro del monstruo, robando nutrientes y aumentando el hambre del organismo que le prestaba cobijo. Si los isabelinos que viajaban a bordo del *Nimrod* hubieran sabido de la existencia de semejante ser, más de uno lo habría confundido con el alma del leviatán.

Shakespeare nunca olvidaría el estreno de *Hamlet*. Había reservado para sí el papel del espectro del padre, que aparecía en la primera escena. Para que su entrada fuera más impactante, Shakespeare, con el rostro y el pelo blanqueados con harina, se había escondido en el infierno. Acurrucado allí a la espera de que empezara la obra, mareado por el olor a cerveza rancia, veía por los huecos entre las tablas cómo el público iba llenando El Globo.

Un momento antes del toque de clarín que señalaba el comienzo de la obra, un patán de dientes amarillos y ropas andrajosas se abrió paso a codazos hasta la primera fila, justo enfrente de donde él estaba. Lo acompañaba una fulana que, sin perder tiempo, se arrodilló ante él, le bajó las calzas y se metió su polla, de considerables dimensiones, en la boca. La función comenzó por fin. Bernardo y Francisco, dos centinelas, recorrían las murallas de Elsinore y comentaban lo fría y en calma que estaba la noche. Se unían a ellos Horacio, amigo del príncipe Hamlet, y un soldado, y hablaban del fantasma que había aparecido sobre las murallas las noches anteriores.

El patán presenciaba la obra con las piernas separadas y una mano sobre la cabeza de la fulana para marcarle el ritmo. Ella chupaba y lamía ladeando la cabeza para ver de reojo lo que pasaba en el escenario. En su otra mano, el patán llevaba un gato muerto. Lo balanceaba sosteniéndolo por la cola, listo para lanzarlo en cuanto, de acuerdo a su estricto criterio, decayeran el interés de la obra o la interpretación de los actores.

La visión aturdió a Shakespeare y le hizo entrar con retraso en escena. Aquel patán era uno de los motivos por los que no olvidaría la primera representación de *Hamlet*, y también uno de los motivos por los que, a pesar de las abundantes dificultades con que se estaba topando, se mantenía firme en su intención de escribir una obra sobre una ballena blanca. Aquel patán era un perfecto representante del público para el que trabajaba; un público integrado en su mayor parte por zafios e iletrados, hacia los que Shakespeare sentía un desprecio cordial.

Dadas las muchas dificultades que conllevaba la obra sobre la ballena blanca, parecería lógico que renunciara a llevar la idea al teatro. En su lugar podría escribir un poema narrativo. De ese modo no tendría impedimentos para incluir información sobre leviatanes ni limitaciones a la extensión, y podría plasmar imágenes de una majestuosidad imposible de trasladar al escenario.

No había renunciado porque el poema no le habría proporcionado los aplausos de una obra de teatro. Shakespeare no habría disfrutado de un gozo como el sentido cuando, al final de *Hamlet*, los cadáveres del príncipe de Dinamarca, Laertes, el rey Claudio y la reina Gertrudis cubrieron el escenario y el patán soltó el gato muerto y rompió en aplausos y aullidos, al igual que la fulana, que para entonces iba por su sexto cliente de la tarde.

Para Shakespeare el teatro era más vital y cambiante que la poesía. Era un arte en el que aún había algo que aportar. Porque a pesar del olor a cerveza y orina de los teatros, de las peleas y las cópulas entre el público, a pesar del desdén que le

dedicaban algunos nobles y —¡ah, casualidad!— no pocos poetas, Shakespeare veía sus obras como una forma de arte. En la poesía no quedaba nada por hacer. Pensaba que difícilmente podría superar lo conseguido por Chaucer, Thomas Wyatt y Philip Sidney. Y aunque fuera posible, ¿de qué serviría si la poesía sólo era un disfrute para un puñado de cortesanos? En el teatro el público acudía a centenares cada tarde y sus reacciones podían apreciarse en el momento, intensas y completamente sinceras, brutales en ocasiones. En El Globo, Shakespeare podía *sentir* la atención del público durante los pasajes cruciales. Todo quedaba en silencio. Se apagaban el restregar de pies contra el suelo, los murmullos, las toses y el rascar de las plumas de los taquígrafos, enviados por los impresores piratas para copiar la obra.

La poesía sólo era para Shakespeare una fuente de ingresos en caso de emergencia. Cuando una nueva epidemia asolaba Londres, forzando el cierre de los teatros, aceptaba encargos para subsistir. Los resolvía sin excesivo esfuerzo, mediante una acumulación de juegos de palabras y tópicos descontextualizados que hacían delirar a aficionados y estudiosos. Por no mencionar los segundos y terceros significados de los versos, entre los que siempre debía esconderse una alusión a lo carnal, cuando no a lo soez, fácilmente detectable si se conocía el código: «el espíritu» era el semen; «el cielo», la vagina, «el cambiante curso de la naturaleza», la menstruación...

No es que con ninguno de esos encargos encontrara disfrute; en alguno dio lo mejor de sí mismo. Pero no quería volver a la poesía.

El teatro, además, no era efímero, no desaparecía con cada representación. Se ponía por escrito, se imprimía y distribuía, luego compartía esa ventaja con la poesía. Seguramente, las personas que no podían asistir a El Globo podrían leer dentro de poco las obras impresas de Shakespeare —confiaba en verlas impresas antes de morir— y disfrutar de ellas igual que él había disfrutado de las de Esquilo y Aristófanes.

Otra razón para dejar de lado la poesía, y no la menor, era que el teatro reportaba mayores beneficios. Shakespeare no sólo había comprado una casa en Stratford, también había empezado a especular con tierras y cereales para asegurarse un retiro acomodado, así que le urgía liquidez.

E incluso si hubiera estado dispuesto a renunciar a esos beneficios mientras trabajaba en un poema sobre la ballena blanca, ser socio de El Globo le habría obligado a continuar escribiendo obras para que el teatro siguiera funcionando.

Había otra opción, además del teatro y la poesía: la prosa. Ni siquiera llegó a considerarla. Él era dramaturgo y, ocasionalmente, poeta.

El amanecer del sexto día reveló a la ballena nadando plácidamente en las cercanías del *Nimrod*. Henry Wriothesley ordenó cargar los cañones. Cuando la ballena pasó ante el costado de babor, los cañones de esa banda abrieron fuego. Pasajeros y marinería se apretujaban contra la borda. Ninguno de los surtidores alzados por los proyectiles mostró rastro de sangre. Cuando el mar volvió a quedar en calma, la ballena había desaparecido. Wriothesley ordenó recargar. El contra maestre preguntó a gritos al vigía de turno, encaramado a la cofa, si veía al leviatán. La respuesta fue negativa. A medida que transcurrían los minutos, cada vez eran más los que creían que la ballena se había ido para no volver. En el pañol de la marinería, Calhoun, tendido en su rincón, contemplaba el techo.

El vigía volvió a gritar que no había rastro de la ballena, y ésa fue la señal para que algunos expresaran abiertamente su alegría. Pero segundos después el vigía daba la alarma. Un chorro se alzaba a proa. Se formó un cono de espuma cuando la ballena se lanzó contra el barco. Abría y cerraba las fauces con furia. Avanzaba con media cabeza fuera del agua. Cuando se encuentran ante un obstáculo, las ballenas se sumergen o se desvían a barlovento, pero aquélla efectuaba leves correcciones en su trayectoria para embestir de frente la proa del galeón. Ingovernable por la falta de viento, la nave no pudo guiñar para esquivarla. Hubo gritos de pánico, que se redoblaron cuando el impacto hizo saltar el barco hacia atrás. Los que no habían buscado asidero rodaron por cubierta. Hubo más gritos, esta vez sólo de los pasajeros. De malas maneras, los marineros les ordenaron cerrar la boca. Se hizo un preocupado silencio. La embarcación vibraba por el golpe. Desde el capitán hasta el último marinero permanecieron atentos a cualquier crujido anómalo del barco. El carpintero de a bordo y su ayudante corrieron a comprobar si se había abierto alguna vía de agua, mientras que una pareja de marineros tomaba posiciones junto a las bombas de achique, y varios más se preparaban para arrojar por la borda todo lo prescindible, en caso de que hubiera que aligerar el peso del galeón. La ballena nadaba en círculos a babor, aturdida. Uno de los cadáveres que arrastraba se había soltado y flotaba junto al *Nimrod* como una horrible boya.

El ayudante del carpintero regresó para informar al contra maestre de que no había daños en la proa. A continuación corrió a asegurarse de que el resto del casco también estuviera intacto.

Al abrir la escotilla del pañol donde viajaban los animales, el carpintero se arrojó al suelo. Con el impacto, la percha en que reposaba el águila para el rey de Dinamarca se derrumbó y liberó a la gran ave, que en cuanto vio una vía de escape voló hacia la puerta con las zarpas por delante. La jaula de los colibríes también se había roto y éstos siguieron al águila en forma de nube multicolor.

El ave de presa aumentó todavía más el desconcierto cuando apareció en cubierta. Voló sobre la borda y se alejó del *Nimrod*. Poco después iniciaba una serie de quiebros desquiciados. Intentaba atrapar a los colibríes, invisibles ya a aquella distancia.

Casi diez años antes, una mañana de finales del verano de 1592, Shakespeare se encontraba en Stratford, en la antigua casa de sus padres, ocupada entonces por su esposa e hijos. Encaramado en lo alto de una escalera, trataba de retirar la techumbre de paja, ignorando que estaba a punto de recibir el encargo más importante de su carrera.

Había sido un verano duro y escasamente provechoso. La peste había vuelto a Londres una vez más. Cuando el cómputo de víctimas atribuidas a la enfermedad superó las treinta semanales, las autoridades ordenaron el cierre de todos los lugares donde se congregaran grandes cantidades de gente, desde las boleras a los teatros. En estos casos, las compañías teatrales salían de gira por provincias, tanto para ponerse a salvo de la peste como para tratar de compensar las pérdidas económicas.

A Shakespeare no le gustaban las giras. Significaban meses de incomodidades, apretujado en un carro con los demás actores y los cestos donde transportaban el vestuario y el atrezo, durmiendo en camas con colchones de paja podrida e infestadas de pulgas, y actuando ante públicos aún más toscos de lo que estaba acostumbrado. Ese verano, la que era entonces su compañía, Los Hombres de Pembroke, se embarcó en un periplo que la llevó a Leicester, Coventry y Warwick. Se alojaron en posadas y actuaron en los patios de éstas. Los propietarios se beneficiaban de la afluencia de público y a cambio proporcionaban a las compañías comida y techo gratuitos. A finales del verano, la gira se detuvo en Stratford, y Shakespeare, harto de deambular por los caminos, puso la disculpa de tener que trabajar en una nueva obra para separarse temporalmente de sus compañeros.

La satisfacción de dormir bajo su propio techo duró poco. Al cabo de escasos días volvieron a acosarle las molestias de las que nunca se acordaba cuando estaba lejos de su lugar de nacimiento pero que lo asaltaban cada vez que regresaba. En primer lugar, el río Avon, cuyo murmullo era audible en todos los rincones del pueblo, y que desde la infancia había sido para Shakespeare motivo de pesadillas de desbordamiento y ahogamiento. Soñaba con crecidas repentinas que se producían en el momento más oscuro de la noche, el agua cenagosa entrando como una cascada por las ventanas, muebles girando en los remolinos, el nivel que subía, y el joven Shakespeare que se veía elevado hacia el techo, al que pegaba la boca desesperado, buscando bolsas de aire entre las vigas, hasta que ya no quedaba aire. Otras contrariedades eran menos angustiosas, pero igual de omnipresentes, como que vecinos a los que no conocía se empeñaran en llamarlo «primo», o las exigencias de su mujer para que se ocupara de las muchas reparaciones que necesitaba la vivienda. En esta ocasión, su mujer, siempre temerosa de los incendios, había insistido para que sustituyera por tejas la paja del tejado. Shakespeare contrató a dos hombres del pueblo para hacer el trabajo, y con el fin de acelerar la tarea y pagar menos, se incorporó él mismo a la labor, aunque distaba de ser diestro en los trabajos manuales y molestaba más que ayudaba.

Aquella mañana, mientras desnudaba el tejado, oyó una voz que preguntaba por

el maestro William Shakespeare.

Cuando se volvió en lo alto de la escalera, sudoroso y con briznas de paja pegadas a la frente y los brazos, vio a un hombre vestido de negro que aguardaba con una mano descansando en el pomo de la espada que portaba a la cintura. Detrás de él esperaba un carruaje cerrado con un tiro de dos caballos. La madera tenía adornos dorados y estaba finamente trabajada. Los vecinos de Stratford y los perros tiñosos que deambulaban por la calle se iban acercando lentamente y contemplaban el carruaje con tanto asombro como si hubiera descendido del cielo acompañado por un sonido ululante y luces de colores que se encendieran y se apagaran.

Yo soy Shakespeare, ¿quién sois vos...?

El hombre de negro lo miró con incredulidad no disimulada y a continuación dijo: Debéis acompañarme a Londres de inmediato.

¿Quién lo solicita?

Mary Brown, condesa de Southampton.

Shakespeare quiso saber con qué motivo.

Lo desconozco. Sólo se me ha encomendado llevaros a su presencia.

A la hora de obedecer el mandato, el tono imperativo del hombre de negro, que resultó no ser más que un mayordomo, tuvo menos efecto en Shakespeare que sus deseos de salir cuanto antes de Stratford, y mucho menos que la mención de la condesa de Southampton. Al cabo de media hora, y sin que le importaran las quejas de su mujer, se encontraba en camino. El hombre de negro lo acompañaba dentro del carruaje; en el pescante iban el conductor y un espadachín contratado como guardaespaldas.

Shakespeare prefería viajar a caballo. El moderno sistema de suspensión mediante muelles apenas aliviaba el castigo de los caminos en mal estado. La compañía tampoco hizo el viaje más llevadero. El mayordomo casi no le dirigió la palabra, molesto por tener que tratar con deferencia a un hombre del teatro, a quien consideraba de nivel social inferior al suyo, prácticamente a la misma altura que las prostitutas. Cuando el panorama de campesinos recogiendo sus cosechas dio paso a la periferia londinense, al mutismo del mayordomo se sumó una inquietud cada vez más visible. Antes de llegar a la altura de las primeras casas, corrió las cortinas de las ventanillas. El interior del carruaje estaba tomado por el olor amargo de la hierba de gracia, de la que colgaban ramas ante las ventanillas y del techo. Podría ser mucho peor; otros remedios que se creían útiles para prevenir la peste eran el vinagre y el humo de bosta.

Por curiosidad y para provocar al mayordomo, Shakespeare apartó un poco la cortina de su lado. Las calles estaban menos transitadas de lo habitual y quienes se movían por ellas lo hacían de forma apresurada. Las casas adonde había llegado la peste habían sido puestas en cuarentena. Las puertas y las ventanas estaban tapiadas por el exterior con tablones. Pintada en las fachadas o sobre las puertas aparecía la súplica: «Dios, apiádate de nosotros». De dentro llegaban llantos y gemidos. Un

hombre proclamaba en mitad de la calle haber sido testigo de cómo un alma, con forma de nube rosa brillante, escapaba a través de una chimenea. Las campanas de las iglesias emitían un tañido lúgubre.

El carruaje se detuvo ante la residencia de los Southampton, en el cruce de Chancery Lane y Holborn. Frente a la puerta montaban guardia tres hombres armados, con la boca y la nariz cubiertas por pañuelos. El espadachín saltó del pescante y se incorporó a la guardia. Una criada fregaba briosamente el umbral, tarea que repetía varias veces al día desde la llegada de la peste. Una vez dentro, el mayordomo guió a Shakespeare por una serie de corredores en penumbra adornados con tapices italianos. Las ventanas tenían los postigos echados. La residencia estaba en silencio. Durante el recorrido, además del sonido de sus pasos, Shakespeare sólo oyó el frufú de los hábitos de varios sacerdotes católicos con los que se cruzaron. Uno columpiaba un incensario. Estaba al tanto de que la familia Southampton se mantenía fiel a la iglesia de Roma, así como que a la condesa le gustaba disponer a mano de sacerdotes para solicitar su consejo. Los alojaba en las cercanías o incluso bajo su propio techo. Tras una breve espera en una antesala, pasó al salón donde aguardaba la condesa.

Maestro Shakespeare, gracias por acudir tan pronto.

Mi señora, saludó él haciendo una reverencia.

La condesa ocupaba una silla lejos de la ventana e invitó a Shakespeare a tomar asiento a su lado. El salón olía a incienso y, de nuevo, a hierba de gracia.

Creo que todo esto sería más llevadero si las campanas dejaran de sonar, dijo ella. Shakespeare esbozó una sonrisa y asintió.

Os preguntaré por qué os he hecho llamar de forma tan apresurada.

Un nuevo asentimiento.

Tengo un encargo para vos. Estoy convencida de que estaréis a la altura de lo esperado. Quizás el trabajo no suponga un gran reto para el maestro William Shakespeare, pero sin duda es importante para mí y mi familia.

El encargo no lo motivaba el amor que la condesa profesaba a las artes, sino la ira. A Shakespeare le quedó claro en cuanto oyó una historia de la que a él, en parte, ya le había llegado noticia.

Con embarazosa cabezonería, el hijo de la condesa, Henry Wriothsley, había faltado a la palabra dada y rechazado la oportunidad de contraer matrimonio con Elizabeth de Vere, nieta del eminente Lord Burghley, tesorero real y antiguo secretario de Estado, además de amigo y protector de la casa de Southampton. A pesar de ser uno de los herederos más solicitados de Londres y de poseer un atractivo que lo había convertido en el hombre más retratado de la época, el matrimonio no se contaba entre los intereses de Henry, los cuales sólo incluían el teatro y las armas. El asunto iba más allá del bochorno público para ambas familias y de la cuantiosa multa que los Southampton deberían abonar a Lord Burghley porque Henry hubiera roto su promesa. El catolicismo convertía a los Southampton en permanente fuente de

sospecha; emparentarse con alguien de la talla de Burghley supondría un amparo muy necesario para su apellido.

Las cosas se habían embrollado aún más cuando, empujada por el despecho, la joven Elizabeth había aceptado unirse en matrimonio con el segundo plato a su disposición: William Stanley, conde de Derby. A Henry no le molestó en absoluto; el orgulloso William, en cambio, fue víctima desde el primer instante de celos retroactivos, motivo a partir de entonces de una permanente tirantez entre los condes.

Pero en ese momento, el objetivo principal de Mary Brown era convencer a su hijo de que se casara. Y puesto que sus consejos no le entraban en la cabeza, la condesa había pensado que quizás un mayor refinamiento en su formulación surtiera efecto. Por esa razón procedió a encargar a Shakespeare una secuencia narrativa de sonetos donde invitara a su hijo a contraer matrimonio y engendrar descendientes que heredaran su bella planta y prolongaran el linaje de la familia. La admiración que Henry Wriothsesley profesaba a Shakespeare sólo podía jugar a favor de la empresa.

Si la condesa hubiera sabido la opinión del dramaturgo acerca de ese tipo de trabajos, habría buscado a algún poetaastro más manejable.

¿Os veis capaz de hacer lo que os pido?

Shakespeare pensaba en la peste, de cuya remisión no había noticias. Era probable que los teatros continuaran clausurados varios meses. No podía imaginar lo acertado de su vaticinio; aquélla sería una de las epidemias más virulentas que castigaran la ciudad de Londres.

Por supuesto, mi señora.

La condesa tamborileó con su abanico en el brazo de la silla, complacida.

¿Cuándo pensáis que habréis acabado?

Shakespeare, que nunca se había enfrentado a un encargo de tal magnitud, fue todo lo sincero que pudo:

Lo antes posible.

La reunión concluyó así. Tal como era costumbre entre la nobleza, la condesa no hizo mención del dinero que Shakespeare recibiría por el encargo.

Mientras el mayordomo lo conducía de regreso a la calle, un segundo criado los interceptó en un corredor para comunicarles un mensaje. Un instante después, Shakespeare era guiado hasta un nuevo salón. A diferencia del caso anterior, esta vez no había sacerdotes por los alrededores. El mayordomo le franqueó el paso y Shakespeare, preguntándose por el motivo de aquella demora, pasó al interior de la estancia y se encontró ante Henry Wriothsesley, a quien no había tenido oportunidad de conocer en persona.

El tercer conde de Southampton posó en una mesa la copa de vino que saboreaba y se aproximó a Shakespeare con paso decidido. Le apoyó las manos en los hombros y lo miró de la cabeza a los pies, sin dejar de sonreír. Aquel salón no olía a hierba de gracia sino a perfume.

Qué gran honor teneros bajo mi techo.

Diciendo esto, empujó amablemente a un abrumado William Shakespeare al centro de la estancia y le escanció vino en una copa de cristal veneciano. Ambos bebieron y el conde guardó silencio hasta que su invitado comenzó a sentirse incómodo.

Y ahora, ¿por qué no me decís la razón por la que mi buena madre, la condesa, os ha hecho venir?

Y Shakespeare, por supuesto, se lo contó todo.

La peste se prolongó durante el resto de aquel año y también durante el siguiente. Murió más de la décima parte de la población de Londres. Los astrólogos debatían qué alineación planetaria les había traído semejante castigo. En mayo de 1593, el dramaturgo Thomas Kyd, conocido de Shakespeare, fue detenido, acusado injustamente de libelo y conducta inmoral, y torturado del modo más salvaje. Ese mismo mes, una daga atravesaba un ojo de Christopher Marlowe y se hincaba brevemente en su cerebro, como el aguijón de un alacrán. Fue una época triste para Shakespeare, a la que pudo hacer frente, en parte, gracias a la amistad de Henry Wriothsesley. El conde de Southampton se trasladaba durante temporadas al campo para eludir la peste y Shakespeare lo acompañaba con la disculpa de desempeñar funciones de secretario.

No se olvidó de los sonetos, pero el encargo se demoró más de lo que él había esperado y mucho más de lo que deseaba la condesa de Southampton. Entre medias firmó dos extensos poemas narrativos, ambos brindados a Henry Wriothsesley. En el primero de ellos, *Venus y Adonis*, donde narró el deseo lujurioso de una mujer madura hacia un atractivo joven, la dedicatoria se limitó a expresar la admiración y el respeto de rigor. En el siguiente poema, *La violación de Lucrecia*, el tono fue más efusivo: «El amor que dedico a su señoría no posee fin. Lo que he hecho le pertenece, lo que debo hacer le pertenece, siendo sólo una parte de todo lo que he puesto a su disposición».

Para interpretar estas palabras hay que hacer el ejercicio de introducirse en la piel de un isabelino; de ese modo sorprenden menos los sonrojantes elogios del poeta a su mecenas, y se comprende que «el amor» no era siempre «el Amor». Pero aun teniendo en mente las convenciones de la época, dan que pensar el tono y el contenido insinuado, en especial si se tiene en cuenta que Shakespeare se dirigía a alguien de rango muy superior al suyo.

Aun así, la dedicatoria de *La violación de Lucrecia* quedaría eclipsada por la de los sonetos.

La colección pedida por la condesa de Southampton no fue publicada hasta 1609, mucho después de la fecha de su solicitud, y también varios años más tarde de la expedición a Dinamarca. Durante los más de quince años que mediaron desde la formulación del encargo, Shakespeare añadió poemas y llevó a cabo numerosas

reescrituras. A pesar de la maestría y belleza de muchos sonetos, buena parte de la atención suscitada por la obra proviene de su dedicatoria.

AL. ÚNICO. INSPIRADOR. DE.  
LOS. SIGUIENTES. SONETOS.  
MR. W.H. TODA. LA. FELICIDAD.  
Y. LA. ETERNIDAD.  
PROMETIDAS.  
POR.  
NUESTRO. ETERNO. POETA.  
QUIEN. CON. LOS. MEJORES. DESEOS.  
SE. AVENTURA.  
A. DARLOS.  
A. LA. LUZ  
  
T.T.

Las siglas de la firma corresponden a Thomas Thorpe, editor de la obra. No era extraño que fuera el editor quien rubricara la dedicatoria. Algunos estudiosos, sin embargo, aseguran que la firma de Thorpe es un indicio de que publicó los sonetos sin consentimiento de Shakespeare; una controversia adicional en torno a esta obra.

Más interesantes resultan las otras siglas: W. H., que fueron, y para algunos siguen siendo, motivo de extensa especulación. Se han escrito muchas páginas — quizá demasiadas— tratando de aclarar a quién pertenecían. Los candidatos son varios. Uno de ellos, a pesar de la inversión de las iniciales, ha sido siempre Henry Wriothesley.

Se desconoce no obstante si el formato de la dedicatoria —en mayúsculas y con puntos tras cada palabra—, que recuerda al de las inscripciones de los monumentos y las lápidas, fue idea de Shakespeare o del editor.

En la primera parte de la secuencia de sonetos, el narrador se ciñe a la petición de la condesa de Southampton e invita a su hijo al matrimonio y la reproducción; pero, de pronto, se produce un giro inesperado. El narrador gana cuerpo como personaje y el tono se vuelve íntimo. Manifiesta su amor al dulce joven al que van destinados los sonetos y le promete hacerle inmortal gracias a su arte, aunque tampoco tiene reparos en reprocharle su crueldad y falta de atenciones. Aparecen otros personajes: una Dama Oscura por la que ambos compiten y un poeta rival, que despierta el interés del joven destinatario de la obra y que podría ser también objeto de mecenazgo, en detrimento del narrador de los sonetos. De nuevo, las conjeturas acerca de quiénes eran tales personajes, si es que tuvieron correspondencia en la realidad, son inevitables. En el caso del poeta rival, el principal candidato es, por supuesto, Marlowe.

Hasta el momento del viaje a Dinamarca nadie aparte de Henry había leído los

sonetos —los que Shakespeare había escrito hasta entonces—. Su primera reacción fue de sorpresa, acompañada por una punzada de indignación. Su madre había pagado a aquel poeta pueblerino para que lo incitara al matrimonio y, en su lugar, éste le confesaba sus sentimientos. Una vez superado el enojo inicial, Wriothesley pasó a sentirse de un modo muy diferente. Su ego se vio complacido al descubrirse objeto de la admiración del autor de *Romeo y Julieta*.

Su relación permitió a Shakespeare frecuentar círculos sociales a los que hasta entonces no había tenido acceso. Supo de la utilidad de la nuez moscada para borrar las ojeras y de los diferentes modos de recortarse el bigote y la barba —en forma de T, de lanza, en abanico— dependiendo del atuendo y la época del año. En compañía del conde, el dramaturgo aprendió a comportarse como un caballero y descubrió la satisfacción de ser tratado como tal. A cambio, Wriothesley vio satisfecha una de sus mayores ambiciones, la de convertirse en personaje literario.

A diferencia de lo habitual en él, siempre reticente a hablar de sí mismo, Shakespeare se había dejado llevar. Poner por escrito lo que sentía por Henry le produjo vértigo, pero también un placer que, en mitad de la noche, a solas en la casa que por aquel entonces tenía alquilada en Bishopsgate, rimando a la luz de una vela, con los dedos manchados de tinta hasta la tercera falange, sintió comparable al del sexo.

Claro que tuvo la precaución de cubrirse las espaldas. Sus sentimientos quedaban ocultos entre el catálogo de convenciones poéticas de la época: el carácter distante y caprichoso del ser amado, la diferencia de edad y posición social, la poesía como vehículo para inmortalizar al objeto del afecto... De ese modo nadie podría saber con certeza que hablaba de sí mismo, salvo Henry.

Ahora Shakespeare quería ir más allá. Había contenido durante demasiado tiempo la necesidad de hablar de sí mismo. Le atraía la idea de exponer lo que sentía, pero no mediante la poesía, de alcance muy limitado, sino en una obra de teatro. Ansiaba desnudarse sobre el escenario, ante cientos de personas.

Si había escogido a Henry como modelo para el capitán de su obra, ¿por qué no tomarse a sí mismo como modelo para el piloto? Dio por sentado que en un barco ballenero también habría un piloto.

La ballena sería el antagonista del capitán, pero sus intervenciones deberían dosificarse. Mientras la ballena no estuviera presente haría falta un personaje capaz de plantar cara al capitán y darle la réplica, que actuara como portavoz de la marinería y proporcionara situaciones de conflicto. El piloto encarnaría la voz de la razón. Conocería el mar y a las ballenas, podría gobernar el barco y, por su cargo, poseería un carácter firme. Todo ello lo convertiría en un adversario adecuado para el capitán cuando las órdenes de éste pusieran en peligro a la tripulación. Hasta entonces, el piloto sería un personaje cercano a su superior, quizás el único con quien

éste se dignara hablar. Shakespeare imaginó una escena en la que sólo aparecieran los dos, en el camarote del capitán, conversando de forma relajada. Despojados temporalmente de las formas propias de sus puestos, revelarían nuevas facetas de cada uno. Recordarían a sus esposas e hijos, a quienes hacía mucho que no veían y a los que nunca volverían a ver. Confesarían sus temores. El capitán se mostraría humano. Rememoraría el momento en que la ballena blanca le arrancó la pierna, cuando vio cerrarse las mandíbulas sobre él y pensó que iban a cortarlo por la mitad. Entonces no sintió ningún dolor —el dolor llegaría después— sino un profundo asco causado por el contacto con la bestia, como si ésta fuese una montaña de excrementos.

Para que el vínculo entre capitán y piloto fuera sólido, deberían conocerse desde hacía tiempo. Podrían haber navegado juntos en el pasado. De hecho, el piloto podría haberse hallado presente en el naufragio causado por la ballena blanca, cuando el capitán perdió la pierna. Ellos dos habrían sido los únicos supervivientes. Después del hundimiento y de que la ballena se hubiera perdido de vista, no sin antes proyectar un poderoso surtidor como señal de triunfo, el piloto habría nadado todo lo rápido que le fue posible hacia el cuerpo mutilado del capitán, impidiendo que se ahogara. Se habría rasgado la camisa para practicarle un torniquete y habría mantenido a flote a su capitán hasta la aparición de la vela que llegó en su rescate, lo que sucedió cuando ya se encontraba al límite de sus fuerzas y había agotado todas las plegarias.

Le satisfizo esa imagen: la de él mismo en mitad del océano, sosteniendo el cuerpo desmayado de Henry y defendiéndolos a ambos de los tiburones con un trozo de madera del que asomaba un clavo.

Imaginó al piloto como un personaje serio, alto, de carnes prietas, al que la dureza de la vida había eliminado de su cuerpo todo lo superfluo. Alguien con gran salud y energía, que pareciera dispuesto a durar siglos y permanecer siempre igual. Y no carecería, ni mucho menos, de atractivo físico. Se trataría, en definitiva, de alguien recto, un elocuente dechado de acción y no un engañoso rimero de palabras.

Por lo tanto, la apariencia y el carácter del personaje no serían un reflejo de los de Shakespeare, sino de la persona que a Shakespeare le gustaría ser: alguien más apuesto, más piadoso, más sereno, más decidido, un hombre de acción. Sin embargo, sus sentimientos hacia el capitán —hacia Henry Wriothsesley— serían verdaderos. Esta dislocación dificultaría que el personaje fuera identificado con el autor y haría que los estudiosos del futuro se estrujaran los sesos leyendo entre líneas, intuyendo que Shakespeare nunca había sido más Shakespeare que en aquella obra.

William Stanley, Henry Wriothlesley, el piloto y el capitán del galeón volvieron a reunirse en el camarote de este último. Antes de que los demás pudieran opinar sobre lo sucedido, Wriothlesley quiso dejar claro que todavía no había que descartar la opción de los cañones. Un impacto directo sin duda eliminaría a la ballena.

También podían recurrir a otras estrategias. Podían disparar a la ballena con los arcabuces. Podían hervir agua y verterla sobre el leviatán cuando pasara junto al galeón. O podían hacer lo mismo empleando la reserva de alquitrán que el galeón llevaba para los carenados de emergencia. Impregnarían con ella al pez y le lanzarían flechas incendiarias.

No jugaréis con fuego en el *Nimrod*, Wriothlesley, dijo el capitán en un tono que no admitía replica. Ordenaré que os pongan grilletes sólo con que volváis a insinuarlo.

Hemos de contraatacar de algún modo, dijo el piloto rompiendo el silencio que siguió a las palabras del capitán. Si la ballena hubiera arremetido contra otra parte del barco que no fuera la roda, nos habría reventado.

Podemos buscar otro medio, al margen de los cañones, prosiguió Wriothlesley, que no requiera que el leviatán se acerque al barco.

El piloto dijo haber oído que a bordo viajaba un marinero con experiencia en balleneros; podría ser útil escuchar su opinión. El capitán ordenó ir a buscarlo.

Calhoun se presentó poco después, escoltado por el contramaestre. Los esfuerzos que había hecho por adecentar su aspecto después de pasar varios días postrado les parecieron a todos muy insuficientes. El camarote era demasiado pequeño para pasar por alto el mal olor del marinero. El capitán le preguntó si era cierto que había pescado ballenas y él respondió que sí, que había sido arponero. Para demostrarlo les enseñó las palmas de sus manos, teñidas de un indeleble color naranja por el roce con los remos de las lanchas balleneras. Preguntado por la mejor manera de deshacerse de la ballena, respondió que, en su muy humilde opinión, él haría forjar un arpón, o varios. Después ordenaría que un bote zarpara en busca del pez. Ésa era la única forma que conocía y la única que funcionaba.

¿Quién empuñaría ese arpón?, quiso saber el capitán. ¿Tú?

Supongo que podría hacerlo, capitán.

Se hizo el silencio, roto por Wriothlesley al preguntar por qué no había visto a ese hombre desde que zarparon de Londres. El contramaestre le informó de que Calhoun se había sentido enfermo al inicio de la travesía y que desde entonces se estaba recuperando. Los demás volvieron a escrutar al marinero, con ánimo aún más crítico.

No parece muy enfermo, declaró Wriothlesley, sin ocultar el desagrado que Calhoun le producía.

¿Cuál es la naturaleza de tu indisposición?, preguntó el capitán, al que sus dolores reumáticos le hacían tratar con especial consideración a cualquiera que sufriera una dolencia física.

Fiebre, capitán. Escalofríos, una gran debilidad...

¿Te has cuidado debidamente estos días?

He hecho todo lo posible, capitán.

En ese caso, te encuentras mejor.

No podría negarlo, capitán.

Eso me parecía.

Y dirigiéndose al contramaestre, el capitán del *Nimrod* ordenó que Calhoun volviera de inmediato a sus tareas.

Gracias por tu recomendación. Puedes retirarte. Contramaestre, vos aguardad un momento, puede que os necesitemos.

Cuando Calhoun abandonó el camarote, Stanley hizo saber a todos que aquel hombre no le parecía digno de confianza. Wriothlesley opinaba del mismo modo. Eso bastó para que el consejo de Calhoun ni siquiera fuera tenido en consideración.

De lo que nos ha contado ese farsante, dijo Wriothlesley, sólo me ha gustado la parte de salir en busca de la ballena. Eso nos evitaría la espera. No dependeríamos de que se acerque a nosotros. Y además, añadió tras una pausa, si algo saliera mal, el *Nimrod* permanecería a salvo. No creo que la ballena sea capaz de asociar el bote con el galeón. No seré yo quien afirme tal cosa.

Los demás se mostraron de acuerdo.

¿Iráis vos a bordo del bote?, preguntó Stanley.

No lo dudéis.

Nunca se me ocurriría, respondió Stanley con una sonrisa.

Henry, ofendido, iba a preguntar qué pretendía decir con eso, cuando el capitán intervino.

Supongamos que elegimos ese camino, dijo con una actitud que a todos les pareció sorprendentemente desganada. Os aproximáis a la ballena en un bote y después, ¿qué? ¿La arponeáis?

Wriothlesley negó con rotundidad.

¿Nadie se ha fijado en la espalda de ese pez? No arriesgaré mi vida sólo para añadir otro arpón a su colección.

Tras una pausa enfática, que estuvo al límite de ser ridículamente larga, añadió:

Usaré una pértiga explosiva.

El capitán le pidió que se explicara.

Una pértiga que se clave en la ballena. Cerca de la punta, un recipiente lleno de pólvora y una mecha. Seis libras de pólvora serán suficientes. El recipiente deberá ser ligero y alargado, para que desestabilice la pértiga lo menos posible. Estoy seguro de que el carpintero podrá fabricar algo así.

Parece arriesgado, opinó Stanley. Acercarse a esa bestia en mar abierto, lanzarle la pértiga... Yo nunca me enfrentaría a una bestia de tal tamaño.

El tercer conde de Southampton alzó la barbilla antes de responder.

No será necesario plantarse ante sus ojos. Aunque la explosión no le cause la muerte, pondrá en fuga a la ballena. El lanzamiento no tendrá que ser tan atinado

como el de un arpón. No será imprescindible un arponero con experiencia.

Ordenad al carpintero que se ponga a trabajar, dijo Stanley al contraamaestre.

Éste dirigió una mirada interrogativa al capitán, que asintió.

Es una insensatez, opinó Shakespeare.

Estaban en su camarote y Wriothlesley acababa de exponerle su plan.

Mis soldados irán conmigo. Les hará bien un poco de ejercicio. Llevarán sus armas.

¿Y traje de gala?

Si de tu admirada imaginación surge una propuesta mejor, amigo mío, me encantaría escucharla.

Como Shakespeare no dijo nada, Wriothlesley siguió hablando.

Me he cansado de esperar que vuelva el viento. Y en Dinamarca aguardan nuestra llegada. Tenemos una misión.

Una misión estúpida que bien puede esperar una semana o un mes o toda la eternidad.

Míralo de otra forma. Si la ballena nos embiste de nuevo, probablemente no volvamos a tener tanta suerte. Ese golpe ha aflojado hasta el último clavo del galeón. No quiero ahogarme en compañía de estos imbéciles. No quiero que tú mueras ahogado.

Shakespeare no dudaba que fueran ciertas las palabras de su amigo. Aunque sabía que Wriothlesley tenía motivos adicionales para actuar como lo estaba haciendo. Si su plan salía bien, si clavaba la pértiga explosiva en la ballena, la hazaña encontraría gran eco en Londres. Llegaría a oídos de la reina, que quizás entonces cambiara su valoración del tercer conde de Southampton, del que pensaba que «su consejo era de escasa utilidad, y su experiencia aún menos». Henry lavaría su imagen. Su participación en la rebelión de Essex quedaría olvidada, lo que le facilitaría la entrada en el negocio de las colonias. Wriothlesley se imaginaba lanzando la pértiga, que recorrería un elegante arco en el aire, la trayectoria dibujada por la estela de humo de la mecha, para ir a hundirse en un ojo de la bestia, y luego la explosión. El leviatán se hundiría como se hunde un barco, rígido y acompañado de un borboteo. La cabeza, lo último que desaparecería bajo el agua. Un ojo transformado en un cráter sanguinolento, el otro en blanco. Las fauces abiertas en un aullido sin aullido. Y luego se disiparían las nubes y antes de que el bote con el héroe estuviera de regreso en el *Nimrod* ya soplaría un viento fresco y firme, dispuesto a empujarlos hasta las costas danesas.

Sé que piensas que es una locura, pero tengo que hacerlo.

En realidad, Shakespeare pensaba que iba a ver al modelo para el protagonista de su obra enfrentarse a una ballena de verdad. La idea bastó para producirle un mareo. Henry, creyendo que era la preocupación lo que había indispuerto a su amigo, se

acercó para darle un abrazo, pero Shakespeare se apartó asegurando que se encontraba bien.

Lo que sucediera sería una fuente de inspiración, pensaba. Por una vez, no expoliaría una obra de otro, ni se basaría en un poema, ni en un libro polvoriento con siglos de antigüedad, sino en hechos reales de los que él mismo habría sido testigo de primera fila.

Iremos por la ballena en cuanto amanezca, dijo Henry. No te ocultaré que tengo miedo.

Calló un instante para luego añadir:

Será una ocasión importante para cuantos nos encontramos en el *Nimrod*. Se hablará largamente de ello en Dinamarca y en Inglaterra. Así que antes de subir al bote me gustaría pronunciar unas palabras, algo que, suceda lo que suceda después, sea recordado.

Tras una nueva pausa añadió:

Si no es una molestia excesiva, querido amigo, me gustaría que me escribieras unas líneas. No muy largas, ya sabes que la buena memoria no se cuenta entre mis virtudes. Algo que suene natural, no demasiado pomposo. En la línea del monólogo de Enrique V la víspera de la batalla de Agincourt, pero no tanto. Ya me entiendes.

Y con una sonrisa añadió también:

Y, por favor, que no resulte demasiado evidente que ha salido de la pluma del maestro William Shakespeare.

Tras un largo día de vuelo, el águila pescadora no había encontrado rastro de tierra y las nubes seguían extendiéndose hasta más allá de donde alcanzaba su privilegiada vista. La ausencia de viento le impedía planear. Estaba al límite de sus fuerzas. Si no daba con un lugar donde posarse caería al mar.

Aunque no podía ver el sol, su instinto le informó de cuándo el astro estaba a punto de tocar el horizonte. Y seguidamente le dijo que ascendiera. Debía atravesar las nubes, las mismas que hasta entonces había evitado rozar, manteniéndose por debajo de ellas. Lo que hubiera al otro lado podía ser su salvación.

Aceleró el aleteo para ganar altura. En el último momento echó un vistazo al horizonte, por si localizaba un atisbo de tierra. No fue así y su silueta se difuminó al entrar en contacto con la masa nubosa.

Todo quedó reducido a la superficie del mar, la de las nubes y el tramo de aire encerrado entre ambas. Si el ave no encontraba asidero, volvería a aparecer muy pronto, en esta ocasión en caída libre, aún viva pero incapaz de sostener el vuelo. Las alas, ya inútiles, flamearían tras ella o quizá la envolvieran como una mortaja.

La bandada de colibríes había caído hacía horas. Mucho menos capacitados que la gran rapaz para los vuelos prolongados, sus corazones estallaron como petardos diminutos. Las aves llovieron sobre el mar como un puñado de confeti. Casi de

inmediato bocas sin labios se tragaron los cuerpecillos. Sombras alargadas nadaron en círculos a poca profundidad, a la espera de nuevas presas. Los colibríes no habían hecho más que avivarles el hambre.

El águila no volvió a aparecer.

Apenas había asomado el sol sobre el horizonte cuando la cubierta del *Nimrod* ya estaba repleta de pasajeros y miembros de la tripulación ansiosos por presenciar la hazaña del conde de Southampton. El carpintero había entregado su encargo a tiempo. La pértiga, de madera de nogal, era tan larga como alto era Henry Wriothesley y su grosor parecía hecho a la medida del puño de éste. La pólvora iba albergada en un depósito cilíndrico, discreto y estilizado. El bote había sido arriado y aguardaba a un costado del galeón. Debajo de uno de los bancos se había dispuesto un cubo de arena del que asomaban varias de las mechas de combustión lenta de los arcabuceros, ya prendidas, que se emplearían para encender la mecha, más rápida, del explosivo. En el último momento, y por recomendación del contra maestre, se había desestimado que la tripulación del bote estuviera formada por soldados. Su lugar lo ocuparían marineros del *Nimrod*, mucho más acostumbrados a manejar los remos. Sólo irían con ellos dos soldados, armados con lanzas y ballestas. En la medida en que fueran capaces, ayudarían a Wriothesley a deshacerse de la ballena. Ésta, puntual al encuentro, rondaba por las cercanías.

Wriothesley, acompañado por Shakespeare, se abrió paso entre los presentes. Algunos murmuraron palabras de ánimo, otros le desearon suerte, pero la mayoría guardó silencio. Los marineros y la pareja de soldados escogidos para acompañarlo aguardaban con los labios apretados.

Al llegar junto a la borda, Wriothesley se volvió y paseó la mirada por la multitud, sin detenerse en nadie en particular. Se preparaba para pronunciar las líneas escritas por su amigo. Shakespeare había pasado la noche componiéndolas. Había decidido que formarían parte de su obra, un puñado de pentámetros yámbicos que el capitán pronunciaría antes de lanzarse a por la ballena blanca, en los que exponía a su tripulación el implacable modo como planeaba acabar con la bestia y, una vez eliminada la amenaza blanca, el glorioso porvenir que aguardaba a cuantos navegaban en el ballenero. De esas líneas en verso emanaría el resto, escena a escena, hacia delante y hacia atrás, hasta la apertura y el cierre.

Había tanta gente que los del fondo no podrían oír a Wriothesley. Si gritaba, el efecto quedaría desbaratado, así que para que todos lo vieran y oyeran, se encaramó a la borda. La pértiga explosiva le daba apariencia de caballero medieval. Se había recogido el largo cabello en una trenza —Shakespeare lo había ayudado—, perfumado con alcanfor y lucía dos pendientes de perlas en lugar de uno, como era habitual. Una coraza de acero adornada con una filigrana de oro le protegía el torso. Al cinto, un estoque. Contempló a su audiencia, saboreando el momento. Se disponía a hablar cuando un extraño sonido se lo impidió.

Un sonido de metal contra madera. Una especie de tableteo procedente de las entrañas del barco. Un tétrico ¡clac, clac, clac, clac! Todos miraron a su alrededor desconcertados. El sonido cesó y dejó paso a un atemorizado murmullo. Wriothesley apenas conseguía disimular lo mucho que le molestaba la interrupción. El sonido comenzó de nuevo. ¡Clac, clac, clac, clac!

Un marinero subido a las vergas vio pasar una sombra bajo el galeón, de babor a estribor. La ballena nadaba por debajo del *Nimrod* y los arpones de su espalda golpeaban la quilla, como quien rasca el canto de una mesa con las púas de un peine. ¡Clac, clac, clac, clac!

¡La ballena!, gritó, señalando hacia el agua.

En ese momento, el gran pez volvía a pasar bajo el galeón. Y en esta ocasión, en lugar de limitarse a rascarlo con sus arpones, se impulsó con fuerza hacia arriba mediante un golpe de la cola. Elevó al *Nimrod* un pie sobre el agua y lo dejó caer.

Muchos fueron a parar a la cubierta. Sobre la borda, Henry Wriothlesley se tambaleó y soltó la pértiga explosiva, que cayó al mar. Ante la mirada de todos, cambió su ensayada expresión por otra de lo más cómica, idéntica a la de un humorista que simulara estar a punto de caerse de un sitio elevado. Giró los brazos como molinetes, luchando por mantener el equilibrio, buscando un asidero que no existía, y cayó al agua.

Shakespeare y varios más se abalanzaron hacia la borda. Llegaron a tiempo de ver cómo golpeaba la superficie. La sombra de la ballena pasaba de nuevo bajo el barco. Visto así, el leviatán parecía aún mayor. Wriothlesley resultaba diminuto a su lado. Incluso el galeón parecía pequeño.

En cuanto sacó la cabeza del agua, el tercer conde de Southampton chilló con una voz de eunuco que hasta entonces nadie le había oído. Suplicaba pidiendo auxilio. Entre toses y jadeos gritó que no sabía nadar. Resoplaba y miraba a su alrededor con los ojos desorbitados, buscando a la ballena. Sus pataleos apenas le bastaban para mantener la cabeza fuera del agua. La coraza lo arrastraba al fondo. A unas brazas de distancia, la ballena se acercó a la superficie lo justo para que los extremos de los arpones asomaran como unas extrañas aletas de tiburón. Los chillidos de Wriothlesley se agudizaron aún más. La pértiga explosiva giró en la estela del pez y se alejó flotando.

Shakespeare chillaba también. Gritaba el nombre de su amigo. Gritaba que le ayudasen. Todos a su alrededor permanecían inusitadamente inmóviles, mirando lo que sucedía en el agua. Nadie le lanzó algo a lo que agarrarse. La ballena los había paralizado. Las únicas voces que se oían eran la de Shakespeare y la de Wriothlesley, ambas desesperadas. Shakespeare tampoco sabía nadar. Aun así estuvo a punto de saltar para auxiliar a su amigo. Iba a hacerlo cuando una mancha plateada voló sobre la borda.

*Galatea* se zambulló con las patas delanteras extendidas y las traseras plegadas. De inmediato, con el hocico en alto, nadó hacia su amo dispuesta a rescatarlo. Lo que sucedió seguidamente hizo que a bordo del *Nimrod* se esfumara cualquier intención de ayudar a Henry Wriothlesley. *Galatea* no logró llegar hasta él. Estaba muy cerca cuando el agua se agitó a su alrededor, las fauces de la ballena asomaron sobre la superficie y atraparon uno de sus cuartos traseros. El gran danés soltó un gañido y se alejó del galeón a velocidad asombrosa, remolcado por la ballena. Pero no dejó de

luchar con valentía. Hundía la cabeza bajo el agua para morder al gran pez y le arrancó jirones de carne. Poco después la ballena se sumergía llevando consigo al perro. La superficie marina quedó en calma. Incluso bajo el agua *Galatea* siguió forcejeando, mientras la ballena descendía a gran velocidad, propulsándose mediante violentos coletazos. A continuación el leviatán frenó inmovilizando la cola y desplegando las aletas. Aflojó las mandíbulas y *Galatea* salió despedida hacia delante, girando, hacia donde el azul oscuro se confundía con el negro.

Cuando en el galeón volvieron a mirar a donde Wriiothesley había caído, no encontraron rastro de él, ni siquiera burbujas.

El mismo día de la muerte de Henry Wriothesley, tercer conde de Southampton, se celebró una misa por el eterno descanso de su alma. Por lo sucedido la última vez que se dispararon los cañones, se prescindió de la salva de honor. Tras la ceremonia religiosa William Stanley pidió la atención de todos. Desde el alcázar, con el tono que reservaba para las ocasiones más solemnes, solicitó la ayuda de los presentes para solventar la situación en que tenían la desgracia de verse atrapados, salvar sus vidas, arribar a la costa danesa y cumplir la misión que la reina de Inglaterra había tenido a bien encomendarles. Ofreció una recompensa de trescientas libras de plata a quien los librara de la ballena. La cubierta del *Nimrod* hirvió de exclamaciones y cuchicheos. La ballena rondaba tranquilamente el galeón, diríase que de forma jactanciosa, como si aguardara al siguiente lo bastante osado para enfrentarse a ella.

Stanley dio su palabra de que el valiente que los salvara recibiría su recompensa en cuanto pusieran el pie en el bendito Londres; pero hasta entonces disfrutaría de un adelanto. Diciendo esto mostró una reluciente moneda de oro. Era un hyperpyron bizantino de trescientos años de antigüedad, descubierto durante sus viajes por Europa y que desde entonces lo había acompañado como amuleto. Tenía los bordes tan mellados que su forma apenas era circular, no obstante relucía como si acabara de ser acuñado. Para asegurarse de que todos lo vieran bien bajó del alcázar y recorrió la cubierta con la pieza de oro en alto, como si la portara en procesión, y la concurrencia se abrió a su paso. El anverso estaba adornado con la imagen de un Cristo nimbado que sostenía los Evangelios, y el reverso, con el rey Alejo I y san Constantino, sujetando entre ambos la cruz patriarcal. Si Stanley hubiera tenido un carácter un poco más teatral, se habría hecho con un martillo de calafatear y habría clavado la moneda al palo mayor, para que quedara a la vista de todos, como un becerro dorado que avivara su codicia.

Yo acabaré con la ballena, dijo una voz rasposa.

Todos se volvieron hacia Calhoun, que, libre de rastros de enfermedad, salía del tambucho de proa.

Stanley, todavía con la moneda en alto, frunció el gesto al reconocer al hombre que tan mala impresión le había causado el día anterior.

¿Estás seguro, marinero? El riesgo es el más elevado.

Nadie conoce el riesgo mejor que yo, respondió Calhoun, y miró a quienes lo rodeaban como si quisiera asegurarse y meneó la cabeza.

¿Nos librarás del castigo de la ballena?

Dejadme ver esa moneda.

Stanley la ocultó.

La tendrás cuando la ballena no nos impida seguir nuestro camino. ¿Cómo lo harás, marinero? ¿Cómo acabarás con la bestia que nos atormenta?

Hundiéndole un arpón más allá de la grasa y revolviéndolo en sus entrañas hasta que su chorro se tiña de rojo y se convierta en una zarza ardiente.

La moneda será tuya en cuanto lo consigas, dijo Stanley posando una mano en el

fornido hombro de Calhoun. Tienes mi palabra.

Y dirigiéndose al contramaestre añadió:

Este hombre va a salvarnos. Que se le dé cuanto necesite.

El contramaestre asintió con un gesto seco, molesto por recibir órdenes de un pasajero.

Un momento después Stanley era convocado al camarote del capitán. Éste no se sentía cómodo con la iniciativa del conde de Derby. Su tripulación no necesitaba sobornos. Haría lo que él ordenase. Seguía estando al mando de la nave.

Stanley le aseguró que no lo dudaba, aunque en realidad opinaba de forma muy diferente. Bajando la voz hasta convertirla en un susurro añadió que, si todo salía bien, hablaría del capitán en la corte. Narraría cómo urdió, con medios limitados y en una situación desesperada, una estratagema para hacer frente a la bestia, estratagema que minimizó el riesgo tanto para la nave como para cuantos viajaban en ella. Stanley reduciría la intervención de Calhoun a la de mero ejecutante de un plan ideado por el capitán, sobre quien recaería la totalidad del mérito.

A la reina le agrada oír esto, añadió el conde de Derby. Y el infinito agradecimiento de la corona sin duda endulzará vuestro cercano retiro, capitán.

El herrero de a bordo instaló en cubierta su fragua portátil. Siguiendo las instrucciones de Calhoun comenzó la elaboración de un arpón ballenero. Fundió clavos de acero para forjar las doce varillas que compondrían el asta. A continuación las uniría, trenzaría y batiría en una sola, como los gruesos hilos de una maroma. Calhoun no se apartaba de su lado, manejando él mismo el fuelle. El herrero le presentaba cada varilla y si Calhoun le encontraba alguna tara, invisible para todos salvo para él, le ordenaba volver a fundirla y comenzar de nuevo.

Stanley se acercó a preguntarle cuándo estaría preparado para pescar el pez.

Al amanecer, respondió sin dignarse mirarlo, con los ojos fijos en la fragua. Pronto será de noche, y ni por todo el oro de las Indias me enfrentaría a una ballena después de ocultarse el sol. ¡Dale con más fuerza, herrero! ¡Con todas tus fuerzas! Ese hierro tiene que perforar un corazón tan grande como grande es todo tu cuerpo, y mucho más duro.

Cuando Stanley estaba alejándose, Calhoun lo detuvo con un grito.

Señor embajador, comprenderéis que quiera disfrutar de una parte de mi recompensa por adelantado.

Ya te dije que te entregaría la moneda después de matar a la ballena.

No hablo de ninguna moneda, sino de una de esas barricas de vino de Madeira que cargamos en Londres.

Ese vino es para el rey Cristián IV de Dinamarca.

Si la ballena nos echa a pique, ni el rey Cristián, ni su muy respetable familia, ni ninguno de nosotros disfrutará de él, ¿no os parece?

El conde de Derby hizo subir una barrica. Había sido paseada en varias travesías marítimas para que el movimiento del barco y el calor de los paños le prestaran al vino el peculiar gusto tan apreciado por los *connoisseurs* de la época. El propio Calhoun se encargó de espitarla. Escanció vino en un cazo de peltre, bebió hasta apurarlo y se secó los labios con la manga. Anochece y la cubierta estaba iluminada por el resplandor de la fragua. Los pasajeros se habían congregado para presenciar la labor del herrero, y también para ver a Calhoun, si bien se mantenían a distancia de él, al igual que hacía el resto de los marineros.

Cuando el herrero terminó de batir el asta, la introdujo en una barrica de agua de lluvia para templarla. El siseo y la nube de vapor hicieron encogerse y retroceder a los mirones. Calhoun soltó una carcajada.

¡Ahora la punta! ¡Fórjame la punta más afilada que jamás haya salido de tu fragua! Tan afilada que, por miedo a su contacto, la carne se abra en dos por sí misma, como las aguas del mar Rojo.

Como materia prima el herrero recibió media docena de dagas y cuchillos recolectados entre lo más ilustre del pasaje, todas ellas piezas del más fino de los aceros, con filos cincelados y empuñaduras adornadas con pedrería.

¡Hazme una buena punta de flecha!, ordenó Calhoun sin dejar de beber, con la barba empapada de vino.

El herrero forjó una punta en forma de V invertida, afilada en sus tres picos. Llegado el momento de templarla, Calhoun le ordenó detenerse.

¡No! En agua no. Ese acero es demasiado noble para el fin al que está destinado. Está demasiado limpio. Hay que volverlo ponzoñoso. Doblemente mortal. ¡Traedme una bacinilla! ¡Y tú, herrero, sigue batiendo mientras tanto!

Otro marinero llegó corriendo con una bacinilla de loza, que Calhoun le arrancó de las manos. Se bajó las calzas y allí mismo, ante la vista de todos, vació la vejiga, repleta gracias al vino del rey Cristián.

Esto le dará el temple adecuado. ¡Baña esa punta, herrero!

La hedionda nube de vapor produjo quejas entre el público e hizo reír a Calhoun.

¡Éste es mi regalo para ti!, gritó hacia más allá de la borda, aunque la oscuridad impedía ver a la ballena, que bien podía estar en esa dirección o en otra muy diferente o nadando plácidamente bajo el galeón.

El capitán se retiró a su camarote. Ya había visto suficiente. Desde el castillo de popa, el piloto observaba a Calhoun con disgusto. Entre el grupo de espectadores, el conde de Derby hacía lo mismo. Su criado se le colgaba del brazo en actitud nada varonil, sin que su amo lo increpara. Calhoun, cada vez más envalentonado por el *madeira*, se sentía el amo del *Nimrod*.

Una vez que la punta del arpón quedó fijada al asta, apareció el carpintero, que, a falta de madera de haya, como se le había pedido, había escogido la mejor pieza de nogal de entre sus reservas para tallar el astil. Calhoun recorría a trancos la cubierta y los pasajeros retrocedían cuando se les acercaba.

¡Trabajad! ¡Por una vez, trabajad todos para Calhoun! ¡Herrero, carpintero y también tú, cordelero! Toma tu mejor cabo y deshazlo por el chicote. Separa los hilos que lo forman y entretéjelos en torno al astil, como serpientes que huyendo de un incendio trepan por un tronco en busca de refugio. Luego asegúralo todo con bramante. ¡Que me traigan más vino!

Dio una patada a la barrica vacía.

¡Y una copa mejor! Seguro que ni el capitán ni nuestros ilustres pasajeros beben en cazos mellados como éste.

Varios marineros aplaudieron sus palabras y hubo gritos de ¡Calhoun! ¡Calhoun! ¡Él nos salvará!

La segunda barrica ya estaba mediada cuando le entregaron el arpón. Lo sopesó y gruñó. Lo alzó en posición de lanzamiento para comprobar su equilibrio y gruñó de nuevo. Luego simuló arrojarlo hacia un grupo de pasajeros que se apartaron soltando chillidos y eso le hizo reír a carcajadas.

¡Este arpón me hará rico! ¡Y vosotros vais a presenciarlo! ¡Nunca en vuestras asquerosas vidas veréis algo semejante!

Se echó al hombro el rollo de sogas y empuñando el arma se asomó a la borda. Apuntó con el arpón a las negras aguas y gritó:

¡Contempla el instrumento de tu final!

Paseándose por cubierta con el arpón en una mano y la copa de vino en la otra, a veces gritando, a veces susurrando, a veces imitando voces, informó a los presentes de lo que haría con su recompensa. En primer lugar abandonaría el *Nimrod*, ese pudridero flotante, capitaneado por un viejo pusilánime, bebedor de caldo de gallina, incapaz de levantarse solo de su cama; barco donde no navegaban más que inútiles y cobardes, artilleros miopes que trabajaban con pólvora mojada, vigías que confundían el mar con el cielo, un cocinero que era embajador del mismísimo infierno... Era inconcebible que el mar, por mero pudor, no hubiera lanzado una pared de agua contra el galeón para hacerlo desaparecer. Después se iría de Inglaterra, adonde no tenía intención de volver. País miserable, de oscuridad y humedades, mala carne y peor vino. Viajaría en busca del sol, al Mediterráneo, o contrataría una caravana para adentrarse en África, donde construiría una casa a la ribera de un río y pasaría el resto de sus días bebiendo, desnudo, rodeado de mujeres negras o sarracenas que le harían pequeñas trenzas en la barba y le aplicarían ungüentos en el cuerpo. Presa de un repentino ataque de melancolía recordó a una esquimal con la que pasó varias noches durante sus pesquerías en Terranova. Juró que ninguna furcia inglesa le había dado tanto placer como aquella mujer sucia y peluda, con la cabellera llena de nudos y que apestaba a grasa de foca. Jamás había conocido a alguien tan ardiente y, al mismo tiempo, capaz de dar tanto cariño. Era como revolcarse con una osa.

Por supuesto, no se molestaría en ir a buscar a la mujer que lo esperaba en la isla de Man, cuya existencia todo el mundo a bordo del *Nimrod* desconocía hasta ese momento. Hembra fría, vacía de toda pasión salvo la que sentía por la maldita Biblia.

Un espantapájaros fabricado con prendas raídas, rellenas con ortigas, ramas de espino y erizos de castaña, con propensión a pasar días enteros encerrada en una habitación silenciosa con los postigos echados, presa de la melancolía y de dolores ficticios. Todo la atemorizaba. Ante cualquier invitación respondía con un ademán de encogimiento, replegándose en sí misma, como cuando se toca una lombriz con un palo. Por lo que respectaba a Calhoun, ella podía seguir paseando cada mañana hasta la costa, a la espera de su marido. Podía seguir haciéndolo durante el resto de sus miserables días, mientras se secaba como una hebra de cecina. Solterona, viuda y esposa abandonada, todo en uno.

No la veré nunca más, de la misma forma que no os veré a ninguno de vosotros, añadió apuntando a los miembros del pasaje que lo observaban horrorizados, algunos de ellos santiguándose. Os daré la espalda a todos, amigos del almizcle, de las palabras raras, de los joyeles, de sostener un pañuelo en el puño, de robarnos trozos del alma a los hombres de verdad y ponerlos en el papel adornados y falseados. Amanerados voluntarios. Me dais asco. Quiero vivir entre seres que no hablen mi lengua, que se alimenten de insectos y sean dueños de una sabiduría anterior a la vuestra.

Tambaleándose se acercó a la borda y se asomó a la oscuridad verdosa.

Lo voy a conseguir matándote, pez estúpido, gritó. Mañana comeré una tajada de tu carne. Poco hecha. Asada sobre carbones. Me hartaré de ella. Cuando flotes sin vida junto a mi bote te arrancaré un ojo y lo sostendré entre mis manos y miraré en sus profundidades y me veré a mí, clavándote este arpón. Y esa imagen quedará fijada para siempre en la despreciable gelatina. Y guardaré tu ojo en salmuera y lo llevaré siempre conmigo, allá adonde vaya, para tener un recuerdo de tan glorioso momento.

Tu otro ojo lo arrancaré también y lo rasgaré con la punta de un cuchillo, como quien rasga la yema de un huevo, y beberé los humores de su interior para saciar la sed que me despertará tu pesca.

Y con esta promesa lanzó Calhoun su copa al mar y se apartó de la borda y se lanzó entre los pasajeros reclamando a gritos a William Stanley, conde de Derby. Éste trató de escabullirse pero el manto púrpura, ribeteado con piel de nutria, con que se abrigaba del frío nocturno lo hacía fácil de localizar. Calhoun lo agarró del jubón y acercándolo para quedar nariz con nariz le dijo que quería otro adelanto de su recompensa. Debía prestarle a su criado. Si no lo hacía, tendría que ser él, Stanley, quien a la mañana siguiente alanceara a la ballena.

Olvídalo.

¿Estáis seguro, conde?, replicó Calhoun. ¿Valoráis más a vuestro criado que vuestra propia vida?

Como no hubo respuesta, insistió:

Podréis conseguir un criado igual, cien iguales, en cuanto volvamos a Londres.

Un instante después el conde de Derby consentía con un gesto seco y apartaba la

mirada y Calhoun aferraba por un brazo al criado, que gritaba inútilmente.

Tendréis que dejarnos también vuestro bonito camarote, embajador.

Y Calhoun, el criado y el arpón se encerraron en él. Durante el resto de la noche se les oyó gritar de tal forma que fueron muchos los que desearon otro ataque de la ballena para que los hiciera callar. Algunos llegaron a pensar que Calhoun había sido poseído por el salvaje espíritu del pez, y que mientras tanto el cuerpo de éste yacía en trance en el lecho marino, mecido por las corrientes de fondo como una cáscara vacía.

El piloto llamó a la puerta del camarote del capitán. Lo acompañaba un paje con una bandeja en la que humeaba un tazón de caldo. El capitán descansaba en su cama. Recibió al piloto con una sonrisa apagada, sin modificar su postura.

He pedido al cocinero que os prepare un poco de caldo, capitán. Supuse que os apetecería.

Muy amable, respondió el capitán señalando una mesa donde dejar la bandeja.

Aguardó a que el paje se hubiera retirado y entonces añadió:

Pero las circunstancias invitan a algo más fuerte, ¿no creéis vos? Abrid ese armario.

El piloto obedeció, descubriendo una botella de aguardiente.

Hay vasos en la alacena, dijo el capitán. Tomad asiento y servidnos a los dos. Sed generoso.

Saborearon el licor en silencio hasta que el piloto preguntó:

¿Cómo os encontráis? ¿Otra vez el reumatismo?

Ojalá sólo fuera eso, respondía el capitán instantes después.

El piloto asintió.

Entiendo.

Y luego dijo:

He ido a ver a Shakespeare pero ni siquiera ha contestado cuando he llamado a su puerta. Lleva encerrado en su camarote desde el funeral de Southampton.

No está en su camarote, sino en el de su amigo. Busca consuelo en lo que le queda de él.

El piloto apartó la mirada, incómodo, y tomó un trago de aguardiente.

Es comprensible, continuó el capitán del *Nimrod*, que Shakespeare no desee ver a nadie, después de nuestra despreciable falta de decisión de hoy.

Ese hombre no se ha ahogado por nuestra culpa.

El capitán, que se había desprendido de su jubón, se acarició pensativamente el pecho por encima de la camisa.

Lamento decir que no estoy seguro. Quizás habría muerto de igual forma aunque hubiéramos intentado ayudarlo. Pero no lo hicimos, y eso nos condena a vivir para siempre con la duda.

Siguió un silencio durante el que el piloto, por iniciativa propia, rellenó las copas.

Supongo que en estos casos Shakespeare y los que son como él, dijo, encuentran consuelo más fácilmente que el resto de las personas.

El capitán le dedicó una mirada interrogativa.

Una vez asistí a una de sus obras, *Ricardo III*, explicó el piloto. Me sorprendió la viveza de los personajes. En especial, el retrato del rey. Puede hacer lo mismo con su amigo. Escribir sobre él. Recrearlo.

El capitán negó con la cabeza.

Os equivocáis. Shakespeare y sus semejantes no retratan a nadie. No pueden. Deforman a las personas sobre las que escriben, por mucho que se esfuercen por

evitarlo. Creen ser capaces de plasmarlas de forma fidedigna hasta que se ven en situaciones como ésta, cuando se dan cuenta de la medida de su presunción. Y eso los atormenta. Si Shakespeare escribiera sobre Wriothesley, lo estaría traicionando. Por eso busca consuelo en lo que le queda de él, en sus ropas y en el olor que sobrevive en su cama. Ahora mismo ese chico daría la mano con que empuña la pluma a cambio de un mechón de cabello de su amigo. Personalmente, me da lástima.

El capitán hizo un gesto displicente, como si el tema le fatigara, y tomó un sorbo de licor. Miró el techo, escuchando. Llegaba hasta él un eco de lo que sucedía en el camarote de Stanley.

Calhoun, dijo el piloto.

Lo sé.

Esta noche ha...

Sé lo que ha hecho esta noche y lo que hace ahora. Conozco cada una de las palabras que han salido de su boca. Éste es mi barco.

¿Por qué no lo habéis impedido, capitán?, quiso saber el piloto.

Que ese hombre no me guste no significa que no pueda cumplir su misión.

Hubo una pausa y luego el capitán preguntó:

¿Creéis vos que he hecho mal al permitir que Calhoun salga en busca de la ballena?

Mi opinión no tiene importancia.

Hablad sin miedo. Nadie puede oírnos.

Yo habría insistido con los cañones, capitán. El *Nimrod* es una de las mejores naves de guerra de Inglaterra, si no la mejor. Puede defenderse de un pez.

¿Estáis seguro?

Sin duda.

Envidio vuestra convicción.

Disculpad, pero no os comprendo.

El capitán tardó en responder y cuando lo hizo habló con la mirada perdida en un rincón del camarote. Permanecía con una pierna estirada sobre el jergón y la otra flexionada, el vaso apoyado sobre el pecho y un brazo colgando por un lado de la cama. Lo relajado de la postura se contradecía, sin embargo, con la rígida mueca de sus labios.

Esa ballena me inquieta, dijo a media voz, y no por los arpones ni por esos cuerpos que acarrea. Aunque la hubiera visto cuando sólo era un ballenato, libre aún de heridas, brincando sobre la superficie y jugando con las olas, me habría hecho sentir lo mismo. Hay algo pérfido en ella.

El capitán hubiera querido añadir, aunque no lo hizo, que la ballena no sólo le preocupaba, sino que le helaba el alma. Reconocía su maldad. Había oído hablar de ella en susurros, a viejos pilotos y a capitanes de mirada extraviada. Hombres solitarios a los que todos tomaban por locos. Y también a hombres cuerdos y silenciosos que un día, al cumplirse un aniversario secreto, bebían más de lo habitual

y vomitaban una historia absurda. El capitán del *Nimrod*, entonces muchas décadas más joven, no les había creído. Se había reído de ellos y luego evitado su compañía.

Sin embargo, cuando vio a la ballena sintió como si un cabo invisible uniera sus entrañas con las de la bestia. La ballena tiraba de él, impidiéndole alejarse y pensar en otra cosa, como si el capitán llevara dentro un anzuelo que se hubiera tragado hacía tanto tiempo que se había olvidado él, o con el que incluso hubiese nacido. Supo que el leviatán no era como los demás peces, sino que provenía del infierno. Pero ese infierno era en realidad el mismo mar al que él había dedicado toda su vida. Juzgaba una traición hacia su persona que ahora, cuando el final de su carrera se hallaba tan próximo, el mar le hiciera tal revelación: la existencia de aquel enemigo, al que llevaba acogiendo en su seno quién sabe cuánto tiempo.

¿Creéis que Calhoun lo conseguirá?, preguntó el piloto.

Ojalá sea así. Aunque si alguien, a estas alturas, desea saber lo que opino, me parece que lo mejor que podríamos haber hecho es no prestar atención a la ballena.

¿Creéis que de ese modo nos habría dejado en paz?

Podría ser. Quizá se hubiera ido, frustrada, y se hubiera llevado consigo las nubes. Pero ahora es demasiado tarde.

Cada nueva aparición del pez avivaba el deseo del capitán de retirarse —de huir, más bien— a su residencia de Cornualles, al final de un sendero de conchas trituradas, donde le aguardaba una esposa emocionada sólo a medias por su vuelta. El capitán del *Nimrod* planeaba pasar allí el resto de sus días, paseando por la pintoresca península del Lagarto. En realidad no se separaría del mar, pues la península era un fragmento de corteza oceánica alzado sobre el nivel de las aguas por un capricho geológico. Escribiría unas memorias que nunca llegaría a terminar; no porque la muerte se lo impidiera sino porque a mitad del camino las encontraría innecesarias.

Era consciente de que la pasividad demostrada durante los días anteriores minaba su autoridad a bordo y de que, cuando regresaran a casa, también dañaría la imagen que de él se tenía en la armada. Pero aunque un cañonazo, por azar, alcanzara las entrañas del leviatán, la supuesta hazaña sólo sería motivo de burlas para sus compañeros de profesión, quienes, al igual que su piloto, por quien sentía un profundo respeto y cariño, creerían que la ballena no era más que un pez; una criatura magnífica e inusitada, pero en absoluto un rival para los cuarenta cañones del galeón. Y el capitán no podría explicarles cuánto se equivocaban porque no tenía acceso a las palabras necesarias para hacerlo.

Shakespeare sí habría dispuesto de las palabras, pero carecía de la experiencia marítima del capitán del *Nimrod*, la cual le habría permitido comprender al leviatán. Para el dramaturgo, la ballena que rondaba el barco no era más que una fuente de inspiración. El simbolismo que le atribuía —difuso, complejo, trascendente— era fruto de un vicio profesional: el de adornar a los seres reales para transformarlos en personajes. El capitán, por el contrario, veía a la ballena sin filtros literarios.

¿Os encontráis bien?, preguntó el piloto.

No, amigo mío. No me encuentro bien.

¿Está en mi mano ayudaros?

Nada me gustaría más.

El piloto guardó silencio, deseando recibir alguna instrucción por parte de su capitán.

Volved a cubierta. Dejaos ver. Este barco necesita a alguien respetable al frente.

Capitán...

Es una orden. Y ordenad al paje que se lleve ese caldo.

El piloto asintió y abandonó el camarote en silencio. No juzgaba negativamente a su capitán, a quien tenía por un auténtico valiente, cuyo valor no surgía del instinto sino de la precisa estimación de los peligros enfrentados. Le había visto demostrarlo en numerosas ocasiones.

También el piloto era valeroso. No lucía su valor permanentemente a la vista ni se permitía jactarse de él después de beber unas cuantas jarras de cerveza en el puerto, sino que lo administraba como se administraban el agua, las provisiones y la munición a bordo. No obstante, aun siendo capaz de mantenerse firme ante los marineros rebeldes, las tempestades y las atroces heridas resultado de las batallas navales, el valor del piloto flaqueaba ante el terror que en ocasiones se esconde tras el ceño fruncido de un hombre racional y fuerte.

Cuando se quedó a solas, el capitán se sirvió otra copa de aguardiente y devolvió la botella al armario. Volvió a tenderse en su cama. Como hacía a menudo desde que empezó a sentir próximo el retiro, se dejó arrullar por el recuerdo de tiempos mejores. Se vio a sí mismo en plena tempestad ante la costa de Labrador, atado a la caña del timón de un bricbarca para que no se lo llevara el viento, boquiabierto cuando el palo mayor se quebró y voló trazando tirabuzones como si no fuera más que una astilla y desapareció entre las nubes. Y se vio un año después, en un pañol donde el mineral aurífero se desbordaba de los cofres. Y en la batalla contra la Invencible, cuando las naves de Felipe II disparaban cadenas para echar abajo las arboladuras inglesas y cargas de clavos que silbaban sobre las cubiertas como enjambres atroces.

Esa noche, sin embargo, sus recuerdos presentaron diferencias. Como si se tratara de cuadros a los que el restaurador hubiera retirado una costra de suciedad acumulada durante décadas, ofrecían detalles antes ocultos. En todos ellos aparecía ahora la ballena. En algunos casos resultaba costoso distinguirla, pero, de una u otra forma, siempre estaba allí. Una de las olas aborregadas que se acercaban a la costa de Labrador era en realidad el rastro del leviatán, cuya pesada cabeza asomaba en el extremo. Los ahogados españoles e ingleses que se hundían en la oscuridad del canal de la Mancha eran recibidos por dos borrones de una oscuridad mayor, como una tijera con una de las hojas mucho más gruesa que la otra: la cabeza de la ballena, con la mandíbula desplegada, que recibía con asombro simulado la lluvia de cuerpos. Y

en el pañol repleto de oro, el silencio como de túbulo que hasta entonces había acompañado al recuerdo del capitán lo rompía ahora una risa profunda, procedente del otro lado del casco, como si su autor supiera el escaso beneficio que aquel mineral traería al capitán y a su país, para cuya avidez lo mismo habrían sido doscientas toneladas que doscientas mil.

Privado del consuelo de la memoria, habló. Lo hizo en voz baja para que no lo oyeran desde el otro lado de la puerta.

Nos habíamos encontrado antes, ¿no es cierto? En realidad, siempre has estado ahí. Pero te mantenías oculta.

Había cerrado los ojos y se concentraba en la oscuridad acuática que sustentaba al galeón y en lo que rondaba en ella.

¿Has venido a por mí?, preguntó y aguardó alguna respuesta.

...

¿Me quieres como trofeo?

...

¿Deseas que adorne tu costado?

...

No te interesaba Southampton. No era digno de ti. No te lo has llevado.

...

Yo estaba convencido de que ni siquiera acudirías a su encuentro. Que lo ignorarías. Que te bastaría con avergonzarlo.

...

Maldita.

...

No debí permitir que ese chico tratara de acabar contigo.

...

Maldita seas. Y maldito yo también.

...

El capitán apuró su copa.

¿Por qué has venido ahora, cuando estoy demasiado viejo y cansado para presentarte batalla?

...

¿Pretendes burlarte de mí?

...

Gustoso me habría enfrentado contigo cuando mi corazón y mis brazos eran fuertes. Quizás aun así no habría logrado nada, pero te aseguro que habría sido el más caro de tus adornos, dijo y se rió.

...

Ahora ni siquiera llegaría a tu costado.

Volvió a callar en espera de una respuesta, de cualquier respuesta. Incluso una carcajada habría sido suficiente.

Dímelo, ¿has venido a por mí?, insistió con ansia, con temor y con orgullo.

...

Porque si es así...

Llegó entonces la anhelada contestación, alta y nítida, a pesar de brotar de una garganta no creada para emitir palabras.

Oh, capitán, mi capitán.

Tal como afirmaba el capitán, William Shakespeare buscó refugio en el camarote del conde de Southampton. Derrumbado en la cama, mordía el jergón para acallar los llantos.

Tres años antes había conocido el sufrimiento antinatural de perder a un hijo, Hamnet, fallecido de tifus. Viviendo él en Londres y su hijo en el pueblo, apenas lo había tratado. Shakespeare supo de su enfermedad gracias a William Greenaway, otro vecino de Stratford asentado en Londres, propietario de una posada junto a la catedral de San Pablo. Sin perder un instante, Shakespeare alquiló un caballo al mismo Greenaway y partió al galope hacia el pueblo. Apenas hizo descansos durante los tres días necesarios para cubrir las cien millas que separaban Londres de Stratford; comió sin desmontar, cambió la montura por otra de refresco en una posada de Oxford y pidió que pusieran lana bajo la silla para no herir la espalda del animal. Pero todos sus esfuerzos fueron en vano; el niño murió horas antes de que él cruzara el Avon por el puente Clopton y entrara en el pueblo. En su casa parecía como si hubiera transcurrido mucho más tiempo; días, incluso semanas. Olía a cerrado y a enfermedad; las ventanas tenían los postigos echados; en la cocina se apilaban los platos sucios; las camas estaban sin hacer y los muebles tenían un aspecto avejentado. Shakespeare recorrió las estancias sin encontrarse con nadie. Ya se habían llevado el cuerpo. La casa estaba desierta. Se dejó caer en una silla, envuelto todavía en la capa de viaje y sin soltarse el cinto del que colgaba una espada corta. Permaneció allí sentado largo rato, con la mirada perdida, incapaz de reunir las fuerzas necesarias para caminar hasta el cementerio.

El dolor del padre, si bien inmenso, se vio empequeñecido por el de la madre, que no puso trabas a la aflicción, la cual desató al estilo de las tragedias griegas. Durante los días siguientes se mesó el cabello y se revolcó en el polvo, se sumió en silencios gélidos y acusatorios, y se abandonó a solitarios vagabundeos por el bosque, de los que regresaba al cabo de muchas horas con las ropas desgarradas, arañazos en las manos y la cara, y la mirada extraviada.

Una mañana, una de las vecinas que ayudaban a poner orden en la casa se acercó a Shakespeare llevando un conejo entre las manos. Lo había encontrado refugiado debajo de una cama, medio muerto de hambre; había sido la mascota de Hamnet. La madre, para quien todos eran culpables de la muerte del niño, había respondido con gritos y enseñando los dientes cuando la mujer se lo mostró. Shakespeare tomó al animal y dijo que se ocuparía de él. Lo llevó al jardín y le dio agua y un poco de apio. Después volvió a casa, dejando fuera a la mascota.

Se olvidó de ella hasta que esa noche lo despertaron unos maullidos en el jardín. Salió con una vela y se encontró con que tres gatos asilvestrados daban cuenta de los restos del conejo. Alzaron las cabezas, relamiéndose, para mirarlo. Sólo tres ojos devolvieron el resplandor de la vela; los tres animales eran tuertos. Trató de espantarlos pero los cíclopes felinos le plantaron cara arqueando el lomo y lanzando unos bufidos infernales, decididos a que no les arrebatara la presa. Les lanzó unas

patadas torpes. Alcanzó a uno, que voló varios metros, pero aterrizó de pie e ileso. De inmediato el gato se reunió con sus compañeros, que habían tomado la presa entre los dientes y corrían hacia la oscuridad, perfectamente coordinados. Lo último que Shakespeare vio de ellos fue un breve destello del único ojo de cada uno.

Gritó de rabia. Varias cabezas se asomaron a las ventanas de las viviendas cercanas, pero sabedores del sufrimiento por el que pasaba la familia, nadie se preguntó por el motivo de aquel nuevo arrebato. Más allá de la vista, los gatos intercambiaban maullidos como si cuchichearan entre ellos.

Shakespeare se quedó una temporada en casa, haciendo compañía a su mujer y sus otras dos hijas. Le sorprendió que, estando tan reciente la muerte de Hamnet, le fuera posible disfrutar de una comida preparada con esmero o enfrascarse en la lectura de un buen libro y aplaudir los logros del autor. Se aferró a esos momentos como mecanismo de supervivencia. Su mujer, sin embargo, no estaba dispuesta a concederle consuelo. Parecía como si quisiera traspasarle parte del dolor que ella padecía, pero no para aliviarse de la carga, sino para castigar a su esposo. Una tarde en que él leía en el salón, su mujer entró y, al ver lo que estaba haciendo, se arrodilló sin decir palabra y empezó a restregarse la cabeza con ceniza de la chimenea.

Un momento después ella oía ruido de cascos ante la casa. Se irguió a tiempo de ver por la ventana a su marido, que se alejaba a caballo. Tambaleándose, se acercó a la ventana. Entre las lágrimas causadas por la ceniza que le había entrado en los ojos vio a su marido desaparecer al galope.

No te vayas, pensó. No te alejes. Perdóname.

La calle había quedado en silencio. Un par de ocas volteaban piedras con los picos en busca de caracoles y lombrices.

¿Adónde vas esta vez? ¿Regresas a Londres? ¿Me dejas para que pase sola el luto?

Posó una mano en el cristal de la ventana. Tenía imperfecciones y bailaba en el marco, pero a ella le encantaba. Frotó la mancha de ceniza que dejaron sus dedos. Hacía poco que tenían cristales. Su marido los había comprado cuando empezó a pasar temporadas en casa. Antes sólo tenían barrotes.

Quédate un poco más. Sólo te pido eso. Y Dios sabe que no te he pedido casi nada. No te he pedido que nos lleves a Londres contigo, ni que me enseñes ese teatro tuyo. Te avergonzaría que te vieran con una mujer como yo, que no entiende lo que escribes. No puedo competir con lo que ves y haces cada día, con tus amigos, con las mujeres de Londres. Sobre ellas tampoco te hago preguntas. Y Dios sabe también que me gustaría hacerlo. Pero estás aquí y con eso me basta.

No sabía en qué momento las palabras habían pasado de sonar en su cabeza a ser pronunciadas en voz alta. Por suerte no había nadie más en la casa. Las niñas estaban con una vecina.

Te avergonzaría que descubrieran que los hijos de William Shakespeare ni siquiera saben leer. Pero nunca estabas aquí para ayudarme con ellos. Tuve que

ocuparme yo sola. ¿Puede una obra de teatro ser mejor que ver crecer a tus hijos, que estar presente cuando dan sus primeros pasos? Y tú te has perdido esos momentos con todos tus hijos, con todos, y no pareces lamentarlo. Sé que me he portado mal estos días, te he castigado, pero te lo merecías. No quiero que te vayas.

Se enjugó las lágrimas. Ya no lloraba por la ceniza.

Me siento sola. Te echo de menos. Londres te ha cambiado. Ahora es más difícil hablar contigo. Pienso que nada de lo que te pueda decir te va a interesar. Vienes a vernos, y doy gracias por ello, pero nunca te quedas mucho. En cada visita, la primera noche es como una noche de bodas, en el peor de los sentidos. Quiero decirte que te quedes más tiempo pero tengo miedo de que te asustes y te vayas para siempre al maldito Londres.

Le hablaba a su reflejo en el cristal de la ventana. Se calló, sintiéndose tonta. Si los vecinos la veían desde la calle, hablando sola y con la cara emborronada de ceniza, pensarían que había enloquecido, si es que no lo pensaban ya.

Miró a su alrededor en busca de algo a lo que seguir hablándole. ¿Dónde estaba el conejo de Hamnet? Hacía días que no veía al animal. Todavía tenía muchas cosas que decir.

Shakespeare, mientras tanto, cabalgaba hacia el bosque de Arden, su escondrijo desde que era un niño. Dejó atrás la cruz de piedra donde los viajeros acostumbraban a detenerse para rezar una oración antes de atravesar el bosque y se zambulló a caballo en la masa de vegetación. Llevaba la montura que había tornado de fresco en Oxford; no estaba acostumbrada a moverse por aquel terreno y resoplaba nerviosa. Cuanto más se adentraban en el bosque, mayores eran los árboles y más juntos crecían. Las raíces se hundían ávidas en el terreno arcilloso, se entrelazaban las de unos árboles con las de otros. El bosque era tan espeso que los romanos habían renunciado a cruzarlo con sus calzadas.

Saltó del caballo y ató las riendas a una rama baja. Respiró hondo el tranquilizador aroma a podredumbre y reproducción. Paseó sin alejarse mucho, hasta que se encaramó al tronco de un abedul derribado por la edad.

Mi buena Anne, mereces desahogarte conmigo, dijo a los árboles. Siento lo que ha pasado. Escribo tragedias que hacen llorar a miles de personas y no soy capaz de decirte cuánto siento la muerte de nuestro hijo. No imaginas el dolor adicional que eso supone, y la frustración.

Alzó la voz como si recitara desde el escenario, como si estuviera interpretando uno de los papeles secundarios que se reservaba en sus obras. Se dirigía a un público vegetal. El caballo lo observaba con la cabeza gacha, escondido detrás de un tronco, como si tuviera miedo de él.

No me alejes de ti. Me gusta que estemos juntos. Sé que preferirías que te visitara más a menudo o venir conmigo a Londres. Pero no quiero llevarte a la ciudad. Compréndelo. No quiero que conozcas el sitio donde trabajo ni a las personas con las que trato. Con enorme esfuerzo he aprendido a no ver muchas cosas que no me

agradan. Si te llevara al teatro sería como si lo viera todo a través de tus ojos, y no lo soportaría. Disculpa mi egoísmo.

Deseo asentarme contigo, te lo juro, prosiguió tras una pausa. Estoy dispuesto a todo con tal de lograrlo. Me olvidaré de Henry.

Guardó silencio un instante. Recorrió el tronco caído como un equilibrista, con los brazos en cruz.

Es mejor que sea sincero, dijo bajando la voz, hablando ahora para sí. No voy a renunciar a nada porque no tendré que hacerlo. Mi amistad con Henry concluirá pronto. Él pertenece a la nobleza, es ambicioso, viajará a Virginia. Cada vez habla más a menudo de dedicarse a la política. Y en ese viaje no le ayudará la compañía de un hombre de teatro, aunque sea el autor de *Romeo y Julieta*.

No me alejes de ti, Anne, repitió.

Shakespeare partió de regreso a Londres a la mañana siguiente.

Después del luto, su vida continuó sin apenas diferencias respecto a como había sido antes de perder a su hijo. Sin embargo, ahora no podía ni imaginar cómo sería capaz de vestirse, comer, escribir, dar un paso fuera de aquel camarote, sin la compañía de Henry. Henry el vanidoso, el egoísta, el inseguro, el mercurial, el caprichoso...

¿Y cómo volver a Stratford y comportarse delante de su mujer como si nada hubiera ocurrido? Ella se percataría de su sufrimiento, y el silencio con que él respondería a sus preguntas sólo avivaría las sospechas.

Pero en ese momento le era imposible detenerse en preocupaciones futuras.

Se podría pensar que una pérdida tan atroz como la de un hijo le habría endurecido contra el sufrimiento de una nueva muerte, pero no fue así. El dolor se presentó renovado, enriquecido con matices insospechados, como si durante el tiempo transcurrido no hubiera dejado de escrutar a su víctima para detectar nuevos puntos débiles y actuar de forma más efectiva.

¿Acaso había querido más a Henry que a su propio hijo? La comparación entre el sufrimiento pasado y el presente lo llevaba a maldecirse. Y de ahí pasaba a maldecir su imaginación.

Porque imaginaba el cuerpo de Henry, lastrado por la coraza, hundirse en las profundidades a través de un agua oscura y densa como la brea, comprimida por el peso del líquido superior, hasta posarse en el tenebroso fondo marino. El golpe produciría un sonido apagado y una nube de sedimentos en forma de anillo. Tímidamente primero, con furia después, una miríada de bocas invisibles acudiría a devorar el cadáver. Mientras tanto, los ojos de Henry, y a continuación sus cuencas, mirarían hacia arriba, donde flotaba el galeón en cuyo interior Shakespeare lloraba. De cuando en cuando, la silueta de la ballena bloquearía su mirada.

Ya no se cumpliría el brillante futuro previsto para él cuando, tumbados en la

cama, Shakespeare imaginaba escenas y Henry no dejaba de asentir ilusionado; Henry saltando desde la proa de un galeón, demasiado impaciente para esperar a que arriaran un bote, y llegando a nado a la exuberante costa de Virginia; Henry abriéndose paso con la espada por bosques tan espesos que cuando un árbol se derrumbaba de viejo quedaba sostenido por los que le rodeaban, como un caballero atrapa a una dama cuando ésta se desmaya; indígenas con los rostros pintados con arcilla y carbón, y hachas de piedra al cinto, postrados ante Henry, ofrendándole un cráneo antediluviano. Si los pintores habían acudido a retratarlo incluso cuando estaba recluido en la Torre de Londres, sin importarles lo lóbrego del decorado ni las ratas que correteaban entre las patas del caballete, cuántos cuadros inspiraría la conquista de Virginia por parte de Henry Wriothsesley.

Pero ya nadie volvería a ver el antes bello cuerpo del tercer conde de Southampton, que nunca regresaría a la superficie. Cuando los gases de la putrefacción lo hincharan, el cuerpo se elevaría unos palmos, quizás unas brazas, pero el empuje vertical de los gases no podría con el peso de la coraza. El cuerpo flotaría entre dos aguas y vagaría empujado por las gélidas corrientes de aquellas profundidades, hasta posarse, ahora definitivamente, en algún otro lugar lóbrego y hambriento.

El capitán del *Nimrod* llamó a la puerta del camarote cuando Shakespeare se golpeaba la cabeza para librarse de esta imagen. Abrió la puerta, aferró al capitán por la pechera y lo hizo entrar de un tirón. Habló sin ni siquiera identificar a quien tenía delante. Suplicó que le llevara algo de beber. Cayó de rodillas y siguió suplicando. El capitán trató de ayudarlo a levantarse pero Shakespeare se zafó y se arrastró hasta la cama.

El capitán asintió comprensivamente. Momentos después volvía en compañía de un paje que cargaba con una barrica de Madeira. Shakespeare musitó algo que pudo ser un agradecimiento. El capitán y el paje salieron sin decir palabra.

Se lanzó sobre la barrica. Bebió con avidez, derramando el caro vino y manchándose la camisa. Le habría dado igual que fuera un caldo barato y aguado.

Lamentaba no haber dicho a Henry lo que sentía por él, de palabra y de forma clara y sin adornos. Sólo lo había hecho a través de los sonetos. Recordó cuánto había disfrutado escribiéndolos, tanto o más como disfrutaba con la compañía de Henry. Pensar que sus sentimientos no habían sido por completo auténticos representó un motivo de añadido tormento. ¿Había amado a Henry o había amado la fuente de inspiración que representaba? No eran opciones incompatibles, pero ¿qué había querido con mayor intensidad?

Continuó bebiendo hasta que tuvo que usar el cubo que aguardaba en un rincón, previsoramente llevado por el capitán junto con el vino. Se tambaleó de regreso a la cama. Hundió la cara en la almohada. El lejano olor de Henry, el vino y el agotamiento tuvieron la bondad de conducirlo a un sueño pegajoso.

Amanecer. Cubierta del *Nimrod*. Calhoun salió del camarote del conde de Derby empuñando el arpón, que para consuelo de todos estaba limpio de sangre. William Stanley se precipitó adentro. Un portazo, llantos, súplicas de perdón. Se le oyó repetir: «Zenobia, Zenobia...». A continuación, nuevos llantos y súplicas.

Calhoun, la cabeza y los hombros cubiertos con una manta encarnada, comprobó que la ballena lo estaba esperando. Se lo confirmó un surtidor exhalado con ese propósito. Cuando el contraмаestre le dijo que arriarían el bote en cuanto quisiera, recibió un asentimiento mudo por toda respuesta. En el bote iría la misma tripulación que debería haber acompañado a Henry Wriothsesley: marineros del *Nimrod* y dos soldados. Estos últimos sostenían cada uno un brazado de lanzas con las que completar el trabajo del arpón, además de un arcabuz cargado. Las armas de fuego habían sido cuidadosamente limpiadas y aceitadas la noche anterior. De entre las ropas de los marineros habían brotado crucifijos que sus dueños aferraban mientras rezaban en latín. El cocinero había preparado el desayuno para Calhoun, que lo rechazó sin mirarlo. Se rió de los que rezaban. A continuación inspeccionó a su tripulación, palpándoles los músculos de los brazos y comprobando la fuerza de sus manos, como en una subasta de esclavos. Descartó a dos marineros y a uno de los soldados y los reemplazó por otros.

Esa mañana el sol brillaba con especial fuerza. Su circunferencia se distinguía claramente al otro lado de las nubes, muy diferente a la mancha desvaída de los días anteriores, tan apagada que podía mirarse directamente sin ninguna molestia. Si alguien lo consideró una señal, guardó silencio. Mediante un gesto, Calhoun ordenó echar el bote al agua. Marineros y soldados empuñaron los remos. Él fue el último en subir a bordo. Nadie le deseó suerte. Mientras bogaban alejándose del galeón no miró atrás.

La marinería y los pasajeros más templados habían trepado al aparejo del *Nimrod* para presenciar mejor la lucha. De ese modo, además, si Calhoun fracasaba y la ballena dirigía su venganza contra el galeón, dispondrían de unos instantes más de vida antes de ser tragados por las aguas, tiempo que podrían emplear en suplicar perdón a Dios por sus pecados.

El trajín en cubierta despertó a Shakespeare. Siguió tumbado unos instantes, hasta que recordó lo sucedido el día anterior.

Durante la noche, junto con el dolor de cabeza, se había desarrollado, inmensa, la vergüenza. Vergüenza de cuantos se encontraban en el *Nimrod*, a quienes la innecesaria crueldad de la muerte de *Galatea* había sobrecogido más que la del tercer conde de Southampton; vergüenza de sí mismo por cegarse ante la perspectiva de que su fuente de inspiración actuara ante él, y en consecuencia no haberse opuesto con firmeza al descabellado plan de Henry; y vergüenza —en grado superior a los casos anteriores, le dolía reconocerlo— de su amigo, por haberle dejado como último

recuerdo su lastimosa imagen en el agua, suplicando ayuda y gritando como una mujerzuela.

Usó una vez más el cubo y salió a cubierta, con la cara hinchada, vestido con la misma ropa arrugada y sucia.

A pesar de todo, bastó un instante para que dejara atrás todos sus oscuros sentimientos. Ante él se desplegaban la marinería, colgada del aparejo como frutos maduros a los que un tenue soplo de viento bastaría para derribar, y el renovado brillo del sol, y el color que éste prestaba a las nubes, cercano al verde hoja, y el bote que se alejaba, con Calhoun en la popa manejando la caña del timón, envuelto en la manta, como una Muerte que hubiera reemplazado su habitual atuendo negro por otro encarnado y la guadaña por un arpón.

Subió con pasos vacilantes al castillo de popa, desde donde el capitán y el piloto observaban a la ballena. El primero le dio la bienvenida mediante un asentimiento y apoyó una mano en su hombro. Shakespeare respondió con la frialdad que en ocasiones demuestran quienes han sufrido una gran pérdida, para los que los sentimientos de cuantos los rodean carecen de la hondura de los suyos y, por tanto, no merecen consideración. El capitán agachó la mirada, asintió de nuevo y volvió a mirar hacia el mar.

El galeón, el bote, el mar, el cielo, la ballena, que trazaba círculos y expulsaba chorros que quedaban fijos en el aire por un instante y se estiraban hacia atrás y permitían la aparición de efímeros arco iris... Shakespeare ansió poder trasladar todo aquello al teatro, que el público se sentara cómodamente y se le mostrara ante sus ojos de la misma forma como se desarrollaba en ese momento ante él, como si lo contemplaran a través de una enorme y resplandeciente ventana; se oirían el chapaleteo de los remos y las órdenes de Calhoun, «Bogad, bogad, bogad», y el público quedaría deslumbrado por el sol y su reflejo en el mar en calma. La acción se acercaría desde la amplitud marina a los rostros de los personajes, sus miradas y sus reacciones, a los tensos músculos de los brazos al tirar de los remos, a continuación la imagen volvería a abrirse para mostrar a la ballena. De ese modo el público vería en cada momento lo que de veras importaba, no a figurantes que aguardaban en pie como pasmarotes ni a actores que disimulaban mientras otro recitaba un soliloquio; su atención no se vería distraída por elementos sin interés.

Pero a continuación se dijo que ni aun así sería posible plasmar la intensidad de aquellos momentos.

El bote seguía a la ballena, que nadaba en la superficie, su gran giba subiendo y bajando. Calhoun ordenó a los remeros apartarse de la estela del pez, de la que aseguró que poseía sensibilidad. Si la tocaban, la ballena sabría que iban a por ella. Añadió que se acercarían de frente o por detrás, sus puntos ciegos. Luego la atacarían por su costado izquierdo. Allí, detrás de la aleta, estaba el corazón, informó.

Remaron largo rato, alejándose del galeón y sin conseguir menguar la distancia que los separaba de su presa. Todos iban descalzos y las calzas de los remos estaban acolchadas con lona para disminuir el ruido. La ballena nadaba a velocidad constante, hasta que de pronto se sumergió. Calhoun ordenó detenerse a los remeros. Todos miraron inquietos a su alrededor. Calhoun, en pie en la popa, oteaba el mar con la mano sobre los ojos a modo de visera.

En el galeón, los que estaban más arriba en el aparejo informaban de lo que sucedía a quienes tenían debajo, y la información se iba pasando hasta llegar a la cubierta.

La ballena volvió a la superficie, señalando su posición con un potente chorro. Apareció a popa del bote, entre éste y el galeón.

¡Ah, maldita!, exclamó Calhoun. Juegas con nosotros.

Después de sumergirse, la ballena había dado media vuelta bajo el agua y nadado en el sentido opuesto al seguido hasta entonces. Calhoun dio orden de maniobrar para continuar la persecución. Los marineros sudaban en sus puestos. Los soldados, que hasta que llegara su momento de actuar remaban también, sudaban aún más. Los vistazos que echaban por encima del hombro para localizar a la ballena les hacían perder el ritmo. Calhoun les gritaba.

¡Ocupaos de remar! ¡Yo soy vuestros ojos!

Desde el castillo de popa del *Nimrod*, Shakespeare no apartaba la vista del arponero, fácilmente distinguible por su atavío rojo. Le sorprendían la soltura y decisión con que se desenvolvía. No pudo menos que sentirse admirado. La noche anterior no había estado entre los testigos del comportamiento de Calhoun. En ese caso, probablemente su opinión habría sido muy distinta.

La ballena se sumergió de nuevo y Calhoun volvió a ordenar que el bote se detuviera. La persecución los había acercado al *Nimrod*, desde donde eran ahora bien visibles, incluso para quienes estaban en cubierta.

De nuevo silencio y miradas alarmadas. La ballena tardaba en salir a la superficie.

¿Dónde estás?, susurraba Calhoun aferrado a su arpón. ¡Déjate ver, maldita!

Entonces bajó la mirada hacia donde las palas de los remos, ahora inmóviles, acariciaban el agua, y distinguió una mancha oscura, pequeña pero que aumentaba de tamaño con enorme rapidez.

¡A estribor!, gritó. ¡Bogad a estribor! ¡Por vuestras vidas!

Tal fue el afán de los remeros, que sintieron que los brazos se les descoyuntaban. Su descomunal esfuerzo apenas fue suficiente. La gran cabeza en forma de puño emergió en vertical por el lado de babor, tan cerca que una aleta hizo saltar un par de remos fuera de sus calzas; se elevaron veinte metros en el aire, en línea recta, girando como aspas de molino. El bote se inclinó con violencia y dos remeros salieron despedidos de sus bancos. Uno logró agarrarse a la borda, con medio cuerpo fuera de la embarcación. El otro cayó al agua. La ballena volvió a sumergirse, de nuevo en vertical, como un émbolo que reiniciara su recorrido. La succión generada por

semejante masa de carne al hundirse formó un pavoroso cráter en el agua.

¡Bogad, bogad!, gritaba Calhoun, aunque sus órdenes eran innecesarias.

Dos remeros rescataron al compañero que colgaba de la borda. Los demás doblaron las espaldas y tiraron de los remos con todas sus fuerzas para alejarse de allí.

El marinero caído al agua gritaba pidiendo auxilio. El volumen de los gritos se redobló cuando la ballena apareció a su lado. Pasó junto a él y su estela lo hizo girar como una peonza, lo que volvió sus gritos extrañamente ululantes. Entonces la ballena alzó la cola sobre el agua, como una inmensa maza de guerra, y la dejó caer sobre el marinero.

En el bote, Calhoun fue el único que lo vio, y de su boca no salió palabra al respecto. Los marineros trataron de mirar atrás cuando oyeron los gritos de espanto que llegaban desde el galeón, pero Calhoun los increpó con furia.

El marinero fue proyectado hacia las profundidades con la cabeza incrustada entre los hombros.

Cobrada su primera víctima del día, la ballena se sumergió y cayó de pronto una calma que, después de lo ocurrido, parecía inverosímil. Obedeciendo a Calhoun, los remeros volvieron a detenerse. De nuevo la insoportable espera. Esta vez miraban a su alrededor y también hacia abajo.

Un surtidor oblicuo. La ballena había emergido a cien brazas del bote. Los remeros maniobraron para acercarse.

Por la izquierda, por la izquierda..., repetía Calhoun.

La ballena nadaba ahora con calma. El bote se aproximó. Calhoun abandonó la popa y pasó a la parte delantera. Desde el *Nimrod* observaban conteniendo la respiración. Calhoun, con un pie en el carel y el arpón en posición de lanzamiento, susurraba:

Más cerca, un poco más cerca...

Sirviéndose de ambos brazos, lanzó el arpón acompañado de un grito de rabia. El cabo se desenrolló trazando una espiral. El arpón voló y se hundió hasta la empuñadura en el costado de la ballena. De inmediato el mar empezó a hervir. La ballena se convulsionaba envuelta en espuma. Un momento después salía despedida hacia delante. El resto del cabo del arpón se desenrolló con rapidez. Cuando llegó a su extremo, la pequeña embarcación dio un brinco y se vio remolcada a gran velocidad. Calhoun, que gritaba de júbilo, perdió el equilibrio y cayó entre los remeros. Se puso en pie de un salto, sin dejar de gritar. Volvió a ocupar su posición en la proa. Un remero sostenía una hachuela, preparado para cortar el cabo si la ballena se sumergía. El bote cabeceaba en la estela del leviatán.

En el galeón, Shakespeare, como todos los demás, no había podido contener un grito de júbilo cuando el arpón alcanzó el blanco. Contempló boquiabierto cómo la ballena remolcaba el bote, con Calhoun en la proa, con su capa encarnada ondulando sobre los hombros. Parecía como si el arponero controlara a la bestia, del mismo

modo que un cochero controla los caballos de su tiro; aunque en realidad el bote sólo fuera para la ballena un juguete que se mantenía a flote más por casualidad y porque el mar estaba en calma que por la destreza de sus tripulantes.

Shakespeare pensó en Wriothesley. Le habría gustado que fuera él quien ocupara la proa del bote. Y fue así como se lo imaginó. Se concedió hacerlo. La pose de Calhoun bien podría haberla adoptado el tercer conde de Southampton: un pie en el carel, la espalda ligeramente inclinada hacia delante, una mano sujetando su capa, que ondeaba tras él. La distancia difuminó los rasgos del arponero y permitió a Shakespeare reemplazarlos por otros más agraciados. La manta de Calhoun, vieja y salpicada de fluidos nocturnos, pasó a ser una capa del más fino paño; y su sucia camisa, un jubón con botones de plata y perlas bordadas.

¡La maldita se está cansando!, gritó Calhoun.

En efecto, la ballena disminuía su velocidad. El arponero azuzó a los remeros para que se acercaran a ella.

¡Bogad, bogad, bogad!

Calhoun había tomado una de las lanzas de los soldados, y éstos soltaron los remos y empuñaron también sus armas en cuanto el bote abordó a la ballena. Empezó entonces la carnicería.

¡Clavar y revolver!, gritaba Calhoun. ¡Clavar y revolver!

Hundían las lanzas todo lo dentro que podían en el costado de la bestia, buscando el corazón. Las sacaban y volvían a clavarlas. Si la ballena les arrancaba una lanza de las manos, cogían otra del fondo del bote y retomaban la labor. El costado del pez estaba cubierto de percebes, como las placas de una armadura, y bañado por cortinas de sangre. El mar se teñía de rosa. El cabo del arpón rozaba con fuerza el carel. Quienes osaron mirar el ojo de la ballena se encontraron con una semiesfera desorbitada y, horrorizados, apartaron la vista. Desesperado, uno de los soldados manejaba su lanza como si fuera un hacha, y sangre y trozos de grasa salpicaban a los remeros. Varios de éstos se armaron también, sumándose a la escabechina.

Pero la ballena no luchaba sola. Estaba cubierta de blancuzcos piojos marinos que brincaban sobre los tripulantes del bote, quienes soltaban remos y lanzas para sacudírselos. Los cadáveres que arrastraba el pez también estaban de su lado. Desde el agua lanzaban manotazos a los remeros. Sus miembros, con los huesos triturados, se enroscaban como látigos en los remos, tratando de arrebatárselos. En una de las sacudidas de la ballena, uno de los ahogados fue a parar al interior del bote, provocando aullidos de espanto. Onduló entre los bancos y se deslizó de regreso al agua como una anaconda provista de extremidades.

Uno de los soldados se acordó entonces de los arcabuces. Tomó una de las armas y una mecha y, de pie en el bote, disparó a la gran masa de carne, sin apuntar a ningún punto en concreto. El estampido hizo que todo se detuviera: la ballena, los remeros, Calhoun, la superficie del mar, las salpicaduras de espuma y sangre... La pelota de plomo provocó ondas concéntricas en la piel del leviatán y abrió un boquete

en su costado. La ballena vomitó los últimos calamares que había comido. Varios, aún vivos, huyeron hacia las profundidades.

Se reinició la acción. El bote dio un salto hacia delante y Calhoun logró alcanzar el mango de su arpón. Se colgó de él y empezó a revolver, dispuesto a reducir a pulpa las entrañas de la ballena. Ésta reaccionó redoblando sus sacudidas. Contraídas masas de tendones eran visibles bajo la piel. El bote se agitaba a punto de volcar. Varios remos fueron a parar al agua. Un soldado salió despedido, de forma tan fugaz que algunos tripulantes del bote ni siquiera lo vieron desaparecer. Estaba allí y un instante después sólo había un hueco en el aire. Emergió atragantado entre la espuma. Uno de los cadáveres lo abrazó y se lo llevó abajo. Nunca se le volvió a ver.

¡Ciad, ciad!, ordenó Calhoun. ¡Por vuestras vidas, ciad!

Los remeros lucharon por apartar el bote de la ballena. Durante la maniobra, el cabo del arpón se enrolló en el cuello de Calhoun. La cola de la ballena barrió entonces la superficie del agua, golpeó a la pequeña embarcación en un costado y le abrió un boquete sobre la línea de flotación. El arponero fue arrancado del bote. Hubo maldiciones cuando los remeros descubrieron que habían perdido a su patrón; lo mismo sucedió en el *Nimrod*.

Los remeros se apresuraron a cerrar el boquete embutiendo jubones y camisas. Y a continuación hubo nuevas exclamaciones, éstas de admiración, al ver que Calhoun, aferrado al arpón, había extraído un cuchillo del cinto y consumía sus últimos instantes de vida en herir a la ballena con una hoja demasiado corta para llegar más allá de la capa de grasa.

Shakespeare lo animaba fuera de sí.

¡Lucha, Henry! ¡Lucha, amigo mío!

Colgado del costado de la bestia, sin cesar de apuñalarla, Calhoun pronunciaba unas palabras que nadie alcanzó a oír, ni quienes lo contemplaban asombrados desde el galeón, ni la tripulación del bote, ni siquiera la ballena.

No merecen ser escuchadas. Calhoun ya tuvo ocasión de hablar la noche anterior y dijo cuanto podía decir.

La ballena se sumergió con su nuevo trofeo. Pasó suficiente tiempo bajo el agua para que a nadie le quedara duda de que el arponero se había ahogado, si es que el cabo del arpón no lo había estrangulado antes.

El leviatán regresó de las profundidades dispuesto a concluir su trabajo. Exhaló un surtidor en el que no había rastro de sangre y se lanzó a por el bote. Se acercó con las fauces abiertas, nadando sobre un costado, como los tiburones cuando atacan a una presa en la superficie. Rasgó la embarcación como si ésta fuera de papel. Más adelante, los supervivientes reconocerían que los dientes de la mandíbula inferior no les causaron tanto miedo como los tétricos alvéolos de la superior, donde las piezas encajaron limpiamente cuando la ballena cerró la boca. Uno de los dientes estaba

roto. En cualquier otra ballena habría mostrado un dibujo de anillos concéntricos que, como si del tronco de un árbol se tratara, indicarían la edad de la bestia. En este caso el trazado era el de una espiral apretada, sin comienzo ni final distinguibles.

Del costado del pez colgaba el cuerpo de Calhoun con el cuello roto. El mecimiento de la ballena hacía que uno de sus brazos, alzado, se agitara a un lado y a otro, a un lado y a otro. A bordo del *Nimrod*, para muchos se trató de un gesto funesto, una invitación a reunirse con el arponero. Shakespeare lo interpretó de modo muy diferente. Su amigo, el tercer conde de Southampton, se despedía de él. Y Shakespeare murmuró unas palabras privadas a modo de respuesta, que nadie oyó y que no serán reveladas.

Quienes estaban encaramados a lo más alto del aparejo no tuvieron una visión clara del gesto del cadáver. Concentrados en la lucha entre el bote y el leviatán, nadie se había percatado de que, tras permanecer inmóviles en el cielo durante días, las nubes habían comenzado a descender. El poder que las gobernaba les había ordenado volver a ponerse en movimiento. A los que estaban más arriba les sorprendió verse rodeados de pronto por la misma niebla verdosa que los había visitado días atrás. ¿Acaso los horrores de aquella jornada no iban a tener fin? Las nubes se retorcían y competían entre sí por llegar las primeras al mar; les brotaron zarcillos gaseosos que se estiraban hacia abajo como estalactitas. Se abrían en ellas cavidades con apariencia de bocas, como si pretendieran sorber la superficie marina.

Mientras tanto, la ballena desapareció bajo el agua. Hubo gritos, llantos y rezos, pues no fueron pocos los que pensaron que el pez dirigiría su furia restante contra el galeón. A medida que transcurría el tiempo, la inquietud aumentaba. Creían que la ballena se había sumergido hasta lo insondable, desde donde ascendería, ganando velocidad, para desfondar el *Nimrod*. La acompañaría Calhoun, cuyos ojos sin vida presenciarían por vez primera las profundidades por las que a partir de entonces habría de vagar.

En parte estaban en lo cierto. La ballena sí descendió hasta el fondo marino. Al adentrarse en zonas donde la presión era mayor, aumentó el caudal de la sangre que manaba de sus heridas, dejando tras ella una larga estela. No obstante, ésta pronto comenzó a menguar y terminó por desaparecer. Quedaron tan sólo unas hilachas que se enroscaron sobre sí mismas.

Una vez en el fondo, la ballena inició el ascenso. Mediante potentes golpes de la cola, cobró cuanto impulso le fue posible, aunque no se lanzó contra el barco. Emergió en vertical a escasas brazas de la nave, una columna de carne que ascendió hasta más allá de la arboladura, despegándose por completo del agua, como si deseara exhibirse en su absoluta plenitud. Como si el mar quisiera penetrar el cielo.

La cabeza se hundió en las nubes.

Un instante después la niebla alcanzaba la superficie marina y todo quedaba oculto. De aquel limbo los rescataría poco después una brisa que se transformó en viento y arrastró la niebla y reveló un cielo despejado de comienzos de verano.

Con el viento de regreso, el *Nimrod* recuperó la maniobrabilidad. El capitán dio orden de acudir al rescate de sus hombres.

Al ponerse en movimiento tras una semana de quietud, el galeón crujió como si se despezara. El piloto en persona había subido a la cofa para localizar a los remeros y contaba a gritos las cabezas que asomaban del agua. El capitán también escrutaba la superficie, si bien buscando a la ballena, de la que no había rastro alguno.

En mitad de su salto, un arrugado ojo del pez había cruzado con el capitán una mirada que éste recordaría para siempre. La ballena le transmitió reconocimiento, pero ningún consuelo. Su mirada tampoco albergaba despedida ni promesa de un futuro encuentro, pues para el leviatán no existía el tiempo.

Tras el ojo de la ballena había desfilado ante el castillo de popa del *Nimrod* el cuerpo de Calhoun, estirado por el ímpetu del salto hasta parecer del doble de su altura normal. No se dignó mirar al capitán, quien por el contrario contempló con agradecimiento y envidia al hombre que les había librado del monstruo.

Te ha aceptado, pensó. Aprecia el honor.

Los remeros y el soldado supervivientes fueron recibidos a bordo con vítores, como auténticos héroes. Las exclamaciones de júbilo se redoblaron cuando alguien señaló una vela en el horizonte, que todos tomaron como señal incuestionable del retorno a la normalidad.

William Stanley se contaba entre los más felices, por la desaparición del leviatán, por la muerte de Calhoun y por haberse librado de pagar la recompensa. Volvía a acompañarlo su criado, que había emergido del camarote transformado en una muchacha vestida de raso. Estaba pálida y muda pero miraba el mar con la barbilla alta, como si lo sucedido la noche anterior lo hubiera vivido otra persona. En sus brazos sostenía al mapache para el rey Cristián de Dinamarca. El monarca nunca recibiría su regalo. No lo echaría de menos. Tendría más que suficiente con la historia de la ballena, que solicitaría escuchar una y otra vez durante la estancia de la embajada inglesa en su país.

Shakespeare estaba tan exhausto como si fuera uno más de los remeros del bote. Notaba blandos los brazos y las piernas. Tuvo que buscar apoyo en la borda.

Nunca escribió una obra de teatro sobre una ballena blanca. No fue la imposibilidad de trasladar al escenario ni siquiera una muestra de cuanto acababa de presenciar lo que le aconsejó descartar la idea. La decisión la tomó antes.

Podría haberla escrito si se hubiera mantenido firme en su propósito. Habría averiguado cuanto necesitaba saber sobre las ballenas leyendo a Plinio, visitando las tabernas del puerto e invitando a beber a los pescadores; con mayor o menor fortuna, habría superado una a una las dificultades técnicas; habría pagado de su bolsillo los materiales y la construcción de la problemática cola de ballena; habría cubierto las pérdidas que Los Hombres de Lord Chamberlain pudieran sufrir; se habría enfrentado

al miedo a que la obra no fuera comprendida y a que la denostaran; habría plantado cara al descrédito.

Lo que le hizo abandonar fue su vínculo emocional con ella.

Aunque Shakespeare no se percatara entonces de ello, la obra había quedado desestimada en el instante mismo en que Henry Wriothsesley perdió pie en la borda del *Nimrod* y se precipitó al mar. Murió junto con él.

Desde entonces Shakespeare odiaba a la ballena, que continuaba asombrándolo tanto como cuando apareció por primera vez junto al galeón, e incluso más, pero el odio superaba al asombro. Quería apartar de sí al leviatán. Si hubiera escrito la obra y ésta, superando sus cuantiosas dificultades, hubiera llegado a los escenarios, cada vez que se representara y Shakespeare viera al capitán protagonista, estaría viendo a Henry Wriothsesley. No podría soportarlo.

Aun así, nunca se había implicado tanto —ni se implicaría después— en ninguna de sus obras. Porque al actuar como lo hizo asumió el papel del capitán del ballenero. Se apropió de su afán de venganza. Y a diferencia de lo que le habría sucedido al capitán de la obra, él sí logró su propósito de eliminar al leviatán. Acabó con la ballena no escribiendo sobre ella.

La muchacha se apartó de los demás y caminó hasta la proa. Tripulación y pasajeros le dedicaron reverencias. El viento agitó su gorguera. La dirección de su mirada les indicó el rumbo a seguir.

El *Nimrod* llegó sin nuevos incidentes a su destino, donde los pasajeros cumplieron su misión con aceptable éxito. Ni durante esa travesía ni en la de regreso volvieron a encontrarse con la ballena. Shakespeare se alegró enormemente de ello. Porque había algo que aún deseaba menos que ver de nuevo al leviatán: enfrentarse bajo la reveladora luz del sol, sin el filtro deformante del manto de nubes verdosas, al rostro de Calhoun. Eso habría arruinado la imagen con que a partir de entonces se confortaría cada vez que recordara a su amigo, la de Henry Wriothsesley en pie en la proa del bote, blandiendo el arpón y combatiendo gallardamente al leviatán, como estaba destinado a hacer.

## AGRADECIMIENTOS Y FUENTES

Quiero transmitir mi agradecimiento a cuantos me han ayudado durante la escritura y revisión de *Shakespeare y la ballena blanca*: a Ramiro Pinilla y los asistentes a su taller, por sus consejos y enorme paciencia; a Xabier Armendáriz, por compartir conmigo sus conocimientos sobre galeones y señalarme, por ejemplo, que en 1601 todavía no se usaban los catalejos; a Xabier Mendiguren por facilitarme el libro *Escenas de la vida de Shakespeare* de Mihnea Gheorghiu, una auténtica rareza; a Txani Rodríguez, por su atenta lectura del texto y sus útiles comentarios; y a mi familia y a Katixa Agirre, por su apoyo impagable.

Tampoco podría haber escrito esta novela sin la información encontrada en varios libros. Cito las ediciones consultadas.

Para lo referido a la vida y obra de William Shakespeare, así como al periodo isabelino: *Shakespeare*, Anthony Burgess (Península, 2006); *Shakespeare*, Bill Bryson (RBA, 2007); *Prefacio a Shakespeare*, Samuel Johnson (Acantilado, 2003); *Shakespeare's Southampton. Patron of Virginia*, A.L. Rowse (Macmillan, 1965); *1599 A Year in the Life of William Shakespeare*, James Shapiro (Faber and Faber, 2005); *Shakespeare's England. Life in Elizabethan & Jacobean Times*, R.E. Pritchard, ed. (The History Press, 1999), *Escenas de la vida de Shakespeare*, Mihnea Gheorghiu (Editorial de Arte y Literatura, 1973), y el excelente *Shakespeare. The Biography*, Peter Ackroyd (Vintage Books, 2006). También debo mencionar, en este caso como fuente de inspiración, la novela *El viaje de Shakespeare* de Léon Daudet (Barril & Barral, 2009).

La información sobre ballenas, y sobre cierta ballena blanca en particular, procede en su mayor parte de *Ballena*, Joe Román (Melusina, 2008); *Los vascos en la pesca de la ballena*, Mariano Ciriquiain Gaiztarro (Txertoa, 2010); *Leviatán o La ballena*, Philip Hoare (Ático de los Libros, 2010); *Historia natural*, Plinio (Cátedra, 2002); *El desastre del Essex, hundido por una ballena*, Owen Chase, Thomas Nickerson y otros (Alba, 2003), y *Call Me Ishmael*, Charles Olson (The Johns Hopkins University Press, 1997).

Y por encima de todos se encuentra *Moby-Dick* de Herman Melville (Vintage Books, 2007), obra inagotable que he saqueado a manos llenas sin apenas arañar su superficie.



JON BILBAO, nacido en Ribadesella (Asturias) en 1972, es ingeniero de minas y licenciado en filología inglesa. Es autor de tres libros de cuentos, titulados *Tres relatos* (2006, Premio Asturias Joven), *Como una historia de terror* (2008, Premio Ojo Crítico de Narrativa) y *Bajo el influjo del cometa* (2010, Premio Tigre Juan y Premio Euskadi de Literatura), así como de las novelas *El hermano de las moscas* (2008) y *Padres, hijos y primates* (2011), que se alzó con el IV Premio «Otras Voces, Otros Ámbitos», convocado por Ámbito Cultural y Hotel Kafka. Actualmente reside en Bilbao, donde trabaja como traductor. Sus cuentos figuran en varias antologías, entre ellas *Siglo XXI. Los nuevos nombres del cuento español actual* (2010). Con *Shakespeare y la ballena blanca*, Bilbao logra una deliciosa fábula que recrea magistralmente un momento cultural, una inteligente meditación sobre la capacidad totalizadora de la novela como género mayor.